
DOMINADA
por
LA MAFIA
MAFIOSOS PROTECTORES - 1
AUTORA BEST-SELLER
BIA CARVALHO

DOMINADA *por* LA MAFIA

MAFIOSOS PROTECTORES - 1

AUTORA BEST-SELLER

BIA CARVALHO

Todos los derechos reservados. Según la ley de derechos de autor, escanear, subir y compartir electrónicamente cualquier parte de este libro sin la autorización del autor constituye piratería ilegal y robo de la propiedad intelectual del autor. Gracias por su apoyo a los derechos de autor.

Este libro electrónico es una obra de ficción. Si bien puede haber referencias a eventos históricos reales o lugares existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: 2023

Río de Janeiro – RJ

Portada: L.A. Design

Traduccion: Natacha Baraldi

Diagramación: Independiente

SIGUE A LA AUTORA EN LAS REDES SOCIALES

Instagram: @Biacarvalhoautora

Facebook: https://www.facebook.com/biacarvalho.autora.7

Amazon: https://acess.vc/v2/267e47181b

Site: https://www.biacarvalho.com/libros-en-espanol

DEDICATORIA

Para la querida Dolores (Dodô). Tú, que has estado conmigo tanto tiempo, que me acompañas y me das tanto apoyo. ¡Gracias por todo!

Para la querida Laura Brand, que me ha ayudado y sigue ayudándome todos los días más de lo que puede imaginar, y que aun así sacó tiempo de sus ocho trabajos para leer este libro antes y dar su opinión.

LISTA DE REPRODUCCIÓN:

Si quieres escuchar la lista de reproducción de "Dominada por la mafia", sigue el enlace de Spotify:

https://open.spotify.com/playlist/5pMABSA6hmW4s6A5Lnhxsb?si=f9298cc0529a4e16

NOTA DE LA AUTORA

¿Y quién lo diría? Dominic tiene su propio libro. Increíble, ¿verdad? (Risas).

Para quienes leyeron *Rechazada por el Mafioso*, bienvenidos a mi segundo libro de mafia. Y para los que son nuevos por aquí, pueden leer este libro sin miedo, porque ambos son independientes.

Voy a repetir el aviso que di en mi otro libro del mismo tema: lo que encontrarán aquí es una visión romantizada de la mafia. No hay héroes dentro de ella, hasta donde sé, pero intenté al máximo hacer que la historia sea más "ligera" según los estándares. Así que si tu interés al leer este libro es un romance más oscuro, no lo encontrarás aquí. El protagonista, por ser un mafioso, ya tiene una moral dudosa por sí mismo, y aunque tiene sus momentos sombríos, no hay escenas gráficas de abuso, violación ni nada por el estilo.

Sí hay gatillos, porque se trata de un libro de mafia, así que ténganlos en cuenta.

Además, pese a la extensa investigación que hice durante todo este año, recurriendo ampliamente a la literatura (incluyendo no ficción), películas y documentales sobre el tema, probablemente habrá elementos inventados, ya que este es *mi* universo de mafia. Por ello, les pido que me concedan licencia poética en algunos momentos, para adaptar situaciones a mi historia.

Besos,

Bia.



Obra de: Vinícius de Souza

PRÓLOGO



Somos humanos, somos violentos.

Aprendimos nuestras lecciones.

Así que los desafiamos.

Somos desalmados e inmorales.

Llevamos el odio.

Como una biblia

TERRIBLE THINGS - HALESTORM

Me acomodé en el sillón de cuero, hundiéndome un poco más en él y abriendo las piernas, relajándome para recibir lo que me estaban ofreciendo. Con una sonrisa maliciosa en el rostro, sostenía un vaso de whisky en la mano y mantenía el arma sobre mi regazo, porque no era tan idiota como para quedarme sin ella cerca. No era una forma de mostrar autoridad, porque no necesitaba una mierda como esa, sino de seguridad. Me gustaba tener acceso a mi Glock marrón con grabados dorados, que había sido el primer regalo que mi padre me dio cuando cumplí dieciséis años.

Algunos hijos reciben autos cuando llegan a esa edad. Yo fui obsequiado con mi primer revólver y disparé por primera vez al aire,

sin tener la menor idea de cómo hacerlo, sintiéndome el dueño del mundo.

Mi alegría se terminó en un segundo, cuando mi padre me dio un golpe en la nuca y me regañó, porque no había disparado como un hombre. Así era el desdichado que me había engendrado. Que el diablo se lo llevara.

Ardiendo en las malditas profundidades del infierno...

A pesar de que había dos guardias de seguridad, uno a cada lado de la sala donde yo estaba, fuertemente armados, listos para apretar el gatillo si alguien hacía cualquier movimiento sospechoso para atacarme, me gustaba estar preparado.

Me ofrecieron un cigarrillo y acepté. Esa era mi noche. Cumplía treinta años. Y tenía mucho que celebrar.

Sería hipócrita si dijera que no me gustaba la vida que llevaba. Dinero, mujeres, poder. Todo a mi alcance; solo tenía que chasquear los dedos. La gente se arrodillaría a mis pies para cumplir mis deseos y, cuando tenía que ensuciarme las manos, me gustaba creer en una filosofía muy profunda y casi bíblica: mejor ellos que yo.

Centré mi atención en lo que ocurría justo delante de mí: había dos chicas moviendo las caderas, semidesnudas -una negra y una rubia-, ambas con cuerpos excepcionales. Los pechos se les balanceaban conforme a sus pasos, al ritmo de la música sensual que sonaba, exigiendo un poco más de movimiento, y ellas jugaban con una barra de pole dance, frotándose contra ella y haciendo acrobacias dignas de profesionales.

Probablemente lo eran. ¿Mi cumpleaños? Obviamente querían darme lo mejor.

—¿Y entonces, jefecito? ¿Estás disfrutando las chicas? No te queda mucho tiempo para disfrutar de este tipo de cosas, ¿eh? —

comentó mi nuevo consigliere, Francesco Romano, recomendado por mi amigo Giovanni Caccini, jefe de la mafia de Chicago, sentándose a mi lado.

—Sí, lo sé —respondí, sin apartar la mirada de las chicas.

—¿En serio? —preguntó, pareciendo sorprendido—. Juré que ibas a decir que un matrimonio por conveniencia no te iba a atar.

Con el dedo de la mano que sostenía el vaso de whisky, señalé a las chicas.

—Mirar es una cosa. Tocar es algo completamente distinto. Puede que no lo parezca, Francesco, pero tengo la intención de ser fiel a mi esposa.

—Es una buena chica, la muchacha de los Preterotti. Va a ser una esposa perfecta.

—Demasiado perfecta —dije, pensando en voz alta. Más alto de lo que debería.

—Es bonita.

—Es hermosa, sin dudas... —Le di una calada al cigarrillo, sintiendo el humo expandirse a mi alrededor, con ese olor característico que ya impregnaba el ambiente desde antes.

Intenté no demostrar mi desánimo respecto al matrimonio, pero era un poco inevitable, especialmente después de haber tomado ya varias buenas dosis de whisky. La chica no tenía la culpa de nada. Era todo lo que un jefe podría desear: hermosa, obediente, una florecita, lista para ponerse un vestido blanco y parecer una novia en el altar. Sin contar que estaba satisfecha con el matrimonio, aunque probablemente se comportaría como un conejito asustado en la noche de bodas, y yo iba a terminar sintiéndome un abusador por desflorar a una princesita como ella.

Imaginaba años y años de un matrimonio con una mujer formal, que tendría hijos perfectos para mí y que jamás representaría un desafío.

Probablemente estaba quejándome de lleno, eso sí.

Fuera como fuera, esa era una noche para celebrar, porque dentro de un mes tendría una puta alianza en el dedo y habría una mujer con mi apellido, a quien tendría que honrar en la salud y en la enfermedad, y toda esa estupidez que ni siquiera sabía de memoria.

La chica negra caminó hacia mí, y yo la recibí con una sonrisa maliciosa. Quité el arma de encima de mi muslo, y ella se sentó sobre mi regazo, con el culo bien apoyado sobre mi verga, moviéndose con ganas, más de lo que había hecho cuando estaba en el escenario.

La rubia no tardó en acercarse también, inclinándose y frotándome un pecho en la cara. Los suyos eran grandes, con silicona, sin dudas, y llevé la mano a uno de ellos, haciendo que arqueara la cabeza hacia atrás cuando la toqué de esa manera.

Podría hartarme de las dos con facilidad. Sería como una despedida de soltero, aunque no tenía planes de dejar de acostarme con mujeres desconocidas hasta mi boda. Mientras no le dijera que sí a Stefania Preterotti, todavía sería un hombre libre. ¿Prometido? Sí, pero ninguno de los dos había pedido fidelidad hasta que el trato se consumara de verdad.

Para ser sincero, yo ni siquiera soñaba con casarme con la virgen perfecta que todos los hombres de mi círculo deseaban. Me encantaría tener una mujer que supiera lo que quería en la cama y que no fuera una histérica cuando yo mostrara mis preferencias, no siempre convencionales.

Pero quién sabe si la perfecta Stefania no me sorprendería. Hasta que eso ocurriera, podría divertirme, con la excusa de que me

estaba volviendo un hombre más experimentado para mi futura y virginal esposa.

Agarré a una con cada brazo, por los muslos, como si fueran niñas, me levanté del sillón y las puse a ambas en el suelo, sujetándolas con fuerza, lo que las hizo reír, divertidas.

—Vamos a jugar, chicas. Hoy estoy muy generoso. —Soltando grititos, se dejaron llevar.

Ya estaba a mitad de camino, listo para la fiesta que tendría lugar en el piso de arriba, en la enorme habitación de aquel club, cuando escuché a un infeliz llamando mi nombre.

—Dominic, no te vayas todavía. Pasó algo...

Todavía de espaldas, solté a las chicas. Me tomó un momento darme vuelta hacia la voz que me había hablado, por más que quisiera mandar a cualquiera a la mierda.

¿En serio? ¿No podría haberme hablado en un mejor momento? Tenía la verga dura dentro del pantalón, camino a una habitación con dos chicas hermosas, llenas de fuego, en mi cumpleaños. Nada podía ser tan urgente como eso.

—¿Qué pasó? —Giré y me encontré con uno de mis capos. Su rostro estaba pálido, lo que me hizo ponerme un poco más serio.

El asunto no podía ser una tontería, teniendo en cuenta lo asustado que estaba.

—¡Habla de una vez, hombre! ¡Deja de dar vueltas! —fui más rudo de lo que debería, y mi voz sonó pesada, fuerte, como un rugido.

—La señorita Preterotti... su prometida...

Mis hombros se tensaron de inmediato.

—¿Qué pasó con Stefania?

—Sufrió un accidente, señor. Murió en el acto; ella y los dos guardias de seguridad que la acompañaban.

—¿Un accidente? —Di un paso al frente, dejando a las dos chicas atrás, porque ya ni me acordaba de ellas—. ¿Qué tipo de accidente?

—El auto en el que regresaba de un viaje, de un evento benéfico, perdió el control y cayó por un barranco. Los hermanos reconocieron el cuerpo hace más o menos una hora.

¡Puta mierda!

Entonces el asunto era, realmente, más urgente que cualquier otra cosa.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Pídeles que preparen mi jet privado. Voy a partir hacia Los Ángeles de inmediato.

Yo estaría con ellos. Ya no era la noche de mi cumpleaños; era una noche de luto.

Tendría que lidiar con eso...

CAPÍTULO UNO



Dolerá, pero no tengo corazón.

Y eso hace que sea más fácil jugar el juego.

No me importa si hago sufrir a alguien o no.

Estoy demasiado ocupado lidiando con mi propio dolor.

THE ART OF SURVIVAL – RAMSEY

Con las manos unidas frente a mi cuerpo y la cabeza baja, dejé que mis oídos se afinaran para escuchar el sermón del sacerdote, mientras ignoraba los sollozos y llantos a mi alrededor.

No es que fuera muy religioso; por el contrario, simplemente no sabía lidiar con ese tipo de cosas: la tristeza, la melancolía de perder a alguien.

Nunca amé a una persona de ese modo, al punto de sufrir por su ausencia. Mi madre había muerto cuando yo era apenas un bebé, y mi padre… No celebré su fallecimiento solo por respeto, ya que siempre he aprendido que la familia es lo primero.

Observaba a Alessio Preterotti, el hijo del medio del jefe de Los Ángeles, y lo veía destrozado, inclinado sobre el ataúd de su hermana, con una de las manos sobre el rostro de ella, cubierto de maquillaje para ocultar las heridas, llorando como un niño.

Enrico, el mayor, se mantenía sereno, al lado del padre, con una postura erguida, tan serio como siempre. Incluso Massimo, el padre de la joven, no parecía el mismo. Había ojeras y nuevas arrugas en su rostro.

Aquella atmósfera me resultaba extraña. Llegaba a sentirme fuera de lugar.

—¿Dom? —Una mano delicada se posó sobre mi brazo, y miré hacia un costado, encontrándome con un rostro de muñeca que conocía desde la infancia.

Kiara, mi prima, estaba allí, también muy conmovida, porque siempre había sido amiga de Stefania. No recordaba que tuvieran una relación tan cercana, pero sabía que se apreciaban, se respetaban y participaban juntas en algunos eventos.

—Lo siento mucho —me dijo, apretando mi puño con cariño, como la hermana que era para mí.

Acepté su gesto con un leve asentimiento silencioso, sabiendo muy bien que, quizá, yo debería haber sido quien le ofreciera mis condolencias, porque nunca había tenido tanto contacto con mi futura prometida.

Nuestro matrimonio había sido acordado meses antes, durante una decisión tomada entre Massimo y yo, para contener un problema que venía ocurriendo desde hacía bastante tiempo.

Grupos enemigos siempre habían intentado crear pequeñas guerras entre nosotros. Había cinco familias, dentro de la Cosa Nostra en Estados Unidos, que regían toda la organización. Los Caccini, responsables de Chicago. Los Ungaretti -mi familia, en este caso-, que controlaban Nueva York; los Preterotti, en Los Ángeles; los Pellegrini, en Florida; y los Cipriano, en Texas.

Esa era una regla que se mantenía desde hacía generaciones. Nuestros padres y abuelos habían hecho que las cosas funcionaran

de ese modo, y teníamos negocios prósperos, organizados y bien administrados. Algunas veces cosechábamos cebollas podridas en nuestro entorno, con traidores que terminaban en nuestros galpones, siendo torturados hasta la muerte, pero todo estaba establecido y funcionaba a la perfección.

Y yo no era precisamente un hombre al que no le gustaran las novedades; por el contrario. No era arcaico y entendía que, para obtener mejores resultados, necesitábamos hacer cosas distintas. Pero una de ellas no era cambiar algo que estaba dando resultado.

Dentro del estado de California, había grupos extremistas interesados en tomar el poder y centralizarlo en otro lugar, arrebatándolo de las manos de los Preterotti. Eso no me resultaba en absoluto conveniente, ya que llevaba años teniendo casi todos mis negocios con ellos. Sin contar que nos unía una lealtad sólida.

Sin embargo, sabíamos que la alianza se volvería aún más fuerte a través del matrimonio. Yo era un hombre joven, un jefe que había heredado el cargo relativamente pronto, y eso despertaba la ira de los más tradicionales. Sabía que también había gente que quería destronarme y que no tardarían en aparecer. Una unión entre los Ungaretti y los Preterotti sería tan poderosa y tan respetada por todos los demás estados leales a la Cosa Nostra, que cualquier acto rebelde perdería fuerza.

Y Massimo tenía una hija soltera… ¿No era lo más sencillo? Si yo hubiera tenido una hermana, podría haberla casado con Enrico o con Alessio, pero no era el caso.

No se trataba solo de la muerte de Stefania. Vivir y morir dentro de la mafia también implicaba cuestiones políticas. En ese momento, yo estaba preocupado.

Acompañamos el cortejo fúnebre después de las palabras solemnes del sacerdote y vimos cómo el ataúd descendía a la

tumba. Una vez más, las lágrimas de Alessio me conmovieron, porque era el más destruido de todos nosotros.

Giovanni y Kiara ya se habían apartado a esa altura, porque había comenzado a llover y mi prima estaba embarazada. Cuidadoso como era, su marido la había llevado a un lugar cubierto. Justo en el momento en que me quedé solo, mi ex futuro suegro se acercó despacio y se colocó a mi lado, como si tuviera algo que decir, pero prolongando el instante lo suficiente como para empezar a ponerme impaciente.

—Ya pensamos en todo, Dominic. Nos gustaría que te reúnas con nosotros apenas salgamos de aquí. Es un asunto de extrema urgencia —comenzó Massimo, y yo fruncí el ceño, completamente confundido.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que ya pensaron en todo?

—Sobre el matrimonio.

—No estoy entendiendo. Al parecer, ya no tengo prometida —dije, sabiendo que era algo cruel de decirle a un padre que acababa de perder a su hija, pero era la verdad.

—Confía en mí. Vamos a conversar.

No me quedaba otra alternativa que aceptar, aunque todo aquello me resultaba muy extraño. Podría incluso perdonarlo, considerando que se trataba de un hombre dominado por el duelo.

Aunque no parecía tan afectado por la muerte de su hija como preocupado por el matrimonio que se había perdido.

La ceremonia llegó a su fin, y algunas flores fueron arrojadas sobre la tumba de Stefania, principalmente por Alessio. Él salió con el brazo de uno de sus capos rodeándolo, casi sostenido, y nos dirigimos a los autos.

—Ven con nosotros, Dominic. Como te dije, necesitamos hablar. Ayer hablé con los muchachos y llegamos a una conclusión —dijo Massimo, deteniéndose frente a su coche y volviéndose hacia mí.

—No puedo imaginar qué es lo que quieren.

—Ven con nosotros —insistió, y yo asentí, subiendo al auto con mis hombres y siguiendo al suyo.

La mansión de los Preterotti estaba en la zona oeste de Los Ángeles, en Bel Air, y era una de esas casas dignas de celebridades de Hollywood. Vivían cerca de personas famosas y les gustaba ostentar. Alessio, en particular, adoraba ir a fiestas y salir con actrices, modelos y cantantes, sin hacer distinciones.

Tampoco mostraba discreción alguna, lo que siempre preocupó a toda la Cosa Nostra. Por suerte para Massimo, su segundo hijo.

Fui conducido a su despacho, y la ama de llaves nos sirvió copas de whisky. Ni siquiera habíamos almorzado, pero la ocasión era lo suficientemente trágica como para eso.

—Todavía no entiendo de qué tenemos que hablar —dije, ya ansioso, aunque intentando contener mis emociones lo suficiente como para no mostrar vulnerabilidad.

—Escucha bien, Dominic… Tu matrimonio con Stefania era de extrema importancia para nosotros. Algo de vida o muerte, me atrevería a decir —comenzó Massimo, y vi a Alessio moverse, acercándose a nosotros.

—Padre, ¿no podemos, al menos, dejar que el cuerpo de mi hermana se enfríe en la tumba?

—¡No, Alessio! Eres un inconsciente que no tiene la menor idea de todo lo que está en juego. Solo sabes pensar con el corazón

y con la cabeza de abajo. Necesito razonar ahora mismo. Estoy sufriendo por mi hija mucho más de lo que imaginas, pero también los tengo a ustedes. Debo pensar en su seguridad y en la seguridad de la posición de Enrico en el futuro.

El mencionado Enrico seguía apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Siempre callado, observando más que hablando. Dentro de la Cosa Nostra, poco a poco comenzaron a llamarlo el Caballero de las Sombras, y le quedaba bien. Podía engañar a cualquiera, pero, para mí, ocultaba algún secreto. Y desde hacía meses, esa aura de misterio se había intensificado aún más.

No era asunto mío intentar descubrirlo.

Vi los ojos de Alessio brillar de rabia, pero se apartó del padre y se dejó caer en el sillón de cuero en una esquina del despacho. Con una postura de poder, Massimo se acomodó en su silla de respaldo alto y me señaló otra frente a él, transformando aquello casi en una reunión de negocios.

—Podemos continuar con los planes del matrimonio. —Estaba a punto de continuar hablando, pero lo interrumpí, alzando una mano.

—Con el debido respeto, no puedo casarme con un fantasma.

—¡*Più rispetto*, Dominic! —vociferó Alessio, poniéndose de pie con ese carácter apasionado e impulsivo que tenía. Para él, todo siempre parecía teatral, exageradamente trágico.

No tenía paciencia, así que le lancé una mirada que decía todo lo que quería expresar, ya que no podía mandarlo al carajo.

—¡Déjenme hablar, muchachos! —exclamó Massimo, algo alterado—. Tengo otra hija. Una joven, un poco mayor que Stefania.

—¿De qué estás hablando?

—Vive en Brasil. Su madre era de allí y se la llevó de regreso. Nunca la mandé a buscar, porque era una mujer y no un varón. No me servía para nada. Pero ahora sí. Muchos aún se acuerdan de ella, aunque fue un matrimonio conflictivo. Nadie habla del tema, por respeto hacia mí.

—Massimo, ¿me estás diciendo que…?

—Aún podemos unir a nuestras familias. Solo tienes que decir que sí, y yo me encargo de todo. La decisión es tuya, pero piensa en todo lo que está en juego.

Carajo, aquello era una locura. Una locura enorme.

Pero estaba dispuesto a escucharlo.

CAPÍTULO DOS



Sigue a los demonios hasta mi puerta.

Incline la balanza, vacíe los cajones.

Los finales felices son cosa del pasado.

Está en mi sangre, en mi sangre, en mi sangre, en mi sangre.

IN THE BLOOD – RED ROSAMUND

Tomé un buen trago de whisky, esperando que me quemara tanto la garganta que la sensación me hiciera olvidar lo entumecido que estaba mi cerebro por toda esa locura.

—Entonces, ¿quieres que me case con esa otra joven? ¿Una que nunca vivió en nuestro entorno? ¿Que ni siquiera vive en nuestro país? ¿Cómo crees que vas a convencerla de una unión por conveniencia, cuando tiene una realidad completamente distinta?

—Confía en nosotros. Haremos lo que sea necesario. Solo necesitamos tu autorización y que estés de acuerdo con el plan.

Tuve que levantarme de la silla, dejando el vaso sobre la mesa, porque necesitaba moverme. Me quité el abrigo oscuro que llevaba puesto y lo colgué, ya que la prenda era pesada, me llegaba hasta los tobillos, y de pronto comencé a sentir los músculos más rígidos.

—Por favor, explíquenme cómo se supone que esto puede funcionar, porque no le veo ningún sentido. El consejo jamás va a aceptar algo así.

—Como jefe, tienes derecho a casarte con quien quieras. Y la joven lleva el apellido Preterotti. Fue registrada por mí, es mi hija legítima.

Respiré hondo, asimilando la información con mucho cuidado. Era un momento completamente inesperado. Dos días atrás tenía la certeza absoluta de que en un mes estaría casado. Después recibí la noticia de que mi prometida había muerto. Y ahora ya tenía otra posibilidad de matrimonio en tiempo récord.

Era demasiado para que un hombre lo aceptara en cuestión de segundos.

Apoyé la palma contra la pared, sosteniéndome en ella, y llevé la otra mano a la cintura, apartando un poco el saco.

—¿Qué necesito saber sobre ella? ¿Sabes algo de tu hija, por cierto? —Carajo, ¿era posible que ya estuviera considerando la posibilidad?

Pero, teniendo en cuenta que se trataba de una elección casi necesaria para la seguridad de nuestras cabezas y de nuestro poder, no resultaba tan difícil tomar una decisión.

—¡Claro que sé sobre mi hija! —dijo Massimo, alterado—. ¿En qué estás pensando?

—Resúmelo, Massimo. Vamos… ¿Quién es esa joven?

—Se llama Deanna. Estudia Psicología. Tiene veintitrés años. Sé que es mayor que Stefania, pero…

—Eso no me interesa. No hace ninguna diferencia para mí.

—Es una hermosa joven.

Massimo se levantó y se acercó a mí con su teléfono celular. Había una cuenta de Instagram abierta y buscó una foto, mostrándome a una chica rubia, de ojos verdes, con un bronceado muy brasileño, en una imagen con un paisaje de playa, una tela atada a la cintura y un top cubriéndole los pechos pequeños.

No tenía la apariencia de princesa que Stefania siempre había sostenido. Su hermana era morena, con los mismos ojos verdes, un rostro de porcelana, toda delicada. Deanna tenía el tipo de belleza que solo poseen las mujeres muy seguras de sí mismas; no era completamente perfecta, pero dejaba huella.

El tipo de mujer a la que miraría dos, tres veces, porque había algo en ella que me resultaría fascinante, casi hipnótico.

—Sospecho que ya no es virgen, pero…

—¡Papá! —lo reprendió Alessio.

—Solo estoy avisando… —Massimo se encogió de hombros.

—¿Como si fuera un producto defectuoso? —pregunté, con un tono cínico.

—No es eso. Ah, están enfocándose en lo que no importa. Solo hice un comentario. De todos modos, necesitamos decidir de inmediato.

Apartó el celular, como si el hecho de que yo hubiera visto una sola foto de la joven fuera suficiente para que decidiera pasar el resto de mi vida a su lado.

—No depende solo de mí. Supongo que también tendrán que hablar con ella, ¿no?

No era ajeno a la forma en que se arreglaban los matrimonios en nuestro entorno. Nuestras mujeres casi no tenían voz ni voto, salvo en algunas familias sin poder. Imaginaba que con Stefania había sido así, sin posibilidad de negarse a la idea de casarse

conmigo. Con Deanna sería distinto. Tal vez tenía novio, tal vez estaba enamorada de alguien.

No podía ser un matrimonio únicamente de conveniencia, sin tocarla, porque necesitaríamos tener hijos. En el mundo en el que ella vivía, eso resultaba imposible. Era algo anticuado, y probablemente se reiría.

—Tenemos motivos para creer que aceptará. Con la motivación adecuada.

—¿Dinero? —No quería una esposa tan codiciosa, pero ¿qué otra opción tenía? Aunque fuera extremadamente extraño, era la mejor alternativa para proteger los intereses y la seguridad de los nuestros, porque una guerra podía estallar en cualquier momento.

—No. ¿Puedes confiar en nosotros? ¿Acepta la propuesta?

Miré a los tres hombres a mi alrededor, intentando encontrar en el rostro de alguno la respuesta a esa pregunta, pero solo dependía de mí. No sería ninguno de los hermanos Preterotti quien decidiría mi destino.

—Acepto hablar con la joven. Si la traen y si ella está de acuerdo.

—Es un comienzo. Me encargaré de todo. Alessio, tú que tienes más contacto con tu hermana, ¿podemos hablar? —El menor de los Preterotti asintió y siguió a su padre fuera del despacho, dejándome a solas con Enrico.

Era difícil describir mi relación con él, porque crecimos juntos, encontrándonos en fiestas y en eventos de la Cosa Nostra, pero había cambiado un poco con el paso de los años. Imaginaba que tenía que ver con su iniciación. Por más terrible que hubiera sido mi padre, tuvo ciertos cuidados que otros hombres no tenían. No había traumas en mi memoria, al menos ninguno que me hubiera convertido en otra persona.

Enrico era… peculiarmente sombrío.

—¿Qué piensas de todo esto? Al fin y al cabo, es tu hermana —le pregunté, notando que seguía en la misma posición, observándome.

Finalmente se movió, y tuve la leve impresión de que cada uno de sus gestos era extremadamente calculado. Dirigió hacia mí sus ojos muy azules, y noté que estaban fríos, enfocados y, otra vez, con ese matiz oscuro que parecía guardar muchas historias desconocidas.

—Creo que es la única salida. Y tú también lo sabes.

—Lo sé. Por desgracia, lo sé.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, en esa incomodidad natural entre hombres poderosos que se mueven en el límite entre la amistad y la desconfianza, pero yo tenía mucho por descubrir.

—¿La conoces?

—Un poco. No tanto como Alessio, aunque ni siquiera él la conoce demasiado. Pero sé que usted va a tener algo de trabajo con ella.

—¿Cómo es eso?

—Ella… —Enrico dudó, probablemente buscando la palabra adecuada, pero enseguida continuó—. Tiene una personalidad fuerte.

Bueno, tal vez eso fuera algo bueno, aunque también podía complicar las cosas.

—Teniendo eso en cuenta, ¿crees que tu padre va a lograr convencerla?

Enrico esbozó una sonrisa ligeramente amarga.

—¿Y acaso no conseguimos siempre lo que queremos, de una forma u otra?

Dicho eso, simplemente salió del despacho, dejándome a solas con pensamientos completamente confusos.

¿A dónde diablos nos llevaría todo esto?

CAPÍTULO TRES



¿Te sientes seguro?

Expuesto a la luz solar

¿O es este el lugar

dónde se esconden los monstruos?

No eres un blanco tan fácil.

En un minuto te conozco y al siguiente no.

WHO ARE YOU – SVRCINA

Sabía que ella estaba impaciente, así que decidí demorarme todavía más solo para provocarla. Llegué a sonreír al oírla resoplar.

Levanté la vista y vi a mi amiga, Ingrid, hojeando una novela romántica de época que había encontrado en uno de los pasillos de la biblioteca de la facultad y que consideró lo más interesante que podía haber por ahí. Yo no era una mujer muy romántica; en literatura, mi preferencia eran obras un poco más densas y algo más fantasiosas, aunque tampoco le hacía asco a una novela erótica, por ejemplo, para levantarme un poco el ánimo.

Estaba buscando un libro específico, pero había otros de los que también podía beneficiarme para mi trabajo final. No tenía apuro, pero al parecer Ingrid no era muy fanática de lugares como ese.

—Puedes irte, ¿sabes? —pregunté, sin apartar la vista del estante.

—¿Y perderme el almuerzo que prometiste pagar?

—¿En un autoservicio de dudosa calidad? ¡Ingrid! ¡Deberías valorarte un poco más! —bromeé. Ella me dio un golpe en el hombro que casi me hizo perder el equilibrio, pero las dos empezamos a reír y oímos a alguien hacer un "shhh", indicándonos que teníamos que callarnos.

Con ese toque sutil, di por terminada mi tarea, sujetando tres libros contra el pecho y llevándolos al mostrador para registrarlos y llevármelos a casa.

A modo informativo: Ingrid también se llevó la novela.

Fuimos caminando hasta el estacionamiento, en dirección a mi viejo Fiat Uno. No era de esos modelos más nuevos, no. Era el cuadradito, blanco, que había visto días mucho mejores, pero era mi medio de transporte para ir a la facultad y al trabajo.

A pesar de tener el sueño de ejercer la medicina, estaba postulándome para algún puesto en una buena empresa, en el área de Recursos Humanos. Había hecho algunas entrevistas, porque no sería una mala opción. Me gustaba tratar con personas, de todo tipo, así que no estaría tan lejos de mi objetivo.

Me sentía un poco distraída mientras caminaba, revolviendo dentro de mi bolso, cuando Ingrid empezó a darme codazos.

—Puta madre, Dea. Hay un hombre guapísimo apoyado en tu auto. ¡El hombre más lindo que he visto en mi vida!

Aunque sabía que Ingrid tendía a exagerar cuando se trataba de hombres, levanté la vista y llevé la mano a los ojos para protegerlos del sol, formando una visera a la altura de las cejas.

Bueno… Ingrid no estaba exagerando. El hombre apoyado en mi auto sin duda era uno de los más guapos del mundo. Y uno que me arrancaba una sonrisa enorme.

—¡Ah, *Dio Santo*! ¡Es Alessio! —Hablaba italiano todo el tiempo con mi madre en casa, pero también hablaba inglés, además del portugués. A veces insultaba en tres idiomas distintos o se me escapaba alguna expresión por pura costumbre.

—¿Alessio? ¿Tu hermano?

Asentí y salí corriendo hasta caer en sus brazos. Él me levantó del suelo en un abrazo efusivo.

—Ahhhh. *Mi sei mancato tanto* —le dije que lo había extrañado mucho, mientras recibía el mejor abrazo del mundo.

—*Anch'io, sorellina* —respondió—. Yo también, hermanita.

Nos separamos y apoyé las manos en su rostro.

Hacía unos buenos cinco años que no nos veíamos, desde la última vez que había venido a Brasil a visitarme. Y ese tiempo le había sentado muy bien.

Tenía el cabello un poco más largo, rizado como el de un ángel, cayendo casi hasta el cuello. Sus ojos eran de un azul cristalino, como el cielo, y tenía una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera.

Me fui de Los Ángeles, donde vivía mi padre, a los cuatro años, cuando mi madre prácticamente nos arrancó de allí, después de una separación que, según ella, se había convertido en un escándalo. Sabía muy poco sobre el tipo de vida que llevaba mi familia, aunque tenía mis sospechas. Siempre respeté la decisión de mi madre de no involucrarme en nada y tampoco quise investigar.

Hablaba muy poco con mi padre. Enrico, mi hermano mayor, era un enigma para mí. Stefania intercambiaba mensajes muy educados conmigo, me enviaba regalos por mi cumpleaños y reaccionaba a mis fotos y publicaciones, pero con quien hablaba constantemente era con Alessio, tanto por videollamadas como por teléfono.

Teníamos edades cercanas, yo veintitrés y él veintisiete, y lo recordaba como un niño cariñoso, que había cuidado de mí cuando nací. Era mi protector, mi hermano mayor. Enrico debería haber asumido ese papel, pero la diferencia de edad entre nosotros era grande y él estaba siendo preparado para hacerse cargo de los negocios de nuestro padre desde muy joven, algo que nunca entendí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en italiano, al notar que mi amiga se acercaba.

Su rostro se puso demasiado serio, lo que me preocupó.

—Tenemos que hablar. Pero no en tu facultad.

—¿Quieres ir a algún lugar a comer?

—Me gustaría que estuviéramos en un sitio más seguro. ¿Podemos ir al hotel donde me estoy hospedando?

El estómago se me revolvió, con la certeza de que no podía tratarse de nada bueno. ¿Alessio había salido de Los Ángeles solo para hablar conmigo? ¿O había aprovechado otra ocasión para visitarme?

Aun así, sin duda traía alguna noticia.

—Claro que podemos. —Entonces me volví rápidamente hacia Ingrid, hablándole en portugués—. Creo que vamos a tener que posponer el almuerzo. Mi hermano quiere hablar conmigo. Prometo presentártelo en otra ocasión.

—Claro, amiga —dijo ella, apoyando la mano en mi hombro, ya consciente de que la situación era seria—. Después avísame si todo está bien…

Asentí, nos dimos un beso en la mejilla y seguí a Alessio hasta el auto que había alquilado. Sin duda habría sido una humillación que él viajara en el mío. Sin contar que habría quedado completamente apretado ahí dentro, siendo un hombre de casi un metro noventa.

Fui todo el camino muy nerviosa, sobre todo porque Alessio era muy hablador, pero ni siquiera intentó sacar conversación. Cuanto más avanzábamos, acercándonos a la costa de Río -donde se hospedaba-, más latente se volvía mi ansiedad. A medida que subíamos en el ascensor, el silencio se hizo casi insoportable, tanto que, cuando abrió la puerta de la habitación y entramos, arrojé el bolso sobre la mesa y me planté frente a él, con las manos en la cintura.

—Deja de dar vueltas, Alessio. ¿Qué pasó?

—¿No es mejor que te sientes?

—Ni loca. Estoy nerviosa.

—Y sigues siendo una malhablada… —Abrió una sonrisa melancólica y lo miré con una ceja arqueada, sin mucha paciencia—. Está bien, está bien. Lo siento por ser el mensajero de una mala noticia, pero Stefania tuvo un accidente…

—¿Qué? —Abrí los ojos de par en par y llevé una mano a la boca—. ¡Dios mío! ¿Ella… ella está bien? ¿Ella…?

—No, *sorellina*. Nuestra hermana se fue… —Alessio dejó caer algunas lágrimas, y yo me quedé paralizada por un momento, asimilando la noticia.

Cuando finalmente caí en la cuenta, apoyé una mano justo en la mesa donde había dejado mi bolso, intentando mantenerme en pie, completamente aturdida.

Mi hermanita menor… Esa cosita dulce, que parecía una muñeca de porcelana… ¿Cómo era posible? Solo tenía veinte años.

Cuando las lágrimas brotaron, mi hermano me rodeó con fuerza y yo me refugié en sus brazos, apoyándome contra su pecho. Él había tenido mucho más contacto con Stefania que yo; probablemente su dolor era mayor, pero en ese momento nos dimos fuerzas mutuamente, porque no importaba que yo no la conociera en profundidad: la chica era mi hermana. Sangre de mi sangre.

—¿Cómo están papá y Enrico? —pregunté cuando nos separamos.

—Nuestro padre es… bueno… es nuestro padre —dijo. Era una información que entendí perfectamente. Massimo Preterotti estaba enfocado en los negocios, en su vida profesional; nunca había tenido mucho tiempo para nosotros, con la excepción de mi hermano mayor, su heredero—. Enrico es nuestro Caballero de las Sombras —explicó, con una sonrisa apagada.

—¿Caballero de las Sombras?

—Así empezaron a llamarlo. Lo entenderás cuando lo veas de nuevo. Pero los dos son fuertes.

Sí, lo sabía. Pero "fuertes" era una palabra amable. Tal vez insensibles sería la que yo usaría.

—Fue muy amable de tu parte venir a Brasil a avisarme. No hacía falta… —Me aparté un poco más de mi hermano, notando que ni siquiera había deshecho las maletas. Más bien parecía que había llegado hacía apenas unas horas y había venido directo a verme.

Era el tipo de consideración que sabía que, en mi familia, solo Alessio podía tener.

—Para ser sincero, *sorellina*, no fue solo por eso —dijo. Lo miré con atención—. Ellos me enviaron para buscarte.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Buscarme? ¿Cómo que buscarme?

Alessio respiró hondo, se pasó la mano por el cabello rizado y me dio la espalda, como si no quisiera mirarme a los ojos.

—Nuestro padre quiere hablar contigo. Ya que Stefania murió… y…

—Sin rodeos, Alessio —dije, con un tono firme y grave.

Se dio vuelta y volvió a mirarme. En su rostro apareció una expresión visible de perro abandonado, su especialidad. Mi

preocupación aumentó.

—Stefania tenía su boda programada para dentro de un mes.

—¡Solo tenía veinte años!

—Sí, pero era un matrimonio por conveniencia. Estaba prometida a un hombre. Un hombre importante, poderoso.

Solté una risa amarga.

—¿Esas cosas existen fuera de los libros?

—En el mundo en el que vivimos, sí.

Yo tenía algunas sospechas sobre lo que hacían mi padre y mis hermanos. No era tonta, entre otras cosas porque eran italianos. Aunque vivieran en Estados Unidos, todos habían nacido en Sicilia, yo incluida, ya que mi padre conoció a mi madre en una de sus temporadas allí. Ella era una inmigrante brasileña y trabajaba como mesera en un bar. Al parecer, había sido un amor loco, casi a primera vista.

—Sea como sea —continuó Alessio—, el matrimonio de Stefania era muy importante, no solo por una cuestión de negocios, sino porque hay un grupo extremista que planea sacar a nuestro padre del poder.

—¿De qué poder, Alessio? —pregunté por fin. Si me estaba diciendo todo eso, era porque quería que supiera algo, así que tal vez ya era hora de descubrirlo.

—Deanna, como te dije, solo soy el mensajero. No puedo decirte más de lo que vine a decir, y ya es demasiado. Insistí en ser yo, porque quería estar presente y protegerte, hacerte sentir más segura.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—Tienes que venir conmigo a Los Ángeles, *sorellina.* Y, lamentablemente, no puedo darte opción. No es lo que yo quería, pero, al igual que a ti, a mí tampoco me dieron opción.

Di un paso atrás, empezando a sentir que todo aquello era muy extraño.

—Alessio, ¿de qué…? —No pude terminar la frase, porque dos hombres vestidos de negro salieron de la suite de la habitación. Uno de ellos sostenía algo en la mano que se parecía demasiado a una jeringa—. ¿Alessio? —volví a llamar a mi hermano, con los ojos abiertos de par en par, en completo pánico.

Aun confundida, intenté correr hacia la puerta, pero él me sujetó.

—*Scusami, sorellina*. Estoy aquí. Voy a cuidar de ti.

Intenté zafarme de sus manos, pero el hombre con la jeringa se acercó y me clavó la aguja en el cuello, lo que me hizo gemir por el pinchazo y por el miedo.

¡Estaba a punto de ser secuestrada! Y no tenía idea del motivo…

No tardé ni un minuto en sentir el cuerpo completamente flojo, justo después de la inyección. Mi hermano me sostuvo y me alzó en sus brazos, sujetándome con fuerza.

—Lo repito, Deanna: estoy aquí para cuidar de ti. Era inevitable, pero necesitaba estar contigo.

Quise preguntar por qué era inevitable, pero ya no tenía fuerzas para hacerlo. Solo dejé que mi cabeza cayera sobre el hombro de Alessio y me entregué a la oscuridad, mientras él susurraba que todo iba a estar bien.

Pero yo tenía la sensación de que no lo estaría. Para nada.

CAPÍTULO CUATRO



No me digas que lo sientes.

Sólo di una cosa para detenerme.

Ayúdame a romper el silencio.

Ven y sálvame de mí mismo.

SAVE ME – OMRI

La conciencia iba y venía, pero no tenía la menor noción del tiempo entre despertarme y volver a dormir. Cada vez que empezaba a querer despertar por completo, otra inyección me derribaba.

A veces sentía que alucinaba, porque me vi en un avión, con el asiento reclinado, y Alessio siempre cerca, revisando cada etapa de mi proceso.

Cuando finalmente desperté, lo primero que noté fue un candelabro de bronce colgando del techo. Era lujoso hasta rozar lo cursi, con lamparitas que imitaban velas, aunque en ese momento estaban apagadas.

Miré a mi alrededor y vi paredes en tonos grises, además de una cortina clara que parecía cubrir un balcón. Quise levantarme para observar todo con más atención, pero necesité unos instantes para recomponerme.

Sé que volví a dormirme una vez más, lo que permitió que mis fuerzas se recuperaran un poco y al menos pudiera sentarme.

Eché otra mirada por la habitación y me encontré con una decoración simple, pero bonita. Exceptuando el candelabro, claro.

Lámparas que combinaban con la colcha que me cubría, de un azul real intenso, una mesa de madera en una esquina, armarios claros y un tocador. No era exactamente una habitación femenina, sino neutral, como si estuviera preparada para un huésped.

Solo que no tenía la menor idea de dónde estaba.

Respiré hondo, tratando de librarme de la ola de náuseas que llegó con el ligero mareo que hizo girar mi cabeza cuando intenté levantarme. Me apoyé en la cabecera de la cama, logré ponerme de pie y me di cuenta de que vestía una especie de camisón de algodón blanco, algo que nunca usaría en mi día a día, ya que prefería pijamas cómodos y era fanática de los jeans con camiseta y zapatillas.

Apoyándome en la pared, caminé hasta la puerta que parecía demasiado lejos. Cuando llevé la mano al picaporte, estaba cerrada.

El pánico empezó a crecer dentro de mí mientras miraba alrededor y comprendía que era una prisionera allí.

Tan pronto como entendí eso, como un golpe en el estómago, comencé a recordar los últimos acontecimientos que mi memoria alcanzaba a procesar.

La llegada de Alessio a Brasil.

Nuestra conversación en el hotel.

La noticia de la muerte de Stefania.

El secuestro…

Sacando fuerzas de no sabía dónde, empecé a mover la cerradura y a golpear la puerta con los puños, pero no pasó nada. Aceleré mis pasos con un instinto de supervivencia, corriendo hacia el balcón, pero también estaba cerrado. Aunque era de vidrio, tendría que romperlo. Sin contar que estaba a considerable altura. Tres pisos, quizás.

Sabía muy bien dónde estaba: en la casa de mi padre. Esa habitación había sido mía un día, pero con una decoración más infantil. Había sido reformada, recibido muebles de adulto, pero la disposición y la vista eran las mismas.

¡Estaba en Los Ángeles! ¡Me habían llevado allí en contra de mi voluntad!

Giré rápidamente hacia la puerta en el momento en que se abrió, pero ese movimiento brusco, sumado a los demás y a la cantidad de sedantes que me habían dado, me hicieron caer al suelo.

—¡Mierda! —Era la voz de Alessio otra vez. Corrió hacia mí, me levantó del suelo con cuidado y otra vez me cargó en brazos—. ¿Te lastimaste, *sorellina*? Perdón por eso. Perdón. No quería… Pero si no hubiera sido yo, ellos te habrían llevado de cualquier manera. No hubo elección, Dea.

Dejé que me colocara nuevamente en la cama, y al mirar al otro lado, vi a mi padre y a Enrico.

Si hacía cinco años que no veía a Alessio, a esos dos podría jurar que no los veía desde hacía más de diez. Desde que mi madre me llevó a Brasil, casi huyendo -y yo nunca supe el motivo- hubo solo una visita de ellos, acompañados por Stefania. Tuvimos algunos paseos "familiares" y siempre los quise, a pesar de la distancia. Pero en ese momento solo sentía odio.

—Me mandaste a secuestrar —afirmé con la voz todavía frágil, sentada en la cama, recuperándome.

—Fue por una causa importante. No podíamos perder tiempo intentando convencerte —dijo mi padre con autoridad, muy serio.

Lancé una mirada a Enrico, viéndolo vestido de negro de pies a cabeza: pantalón, camisa abotonada y sobretodo hasta los pies. Su cabello liso y castaño, más largo que el de Alessio, estaba peinado hacia atrás, y sus ojos eran los mismos que los de Alessio. Hacía honor al apodo de Caballero de las Sombras, de eso nunca podría dudar.

Mis hermanos eran hombres hermosos, y la madurez solo les había sentado bien.

Desgraciadamente, la apariencia no coincidía con el carácter, y me sentía traicionada.

—¿Qué hago aquí? —casi gruñí.

—Viniste a salvar a tu familia.

Esbocé una sonrisa bastante sarcástica.

—No es explicación suficiente. Necesitarás elaborarla un poco más, *papà.* —Usé la palabra con desdén.

Él empezó a caminar, acercándose a mí. Los tres hombres estaban estratégicamente posicionados para rodearme. Eso empezó a causarme sensación de claustrofobia, aunque la habitación era muy grande.

—Sé lo directa que eres, Deanna, así que seré directo también. Necesitas casarte en lugar de tu hermana. Con su prometido. El jefe de la Cosa Nostra en Nueva York.

¿Qué?

¿Jefe de la Cosa Nostra?

¿La mafia?

Ok, si tuviera la cabeza un poco menos aturdida, diría que eso tenía sentido.

Nunca dudé de que hubiera algo ilícito en los negocios de mi padre, y en el fondo sabía que tenía relación con la mafia, sobre todo porque mi madre no quería profundizar en lo que me contaba sobre él. Pero siempre me pareció algo muy lejano, considerando que apenas tenía contacto con él. Cada quien viviría su vida como quisiera, y yo prefería no imaginar que venía de una familia de criminales que mataba y torturaba sin piedad.

Pero ahí estaba yo, en medio de todo eso, siendo literalmente arrastrada a un mundo que nunca quise conocer ni explorar.

El desespero empezó a burbujear dentro de mí como agua hirviendo, y eso me hizo saltar de la cama y correr hacia la salida. Para hacerlo, tuve que pasar junto a Enrico, y juré que me detendría, pero mi hermano no hizo nada.

El problema era que sabía que no podría salir de esa casa, pero al menos pensé que podría llegar al pasillo.

Había dos hombres en la puerta -los mismos que vinieron con Alessio a buscarme en Brasil- que me agarraron y me sujetaron por los brazos, devolviéndome a la cama a la fuerza.

—¿Qué estás haciendo, papá? ¡Esto es una locura!

—Te conozco, Deanna. Tienes un espíritu igual al de tu madre. Te quedarás aquí para escucharme o serás sedada de nuevo. No quiero eso.

—*Papà*… ¡Ella no puede ser una prisionera aquí! —Alessio protestó a mi lado, pero supuse que no tenía mucha voz en esa situación.

—Si no es así, será peor. No te metas, Alessio —le dijo mi padre, y luego se volvió hacia mí nuevamente—. Es cuestión de vida

o muerte, niña. Morirá gente si bajamos la guardia. Personas que te vieron crecer. Personas como tu hermana.

Eso me golpeó de lleno.

—¿Tú crees que Stefania…?

—No lo creo, estoy seguro. Querían impedir la boda de cualquier manera. Y harán todo para destruir el vínculo de los Preterotti con los Ungaretti. Para eso, hay otras personas inocentes involucradas. Esposas de capos. Niños. Pasé todos estos años protegiéndote a ti y a tu madre, asegurando que nunca fueran un problema para la Cosa Nostra, porque no tenían interés en traicionarnos. ¿Crees que te habría sacado de tu vida si no fuera por un bien mayor?

Cosa Nostra…

Bien mayor…

Esas palabras apenas tenían sentido. Esa no era mi vida. Estar encerrada en un cuarto, como prisionera, después de ser secuestrada, mientras mi matrimonio era negociado sin mi consentimiento. ¡Un matrimonio con un jefe de la mafia!

¿Quién sería ese hombre? ¿Qué querría de mí?

¿Qué me haría?

—¿Y si no acepto? —pregunté, levantando la cabeza, sentada en la cama, intentando mantener la dignidad al máximo.

—¿Incluso sabiendo que hay personas inocentes en peligro?

Respiré hondo, tratando de encontrar dentro de mí el egoísmo suficiente para salir de esa situación. Hasta donde sabía, yo también estaría en peligro si me uniera a un hombre que apenas conocía y que podía ser un psicópata.

—Aun así —respondí, sin mucha firmeza.

Eso dejó a mi padre indignado. Tanto que tuvo que darse la vuelta sin mirarme, lanzando una mirada a Enrico. ¡No era posible que ninguno de mis hermanos hiciera nada!

—Lamento informarte, Deanna, pero será como nosotros decidamos —fue su respuesta.

—¿Qué?

—Llamaré a una de nuestras empleadas para que te ayude a vestirte. En una hora te encontrarás con Dominic Ungaretti para hablar. Dijo que quiere conocerte.

¡Dios mío! ¡No era posible! ¡No podía ser real!

Haciendo un gesto, mi padre les hizo una seña a Enrico y Alessio. Mi hermano mayor me lanzó una mirada sin emoción y simplemente me dio la espalda. Ni siquiera escuché su voz desde que entré.

Alessio se acercó, besó mi frente y nuevamente intentó mostrar pena por mí.

¡Mierda!

Los tres me habían traicionado.

—¡No pueden hacer esto! ¡No pueden! —grité a todo pulmón, corriendo hacia ellos, pero nuevamente los guardaespaldas me detuvieron, bloqueando la salida.

Mi padre ni siquiera respondió, solo se fue, mientras los hombres también se retiraban, dejándome allí, encerrada, mientras todos a mi alrededor decidían mi destino.

CAPÍTULO CINCO



Tan cerca que puedes oírla ronronear.

Tan cerca que puede oler tu miedo.

No lo suficientemente cerca para perderse.

¡Cuidado! La leona está cerca.

THE LIONESS – XANDRIA

Estaba sentado en la silla de respaldo alto de Massimo, que desde el primer momento me pareció un trono. Vestía solo una camisa blanca y un pantalón de vestir; ni siquiera me puse saco. Pensé que así parecería más accesible para conocer a mi futura esposa.

¡Maldita sea, qué chiste!

Iba a conocer a la chica, verla por primera vez, un mes antes de la boda.

Los Preterotti no me contaron mucho sobre cómo había sido la conversación con ella, y me pareció extraño que hubiera aceptado tan rápido, siendo una mujer que había estado completamente alejada de nuestras tradiciones desde tan pequeña.

Pero en el preciso momento en que se abrió la puerta y apareció, no parecía nada dispuesta a conversar, tanto que estaba

prácticamente siendo arrastrada por dos soldados de Massimo, que la sujetaban con fuerza por los brazos.

—¿Pero qué diablos es esto? —Miré hacia el hombre mayor, su padre, mientras la chica era colocada frente a mí. Enderecé los hombros.

—Tu prometida, Dominic. Es un poco rebelde, pero tenemos esperanzas de que te escuche.

Con el ceño fruncido, lo único que vi fue a la misma mujer hermosa que había visto en el retrato, pero diferente de la imagen, donde parecía relajada y feliz; juraría que en ese momento estaba más que lista para clavarme un cuchillo en el pecho antes que hablar conmigo.

No era lo que esperaba, definitivamente. No imaginaba encontrar a una mujer frente a mí completamente en contra de su voluntad.

—Esto es ridículo. ¡No voy a aceptar esto! —Me levanté de la silla y me dirigí hacia la salida del despacho, que estaba bloqueada —. Llevé la mano rápidamente a la funda de mi arma. Por más que confiara en los Preterotti, no podía ceder. —Están intentando hacer esto con la persona equivocada —alerté en un tono casi burlón.

—Solo inténtalo, Dominic.

—No suelo obligar a las mujeres a relacionarse conmigo, Massimo. Mucho menos a casarse. ¿Cómo va a llegar al altar? ¿Con esposas?

—La convenceremos. Necesitamos tu ayuda. Solo… inténtalo —insistía Massimo. Todo aquello me parecía absurdo, pero bufé y regresé al despacho.

En ese momento era matar o morir. Las opciones no eran simples, lo que me llevaba a decidir bailar según la propuesta de los

Preterotti.

Me volví hacia la mujer, manteniéndome serio e intentando ignorar todo lo demás. Era mi papel actuar como el hombre de poder que era.

—Acércate —le dije.

—*Vai a fartifottere.*

Vete a la mierda.

Fue lo primero que mi futura esposa me dijo en nuestro primer encuentro.

Romántico, diría yo.

—Eres elocuente, querida.

—No me llames querida —dijo entre dientes, furiosa.

Muy tentador.

—Está bien, no hay problema. Tendré que buscar otro apodo que combine. Encontraré uno, pero te mantendré intrigada un tiempo… —Mantuve el cinismo, no solo porque era la manera en que mejor lidiaba con las cosas, sino también porque, en medio de todo aquel absurdo, enfrentarla directamente no parecía mala idea.

Sin contar que era aún más hermosa en persona, a pesar de usar un vestido que le quedaba grande. Sospechaba que era de Stefania. También había algo particular en ella: era pequeña. Cuando me puse de pie, pude notar, incluso a la distancia, que su cabeza llegaba como máximo a mi pecho.

—Acércate —repetí, pero ella permaneció en el mismo lugar.

Los hombres que la rodeaban volvieron a sujetar sus brazos e hicieron un gesto de llevarla hacia mí por la fuerza. La joven leona

se debatió con tal energía que su abrigo fino se deslizó de su hombro y quedó a la vista.

—Suéltala —gruñí, manteniendo el tono y la expresión impasible.

Mi arranque pareció sorprender incluso a Deanna.

—No recuerdo haber dado órdenes para que la trajeran a la fuerza —dije, volviendo mi atención a Massimo, que todavía estaba en la puerta. Ni Enrico ni Alessio estaban presentes.

—Te repito, Dominic: es esto o nada —dijo Massimo.

Y estábamos hablando de su hija.

Di unos pasos más hacia ella y juré que retrocedería, pero la leona se mantuvo erguida, levantando la cabeza con orgullo.

Hermosa.

Si antes había pensado que era el tipo de mujer que me haría mirarla dos veces, estaba equivocado. Era más que eso, me sentía impactado.

Hice un gesto para que los dos hombres se apartaran, pero entendí que no irían muy lejos por orden de Massimo. Aun así, intentaría conversar con la joven.

—¿Sabes quién soy? ¿Tu padre o tus hermanos te hablaron de mí?

—No sé mucho. Además de ser un criminal, necesitas varios hombres para protegerte de una mujer de la mitad de su tamaño.

Sería imposible fingir que no me divertía. Y apenas había intercambiado unas palabras con ella.

—¿Sabes quiénes somos? Yo, tus hermanos y tu padre. ¿Sabes a qué nos dedicamos?

—Tengo una idea.

—¿Has oído hablar de la Cosa Nostra?

—Vi El Padrino.

Tuve que reír nuevamente, porque realmente era ingeniosa.

—Tal vez necesites aprender una que otra cosa.

—No quiero aprender nada. ¡Quiero que me dejen irme! No quiero formar parte de esta locura —gritó, irritada.

Lancé otra mirada a Massimo, levantando una ceja. Esto iba a darme más trabajo del que pensé.

—¿Nadie te explicó la razón de todo esto?

—¿Hay alguna razón sensata y lógica para secuestrar a una mujer y llevarla a otro país para casarla?

—¿Secuestrada? —escupí la palabra.

Nadie me respondió.

No era lo que tenía en mente, de hecho.

Maldita sea, definitivamente no quería una prometida que estuviera allí en contra de su voluntad. Era ridículo, humillante y muy oscuro, incluso para mí.

—Mira, Deanna… yo no estoy de acuerdo con esto.

—No hace falta que finjas ser el bueno.

Me incliné hacia ella, acercando nuestros rostros. A pesar de que no me gustaba nada cómo estaban ocurriendo las cosas, esa chica no iba a manipularme.

Con una sonrisa ladeada, respondí:

—¿Por qué? ¿Te gustan los villanos, *leonessa*? —Leona era el apodo perfecto para ella, así que lo usaría. Pero la malicia de mi pregunta quizá fue demasiado, porque recibí un buen golpe en la cara.

Cerré los ojos un segundo, mientras sentía el ardor en la mejilla, ladeando la cabeza, pero los abrí cuando escuché un gruñido femenino, probablemente de Deanna.

Los soldados volvieron a agarrar sus brazos y la estaban sacando del despacho.

—¡No! —exclamé, sintiéndome hasta aturdido por todo aquello. Había lidiado con todo tipo de hombres, con el caos de torturas y negociaciones peligrosas, pero ¿qué estaba pasando con esta mujer? Empezaba a ser demasiado para mí—. Voy a salir. Necesito unos minutos.

En realidad, lo que más quería era aclarar la historia del secuestro. Quería entender qué habían hecho y qué esperaban que yo hiciera.

No era posible que quisieran que llevara a mi prometida atada por el pasillo hasta el altar y la obligara a decir que sí.

Comprendía que ese matrimonio era importante, que significaba mantener la paz que conocíamos -o lo más cercano a eso que habíamos logrado- y la vida de muchas personas. Aun así…

Lancé una mirada a la joven, y los dos hombres todavía la sujetaban. Estaba cansada de luchar, probablemente afectada por toda la locura que su vida se había vuelto.

Pero era una leona. Sin dudas.

Salí del despacho de la casa de Massimo, cerrando la puerta con fuerza. El hombre venía detrás de mí, pero levanté un dedo.

—No quiero hablar contigo. Llama a Enrico y a Alessio. Los esperaré en la habitación donde estoy durmiendo.

Dijo algo más, pero no presté atención y solo seguí, subiendo las escaleras y encerrándome en el cuarto, llevándome las manos a la cabeza.

¡En qué loco desastre se había convertido la vida!

¡Qué maldita locura!

CAPÍTULO SEIS



No me tientes, diablo.

No puedes comprarme, diablo.

No me vas a hacer quedar como tonto, oh no.

¿Qué te hace tan especial?

Pensar que me rendiría.

¿A esta danza demoníaca entre tú y yo, diablo, diablo?

DEVIL, DEVIL – MILCK

Llegué al cuarto, intentando respirar un poco y golpeando la puerta. Quería lanzar algo contra la pared, esperando que eso sirviera como una especie de terapia, pero necesitaba controlarme. Por mi propio bien.

Permanecí unos instantes caminando de un lado a otro, hasta que escuché el crujido de la puerta que acababa de golpear y vi a los dos hermanos Preterotti entrar.

—¿Qué diablos fue eso? —gruñí, señalando la pared, justo en dirección al despacho, como queriendo indicar la escena que había ocurrido poco antes.

—¿Eso? Es Deanna. Ahora ya la conoces —respondió Alessio.

—¡No hablo de la mujer! —Aunque ciertamente merecía ser considerada—. Hablo de la situación. No me informaron que llegaría así. ¿De verdad fue secuestrada?

Alessio se rascó la cabeza, mientras Enrico permanecía de pie, callado, muy serio.

—Sí. Fui a buscarla porque no tuve el valor de dejarla sola con los soldados, ya que la traerían de una manera u otra. No es que fueran a hacerle daño, pero podría asustarse.

—Era más fácil que ella los asustara —comenté, en un intento de humor ácido muy malo—. ¿Cómo esperan que convenza a una mujer de casarse conmigo en estas condiciones?

—Nuestro padre está dispuesto a obligarla de cualquier forma.

—¡Esto es ridículo! —Reí amargamente—. Están metiéndose en un gran lío. Esa mujer no lo aceptará a menos que haya una buena razón.

—Su madre —dijo Enrico, como si fuera la voz de un fantasma.

Alessio y yo lo miramos. Como el Caballero de las Sombras que era, sin sonreír, con un tono sereno de quien nunca explota.

—¿Qué tiene que ver su madre?

—Rico, no puedes sugerir que… —Alessio empezó a hablar, pero Enrico lo interrumpió.

—Su madre se hace hemodiálisis. Está esperando un trasplante de riñón.

Aparté la mirada de ambos, pensando en esa información.

—¡No puedes usar eso para chantajearla, Dominic! —afirmó Alessio.

—No puedes juzgar nada, Alessio, ya que participaste de toda esta mierda que mandó tu padre. —Hice una pausa, rascándome la barba mientras reflexionaba—. No voy a chantajearla con eso, pero creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—Ella no parecía en absoluto dispuesta a colaborar.

—No, no lo parecía. Pero quiero tener la oportunidad de hablar con ella. A solas. Avísale a tu padre. No quiero ni a él ni a sus soldados cerca.

Alessio asintió, listo para irse. De nuevo quedé solo con Enrico, que dejó otro mensaje:

—Ella sería capaz de cualquier cosa por su madre. Creo que puedes estar en el camino correcto. Solo ten cuidado con lo que vas a hacer.

Luego, él también se fue, dándome un poco de tiempo para pensar.

No mucho, porque no podíamos retrasar todas las decisiones. Era necesario hablar con el consejo, hacer el anuncio, organizar una fiesta de compromiso y comenzar los preparativos. Nada podía ser pequeño en la Cosa Nostra, especialmente cuando se trataba de uno de los principales jefes.

Cuando bajé, lo primero que escuché fueron nuevamente los gruñidos de protesta de Deanna. Enrico se detuvo frente a mí, con las manos detrás de la espalda, como un guardián.

—Hay una condición para que hables con ella sin seguridad y sin que estemos nosotros cerca.

—¿Cuál sería?

—Vas a ver.

Casi empujé al hombre, avanzando hacia la puerta y entrando. Lo primero que vi fue a la chica esposada a la silla, con el cabello sobre el rostro, pataleando y todavía luchando.

—¡Esto es ridículo! ¡No pueden hacerme esto! —gritó.

Y tenía razón. Lancé una mirada a Enrico, pero su expresión me decía que no debía intervenir. Alessio no estaba ni cerca.

—¡Esto es inconcebible! —gruñí, irritado—. No, no puedo aceptarlo.

—Estás en nuestro territorio, Dominic, tendrás que aceptar nuestras condiciones.

Miré a Deanna, que no estaba asustada, sino furiosa.

—Suéltenla. Ahora —dije con calma, intentando mantener la paciencia.

—Que se vayan al diablo. Quieren que sea así, será así —dijo, manifestando su postura—. No pienso colaborar en nada, ni de esta manera ni de otra.

No respondí, pero observé los movimientos a nuestro alrededor.

—Estaremos afuera, Dominic —alertó Massimo, pasando a mi lado con sus soldados y cerrando la puerta.

Miré a la mujer, que movió la cabeza para apartar el cabello de sus verdes ojos llenos de furia. Aun así, no pudo acomodar la tira del vestido ni el abrigo que se le había deslizado por el brazo. Con un poco más de movimiento, parte de su pecho quedaría al descubierto.

Necesitaba ganarme su confianza de alguna forma para que tuviéramos una conversación más allá de los insultos, algo que juraría que ella estaba ansiosa por lanzarme.

Levanté las manos en señal de rendición, acercándome a ella como si me acercara a un animal salvaje.

Los labios de Deanna estaban entreabiertos porque respiraba profundamente, sin apartar la mirada de mí, esperando a ver qué hacía. Extendí la mano, sujetando la tira del vestido con un solo dedo, lo mínimo para no tocarla, acomodándola y devolviéndola a su lugar.

Me aparté nuevamente, con las manos en alto, realmente ofreciéndole una tregua.

—¿Vamos a hablar? —pregunté con cuidado.

—No tengo elección, aparentemente. Por cierto, ustedes me están facilitando mucho la decisión sobre este matrimonio. Dopada, secuestrada, esposada… ¿Será esa mi rutina?

—Puede parecer difícil de creer, pero no sabía nada de eso.

—Alessio me lo dijo. En mi opinión, no mejora mucho tu posición.

—Tú no me conoces.

—No es difícil sacar conclusiones, sabiendo el tipo de cosas que haces.

—No secuestro mujeres. Además, tu hermano está en lo mismo y a ti parece gustarte.

—No sé si me gusta tanto.

—Pero hasta ahora te gustaba.

Deanna guardó silencio, suspirando, dándose por vencida.

—Touchè.

Ok… cedió un poco. Era un comienzo.

Me aparté, apoyando la cadera en la mesa, cruzando brazos y piernas, uniendo los tobillos.

—No estoy de acuerdo con este enfoque, Deanna. Mi manera de resolverlo será completamente diferente, por eso quiero negociar.

—¿Cómo? ¿Me vas a atar con cuerdas y no esposarme? Bastante diferente, ¿no? —provocó. Me gustaba esa actitud de ella.

—Me gusta esposar y atar a mis mujeres, pero solo cuando hay consentimiento.

Eso fue suficiente para dejarla sorprendida.

Pero necesitaba que la conversación continuara:

—Lo que quiero proponer es un intercambio justo. Puedo ayudar a tu madre si tú también me ayudas.

Al mencionar a la otra mujer, Deanna se agitó de nuevo, empezando a forcejear.

—¡No metas a mi madre en esto!

—No lo hago sin respeto, *leonessa*. Te ofrezco algo justo. Quizá no es como imaginaste, pero podemos conseguir que ese trasplante de tu madre se haga un poco más rápido.

—¿De manera ilegal? —casi escupió las palabras.

—Puede salvarle la vida. ¿Acaso importa eso cuando se trata de quienes amamos? Yo no tengo a nadie más, Deanna. Si estuviera en tu lugar, probablemente no lo pensaría dos veces. —No solía abrir mis sentimientos así, pero creí que era necesario para el momento, considerando que debía convencerla a toda costa.

—Pero el precio es casarme contigo de por vida.

—Podemos establecer un plazo. Hasta que las cosas mejoren.

—¿Y si no mejoran?

—Mejorarán. No sin un poco de sangre y sin que tengamos que ensuciarnos las manos, pero lo solucionaremos. Y entonces estarás libre de mí.

Ella permaneció en silencio, pareciendo analizar la propuesta.

—¿Y los herederos? —preguntó con cautela.

—Es un asunto delicado. —Me rasqué la ceja con el pulgar, aún apoyado en la mesa.

—¿Delicado? Es algo que debe discutirse. No voy a acostarme contigo —dijo con tanta determinación que levanté la mano al pecho, en un gesto burlón, porque no solían rechazarme así.

—Creo que la cuestión del heredero puede discutirse después. Encontraremos la manera.

Deanna permaneció en silencio de nuevo y se acomodó en la silla, buscando mejor posición, pero gimoteando de incomodidad.

—¿Me vas a obligar a ir a la cama contigo? —Fue la primera vez que la vi asustada. Ni cuando la agarraron o la esposaron perdió la compostura. Al pensar que podrían violarla, vaciló.

—No. Eso te lo puedo garantizar. Pero eso no descarta la posibilidad de que ambos lo queramos —dije con firmeza.

Me atraía, sin dudas. No negaría que sería interesante convertirlo en un desafío.

—No va a pasar. Pero sobre el matrimonio, tampoco creo que tenga mucha elección, ¿no es así?

—Tu padre es inflexible.

—¿Y si tú tampoco aceptas?

—Lamentablemente, tampoco es una elección para mí. Puede significar la vida o la muerte para personas que no merecen estar en peligro.

Ella permaneció en silencio, mirando hacia abajo, reflexionando.

—¿De verdad ayudarás a mi madre?

—Tienes mi palabra. Y no es ligera. A pesar de todo lo que puedas pensar de nosotros, somos hombres de honor.

—Claro… —Su expresión mostraba sarcasmo—. Pero sea como sea, quiero salir de esta silla… —Deanna dudó, hasta que suspiró—. Y quiero que mi madre esté bien. Quiero que tenga una oportunidad.

—Entonces, ¿tenemos un acuerdo, *leonessa*?

—Sí… lo tenemos. Te extendería mi mano, pero… —Deanna se encogió de hombros, y yo reí.

Sería divertido conocerla y entenderla un poco más.

CAPÍTULO SIETE



Entre el cielo y el infierno

Buscando una salida

Cada uno por sí mismo.

Somos rivales.

DARKNESS – XVI

Froté uno de mis puños con la otra mano, sintiéndolo arder. La sensación de libertad, sin duda, era algo digno de admirar.

Me habían soltado por pura cortesía, lo sabía muy bien, pero ante la mención de una posible cura para mi madre, pensando que podría salvarse -aunque de una forma poco ortodoxa-, me comportaría como una gatita domesticada.

Observaba a los hombres susurrar frente a mí, dándome cuenta de que estábamos solo mi padre, mis hermanos, Dominic y yo. Los soldados habían sido liberados, probablemente para dejar de lado la intimidación anterior. Ya que había aceptado cooperar, aunque fuera bajo chantaje, probablemente estaban dispuestos a darme ese voto de confianza.

Aun así, era ridículo pensar que aquellos cuatro, que eran mi compañía en ese momento, por sí solos, representaban una

amenaza considerable. Sobre todo porque… estaba tratando con mafiosos.

Si pensara con calma en lo absurdo de todo, podría reír. Pero no estaba de humor para eso.

Mientras permanecía sentada en la misma silla de antes, pero en una posición mucho más cómoda, enfoqué mis ojos en el hombre con quien acababa de sellar un pacto peligroso.

Dominic Ungaretti…

¿Qué decir de él?

Era mucho más joven de lo que pensé al principio. Cuando se habla de un jefe de la mafia, la primera imagen que viene a la mente es la de alguien de la edad de mi padre. El hombre frente a mí tenía como máximo treinta años, y él era…

Ah, mierda, no debería pensar eso, porque necesitaba estar alerta y muy cautelosa con él, pero… qué hombre tan atractivo.

Era más alto que mis dos hermanos, lo que me hizo calcular que medía alrededor de un metro noventa y cinco. Su cabello corto y castaño estaba peinado de manera elegante, con mechones desordenados de un modo sexy. Barba incipiente, ojos también castaños y una boca perfectamente delineada.

Su cuerpo era otra historia. Era enorme. La camisa blanca que llevaba no dejaba dudas de que sus músculos eran intimidantes. Cintura y caderas estrechas, piernas torneadas, manos fuertes.

Respiré hondo cuando me lanzó una mirada, atrapándome en el acto mientras me evaluaba. El destello de una sonrisa maliciosa curvó una de las comisuras de sus labios, y sus ojos cínicos reflejaban un humor muy particular.

Él sabía que lo encontraba atractivo. Eso complicaría mucho las cosas para mí.

Los hombres se dispersaron por la sala. Me levanté de la silla, solo porque no quería sentirme tan en desventaja, aunque fuera un pensamiento ridículo, ya que no era rival para ninguno de ellos.

—Antes que nada, necesito decir que tengo condiciones.

En cuanto terminé de hablar, la profunda risa de Dominic llenó la sala.

—Me haces reír, *leonessa* —dijo, cruzando sus brazos y piernas largas, en la misma posición que antes, apoyado en la mesa. Su expresión me daba ganas de darle otro golpe en la cara por lo cínico que era, pero me controlé.

—Estoy aquí para entretenerlo, señor.

El gesto de Dominic se volvió nuevamente malicioso, pero mi padre interrumpió la mirada que nos intercambiábamos.

—Deja de ser insolente, Deanna. Estamos hablando en serio. Podemos escuchar tus condiciones, pero eso no significa que vayamos a aceptarlas.

—Creo que sí lo harán, o puedo complicarles mucho las cosas. Supongo que quieren una aliada, no una rehén todo el tiempo.

—Tiene agallas. Me gusta. —Dominic se dirigió a mi padre al decirlo. Realmente parecía divertido.

—Pero mis condiciones no son complicadas. Primero: no quiero ser prisionera aquí. Nada de puertas cerradas, nada de sedantes, nada de esposas ni cosas por el estilo. Si acepté participar en toda esta mierda, tendrán que confiar en mí, igual que yo confiaré en ustedes.

—No creo que… —Mi padre empezó a hablar, pero Dominic levantó un dedo, sin apartar los ojos de mí.

—Podemos darte un voto de confianza.

—Pero, Dominic…

—Yo pongo las reglas, Massimo —dijo con un tono de autoridad que incluso me sorprendió. Hasta donde sabía, mi padre no aceptaba bien otra voz de poder, pero probablemente para él la alianza con Dominic era más importante que cualquier otra cosa.

—La segunda condición es que traigan a mi madre aquí —continué, sin prestar mucha atención a la discusión—. No voy a dejarla en otro país, sola, sin cuidados, expuesta a recaídas. También quiero que todo lo necesario para que consiga el riñón para el trasplante se haga inmediatamente después de la boda.

—Tu madre… pero… —Mi padre intentó disuadirme otra vez, pero sabía que sería inútil. Esa era mi condición más importante. No iba a ceder.

—Hecho —Dominic lo interrumpió nuevamente, demostrando ser un aliado razonable hasta ese momento.

Intercambiamos otra mirada, casi solemne, como verdaderos socios de negocios.

—La siguiente condición es que quiero saber todo sobre la vida de ustedes. No quiero que me oculten nada, ni una sola verdad.

—No es buena idea, Deanna —dijo Enrico. Su voz era como terciopelo, siempre firme. Su presencia era como un fantasma oscuro.

¿Qué diablos le pasaba?

—Si voy a formar parte de este mundo, necesito saber dónde me estoy metiendo —argumenté.

—Hay cosas que supongo que no querrás saber —dijo mi padre, seguro de sí mismo.

—Entonces no hay trato. —Levanté una ceja, desafiante, cruzando los brazos—. Si no confían en mí, no puedo confiar en ustedes.

—No es cuestión de confianza. Es cuestión de protegerte. —Alessio coincidió con ellos.

—Veo cómo me cuidan y, definitivamente, no es mi concepto de protección.

—La chica puede soportarlo —soltó Dominic de repente, una vez más y sin razón aparente.

Me estaba sorprendiendo.

—Déjenme manejar las cosas. Ella será mi esposa, ¿no? La prepararé y haré el trabajo sucio. Tranquilos. La *leonessa* estará en buenas manos.

Su sonrisa me hacía dudar mucho de eso, pero levanté la cabeza, observándolo con cautela, muy seria y decidida a no contradecirlo.

—No sabes en lo que te estás metiendo, Dom. De verdad —comentó mi hermano menor, levantando las cejas.

—Me gustan los desafíos —dijo, sonriéndome, como el Lobo Feroz.

Pero yo no era Caperucita. Y también me encantaban los desafíos.

—Hay una cosa más. —Mi padre puso los ojos en blanco, pero no me dejé intimidar—. Si hay alguna posibilidad de que mi hermana haya sido asesinada, quiero que lo descubramos. Quiero participar en todo y ayudar a investigar. Quiero vengarla.

—De nuevo, niña, no sabes en lo que te metes. No sé qué tipo de libro leíste o qué película viste sobre la Cosa Nostra, pero las

cosas son mucho más oscuras de lo que imaginas. —Otra perla de mi padre. ¿Qué pensaba de mí?

—Sería Stefania la que estaría en ese altar. Estaba lista para eso, quizá quería asumir el papel que yo voy a asumir. Es justo que honre su memoria de alguna forma.

Todos los hombres se miraron entre sí. Alessio levantó las manos en señal de rendición, como si renunciara a su voto en la decisión.

Nadie dijo nada más, hasta que Dominic habló:

—Ok, Deanna. Podemos negociar de nuevo. Hasta donde se pueda. Si siento que las cosas se ponen peligrosas, decidiré cuándo retrocederemos. Y me obedecerás sin cuestionar, considerando que tengo más experiencia que tú en esto.

—¿Pero cómo voy a saber que no me manipularás antes de tiempo?

—Porque no voy a subestimarte. Pero tendrás que demostrarme que puedes con esto. Que eres, de hecho, la *leonessa* que estoy empezando a creer que eres.

Guardé silencio, analizando la alternativa que me ofrecía. No tenía muchas opciones, ¿verdad?

—Ok. Acepto.

Con un gesto de cabeza, selló otro acuerdo conmigo.

A partir de ese momento, éramos aliados, pero también adversarios en un juego muy arriesgado.

CAPÍTULO OCHO



Habéis iniciado guerras y quemado puentes.

Aprendiendo de todos mis defectos, como la religión.

Te has estado ahogando bajo el agua por culpa de mi amor.

Este es mi reino.

Y no voy a dejarlo caer.

MY KINGDOM – IOLITE

La charla a veces era tan aburrida que tenía ganas de sacar mi celular y jugar al Candy Crush. Por ser una decisión extraordinaria y completamente inusual para nuestra organización, no solo estaban presentes los cinco jefes, sino también capos, consiglieres y algunos asociados.

Bufé al ver a toda esa vejez hablando sin parar, sobre temas que no tenían nada que ver con lo que nos había reunido allí: mi matrimonio inusual y el intercambio de novia.

—¿Podrían volver al tema, por favor? —pregunté, intentando que mi voz se impusiera sobre las demás—. Creo que todos tenemos cosas que hacer.

Cuando los hombres finalmente se callaron, empecé a hablar:

—Imagino que ya saben el motivo de esta convocatoria. La decisión fue tomada, pero necesito que estén al tanto. Aun con la muerte de Stefania Preterotti, mantendré mi unión con la familia, tomando a su hermana como esposa.

El silencio continuó, llegando a ser incómodo. Solo era cuestión de tiempo para que alguien comenzara a hablar, así que esperé.

Los honores recayeron en mi consigliere, Romano. Sabía que él sería el primero en intervenir, ya que debía ser mi brazo derecho, mi hombre de confianza, aunque fuera nuevo en el cargo y yo ni siquiera lo hubiera consultado.

—Dominic, confiamos en tu buen juicio, pero debes imaginar que hay algunos problemas en esta unión —dijo Romano.

—No veo ninguno —mentí. En realidad, veía varios, pero no los iba a mostrar.

—La joven no fue criada en nuestro medio. ¿Quién puede garantizar que no sea una traidora?

—Está hablando de mi hija, Romano. Espero que tenga un poco más de respeto —respondió Massimo con tono cortante.

—No es falta de respeto, pero tengo en mente que ni siquiera tú la conoces del todo —continuó Francesco Romano.

—Teníamos una joven hermosa y bien educada, que creció dentro de la Cosa Nostra, y resultó ser una traidora. Saben de quién hablo. Ser parte del medio no significa nada —intervino Giovanni en mi defensa, y noté que Enrico se movía en la silla ante la clara mención de Sienna Esposito.

Sienna siempre nos había parecido una joven sensata, una futura esposa perfecta para cualquiera. La mujer más hermosa que

conocíamos, objeto de comentarios no siempre halagadores y de nuestras imaginaciones más eróticas.

La chica era bonita de una manera casi indecente, con largos cabellos rojos y los ojos verdes más expresivos, además de los labios perfectamente formados.

De alguna manera, su hermano, mi antiguo consigliere, nunca negociaba su matrimonio con nadie. Los Preterotti habían intentado unirla a Enrico, pero fue negado. Después descubrimos que tenían planes: Giovanni era el objetivo, por una venganza.

Bruno Esposito traicionó a todos nosotros, y la información que teníamos era que su hermana era cómplice, habiendo sido asesinada en Los Ángeles.

—Estás jugando con fuego. Nuestros soldados hablan entre sí, y me enteré de que la joven es feroz. ¿Crees que podrás domarla, Dominic? ¿Domesticarla? —comentó el jefe Pietro Cipriano. Era uno de los más viejos de la sala, con pensamiento arcaico e ideas más que obsoletas.

¿Domesticar?

Realmente no conocía a Deanna Preterotti.

Me encantaría contarle a ella sobre el contenido de esa conversación y ver su reacción.

—No importa lo que piensen. Es mi matrimonio. Hasta donde sé, puedo elegir a la mujer que quiera. Y saben que si no me uno a una Preterotti, los cuellos de todos ustedes podrían estar en juego. Mantener las cosas como están es nuestra misión más importante. Confíen en mí para manejar la situación de la mejor manera posible.

Vi que los hombres se miraron entre sí, con algunas dudas, pero no tenían nada que hacer. Yo era dueño de mis decisiones. Nadie podía impedirme casarme con quien quisiera.

—Ella tendrá que seguir las reglas —dijo Cipriani nuevamente, muy convencido.

—Lo hará. Está dispuesta a mantener la tradición —era una información que no podía afirmar. Solo esperaba que Deanna intentara adaptarse a los estándares.

—Confieso que me parece un poco extraño que la joven haya aceptado tan rápido unirse a ti, más viniendo de tan lejos.

Ese hombre me estaba fastidiando.

—La manera en que fue convencida solo me concierne a mí. Solo a mí. No creo que deba dar explicaciones sobre mis métodos con las mujeres.

Eso fue suficiente para callarlo.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —pregunté y casi me arrepentí. Varias manos se levantaron, y tuve que responder casi a un interrogatorio.

Cuando nadie más tuvo algo que objetar, respiré aliviado. Toda esa mierda había sido mucho más ridícula de lo que esperaba.

Salí de allí acompañado de los Preterotti, pero en mi auto, con mi chofer y un soldado, como siempre. La reunión se había llevado a cabo en Los Ángeles de manera urgente, así que aún estaba hospedado en la casa de Massimo. Esa noche tendría una cena con Deanna, solo nosotros dos, y aunque pudiera parecer absurdo, estaba bastante ansioso por ello.

El día había sido largo, y apenas la había visto después de nuestra primera conversación tan productiva. Estaba deseando provocarla otra vez, lo que me sorprendió.

Subí a mi cuarto, me di un baño y me arreglé. Aún no quería la formalidad de una corbata, pero opté por un blazer sobre una camisa gris oscuro,, nada más. Probablemente debería haberme

puesto una armadura también, pero decidí ir con el pecho al descubierto.

Pasé por su cuarto para buscarla, como un caballero, y ella abrió la puerta, ya lista.

—¡Mira! ¡Qué progreso! ¡Nada de puertas cerradas! —dijo con ironía, abriéndose paso para colocarse un pendiente—. Esta fue la única cosa que encontré en el armario de mi hermana que me quedaba bien. Disculpa si exagero.

Oh, no lo sentí en absoluto.

Se trataba de un vestido verde, strapless, que llegaba a la rodilla. Probablemente en Stefania quedaba más corto, pero Deanna era más bajita. La prenda marcaba su cintura con una banda en el medio, que se podía ajustar, por eso funcionaba para alguien más pequeña. Llevaba zapatos de tacón y punta fina, el cabello suelto sobre los hombros y un maquillaje mínimo, solo un delineado sensual que la hacía parecer una gata.

—Me gusta tu versión exagerada.

—Qué pena. A mí no me gusta nada —admitió, cortándome —. Si tengo que vestirme así todo el tiempo como tu esposa, será una tortura peor que convivir contigo.

—¿Debo sentirme halagado?

—Claro que no —dijo riéndose, lo que nuevamente me demostraba que a esa mujer casi nada la intimidaba. Era valiente, audaz e impertinente.

Si me quejaba de la pasividad de Stefania, esto era algo completamente distinto e inesperado.

Deanna se giró con prisa y me puse en su camino, con la intención de que chocara conmigo y terminara en mis brazos. La sostuve contra mí, mirándola a los ojos con una sonrisa

provocadora, sobre todo porque la actitud la sorprendió un poco. Era bueno tomarla desprevenida.

—¿Sabes algo que se discutió hoy en la reunión? ¿Qué piensan sobre nuestro matrimonio?

—¿Debería importarme?

—Sí. Porque quieren que domestique a mi esposa. ¿Qué opinas de eso, Deanna?

Quedó boquiabierta y todavía la sostenía contra mí, con los dedos firmes en sus brazos.

—¡No soy un animal para ser domesticada! —se indignó.

—No, pero ¿estás dispuesta a fingir? ¿Aceptas un collar de oro y hacer de esposa perfecta?

Deanna apretó los dientes y levantó la cabeza, respirando con fuerza.

—Haré lo necesario. Pero con límites.

—¿Hasta dónde llegarán tus límites, *leonessa*? Eso es lo que necesitamos descubrir.

Dije eso y me aparté de ella, aún con la misma sonrisa maliciosa, dejándola terminar de arreglarse, esperándola afuera, sabiendo que, de una forma u otra, el encuentro había terminado a mi favor por el momento.

Pero estaba ansioso por cada uno de nuestros enfrentamientos, aunque ella ganara uno que otro.

CAPÍTULO NUEVE



Arrástrame hasta la muerte,

como un cigarrillo encendido

Tomé mi último aliento,

como el humo de mis labios

Te mentí y también lo disfruté.

Pero tengo las rodillas lesionadas.

porque se arrodillan ante ti

JOKE'S ON YOU – CHARLOTTE LAWRENCE

Todavía no confiaban lo suficiente en mí como para poner un cuchillo afilado sobre la mesa. Pude notarlo en el momento en que Dominic levantó el suyo, listo para cortar el cordero que le habían servido. Casi me río de lo absurdo que era todo.

Al fin y al cabo, yo seguiría siendo una prisionera en esa casa, y probablemente eso no cambiaría cuando me casara, si es que no empeoraba. Seguiría siendo vigilada, mi comportamiento sería analizado, en medio de intentos de ser…

¿Cómo era la palabra que había usado Dominic?

Domesticada…

¡Qué cosa más ridícula!

—Un dólar por tus pensamientos —dijo, mirándome con una expresión que no mostraba nerviosismo alguno.

Era seguro, confiado y emanaba esa aura de poder que solo poseen los hombres que saben que están en la cima de la cadena alimentaria.

—Parece que no valen mucho. Pero estaba reflexionando, sin muchas pretensiones, que es la segunda vez que hablamos a solas y ni siquiera estoy atada a una silla. ¿No es un avance? —me burlé nuevamente, lo que lo hizo reír.

Su risa era abierta, contagiosa.

Dominic Ungaretti era completamente distinto a lo que uno podría imaginar de un hombre de la mafia. Diferente de Enrico, por ejemplo, pero tampoco tenía nada que ver con Alessio, que era cariñoso y gentil.

Mi futuro esposo tenía un aire oscuro, y algo me decía que sería capaz de causar caos de una manera aterradora, pero también era ingenioso, seductor, sarcástico y casi amable. Había cierta perversidad en su aura, como si estuviera listo para incendiar el mundo entero y observarlo explotar mientras se reía de todo.

Como Lucifer.

Quizá ese sería un buen apodo para él: *diavolo*.

—Mencionas demasiado ese detalle, Deanna. Si te gustan las esposas y cadenas, podemos negociar. No me opondré a eso, de ninguna manera.

Ok, punto para él. El desgraciado tenía respuesta para todo. En ese sentido, éramos bastante parecidos.

Tomé un bocado y, después de masticar un poco, decidí que necesitaba entender en qué me estaba metiendo.

—¿Puedo preguntar lo que quiera?

—Adelante.

—¿Qué tipo de negocios manejan?

Su sonrisa de lado apareció de nuevo.

—Empezaste bien. Todo tipo de cosas. Desde las más normales hasta las más ilegales.

—¿Tráfico?

—Drogas y armas, sí.

—¿Personas? —pregunté con cuidado. Tal vez era mejor no saber, pero lo necesitaba.

—No. Al menos no en nuestra organización. Los grupos extremistas tienen intereses distintos, así que no queremos que lleguen al poder.

Asentí mientras comía un poco más.

—¿Y qué más?

—Es complicado. Estamos en muchos tipos de negocios diferentes. Somos inversores además de todo. Muchos legales. Yo mismo tengo una marca de whisky bastante famosa. Tenemos casinos, y yo tengo un club también.

—¿Legalizado?

—Sí, pero no exactamente familiar.

—Ah, eso ni siquiera había pasado por mi cabeza —dije, quedándome un momento en silencio para pensar cómo abordar el

siguiente tema—. ¿Y sobre mi universidad, Dominic? Estoy a punto de entregar mi tesis. ¿Crees que hay posibilidad de hacerla aquí y luego volver a Brasil para presentarla, aunque sea solo para graduarme?

—No veo problema en eso. Tendré que ir contigo, si no te importa.

—¿Por qué?

—Porque así funcionan las cosas aquí, Deanna. O voy contigo, o tendrás que ir con soldados. Creo que te sentirías un poco más cómoda conmigo, si logramos entendernos.

—¿Nunca podré viajar sola?

—Mientras seas mi esposa, no —dijo, categórico, y eso me irritó un poco—. Por seguridad. Es como con las celebridades, por ejemplo.

—No me vas a dar órdenes, Dominic. Acepto casarme contigo porque llegaste muy lejos para convencerme, y no soy tonta. Si hiciste esto, es porque estás lo suficientemente desesperado.

—Estoy menos desesperado que tu padre. Si no aceptabas mi propuesta, tendrías que hacerlo en sus términos. ¿Qué prefieres?

¡Qué odio! ¡Cómo odiaba a ese hombre!

Era difícil que alguien pudiera lidiar conmigo así, capaz de dejarme sin palabras o de hacerme aceptar cosas que no quería. Dominic tenía una forma muy peculiar de manipularme, y eso era algo que no podía permitir. ¿Hasta dónde llegaría? Si usara a mi madre, principalmente, ¿cuál sería mi futuro en esa extraña relación?

—Necesitas entender, Deanna, que a partir del momento en que te convertiste en mi prometida, y más aún cuando nos casemos, serás un blanco. Un blanco vulnerable.

—¿Por ser mujer? No soy tan frágil.

—No, imagino que no, pero no conoces todas las complejidades de nuestra vida. Así que, si quieres enfrentarte conmigo sobre tu seguridad, las cosas se complicarán, y podrías ponerte en peligro real.

Respiré hondo, perdiendo de repente el apetito.

—Nunca busqué nada de eso.

—¿Y crees que yo lo busqué? ¡Ni siquiera quería casarme con tu hermana, Deanna! —Dominic finalmente se alteró. Tal vez había tocado un punto débil.

—Probablemente ella tampoco quería casarse contigo.

—Sí quería. Para ella, que creció en este medio, casarse con el jefe de uno de los estados más grandes del país, como Nueva York, era un gran honor. Me lo dijo cuando oficializamos el asunto.

—Sentirse honrada es distinto de casarse por amor.

Dominic golpeó la mesa, volátil, impaciente. Me sobresalté.

—No hay matrimonios por amor en el mundo en el que vivimos.

—¡Pero este no es mi mundo! —me alteré también. Arrojé la servilleta sobre la mesa, quitándola de mi regazo—. Fui literalmente arrastrada hasta aquí, contra mi voluntad. Sacada de mi realidad, con mi vida completamente trastornada. ¿Qué quieres, que solo sonría y salte de alegría?

—No. Tu destino sería este, de una forma u otra. Si tu madre no te hubiera llevado a Brasil, probablemente ya estaríamos casados, porque habrías mi prometida, siendo la mayor de las dos. ¡Eres una hija de la Cosa Nostra!

Me levanté, indignada.

—¡Métete esa mierda de Cosa Nostra en…! —me interrumpí a mí misma y me aparté antes de decir alguna tontería, lista para irme a mi cuarto porque no quería mirarlo en ese momento.

Le di la espalda, pero sentí que me agarraba del brazo y fui arrastrada hacia él. Con la mano sobre mi codo, Dominic me hizo girar, quedando frente a él. Su mano era fuerte y se cerraba completamente sobre mi brazo, dejándome como rehén.

Levanté la cabeza para mirarlo, perdiendo el aire. Mi brazo estaba ligeramente levantado por cómo me sostenía, así que cerré el puño, clavando mis uñas largas en la palma de mi mano, de rabia.

Pero no era solo rabia.

Había un aura peligrosa entre nosotros. Ese tipo de atracción que golpea justo cuando conoces a alguien con el potencial de volvernos locos de alguna manera, ya sea por odio o deseo.

La mano de Dominic se cerró más sobre mi brazo, acercándome hasta que nuestros rostros quedaron muy cerca.

—No te levantes de la mesa hasta que terminemos de cenar y no me dejes hablando solo —dijo, con un gruñido, obligándome a levantar aún más la cabeza.

—¿O qué?

Debería estar jugando con fuego. ¿De dónde había sacado el valor para enfrentarme a un mafioso? ¿Qué estaba buscando?

No lo conocía, y probablemente estaba aprovechando el hecho de que estábamos en la casa de mi padre y que él tenía algo de respeto. No había nadie más que nosotros y los empleados en ese momento, así que probablemente estaba loca.

Desde que nos conocimos ya lo había ofendido, abofeteado, provocado… ¿Qué esperaba?

La respiración de Dominic se volvió más pesada y densa. Podía sentirla en mi boca, de lo cerca que estábamos.

No pensaba ceder, así que me sorprendí cuando él se apartó un poco, soltando mi brazo bruscamente.

—O tendremos muchos problemas, Deanna. Pretendo estar en paz contigo, no en guerra. Así que… por favor… —dijo con su habitual desdén, haciendo una exagerada reverencia hacia la silla—. Termina de cenar conmigo, ¿quieres?

Podría haber dicho que no. Podría haber complicado aún más las cosas, pero sabía que había un límite sobre hasta dónde debía provocar al tigre. Así que, sin decir nada, me acomodé en el mismo lugar de antes y Dominic hizo lo mismo, aunque tuve la sensación de que ninguno de los dos volvería a comer y hablar como antes.

Se había abierto un abismo entre nosotros, pero ¿no debería haber sido así desde el inicio?

Me habían secuestrado para casarme con él. Eso era algo que nunca podría olvidar.

CAPÍTULO DIEZ



Ven como eres, como eras.

Como quiero que seas

Como un amigo, como un amigo.

Como un viejo enemigo

Tómate tu tiempo, date prisa.

La elección es tuya, no llegues tarde.

Relájate, como un amigo.

Como un viejo recuerdo

COME AS YOU ARE – MASHA

Esperaba ansiosa, mordiéndome los dedos sin parar. Ante cualquier ruido que escuchaba, corría hacia la ventana para ver si lograba distinguir el coche acercándose.

La previsión era antes del mediodía, lo que para mí significaba horas desde las siete de la mañana. Por eso, me desperté temprano y me puse en alerta, sin siquiera desayunar.

Ya podía escuchar a las empleadas de mi padre preparando la mesa para el almuerzo, y yo seguía cerca de la ventana, yendo y viniendo como una cucaracha desorientada.

Bufando e irritada, escuché unos pasos y me giré, viendo a Alessio llegar sigilosamente y meter la mano en la mesa del comedor, robando una papa salteada que estaba en una bandeja de plata.

—¡Niño travieso! —le regañó la empleada, dándole un golpe en el brazo y riendo.

—No puedo resistirme, Nanna. Lo sabes.

—Ah, sí. No te resistes a nada, ¿verdad? ¡Eres un *abusato*! *Un ragazzo maliziozo!*

—No es por malicia, *amore mio*. Lo sabes. —Crucé los brazos, observando la escena y sonriendo, sobre todo al ver a Alessio correr detrás de Nanna para abrazarla y darle un beso en la mejilla.

Exactamente como un niño travieso, como ella lo había llamado en italiano. ¿Cómo era posible que aquel chico fuera un mafioso?

Aún no entendía bien cómo funcionaban las cosas, ni cuál era el papel de mi hermano en todo eso, pero tarde o temprano lo descubriría.

—¿Y tú? —Se volvió hacia mí, avanzando en mi dirección.

—Nada de besos ni abrazos conmigo, Alessio. Aún no he superado lo que hiciste —respondí, más para mantener un poco de orden y que no abusara de la situación que no me agradaba.

Conociendo a mi padre como lo conocía, y sabiendo que había una jerarquía que debía respetarse, no podía juzgarlo por sus actos. Imaginaba que, en su mente, había hecho lo correcto, acompañando a los otros hombres y sin dejarme sola.

Si tuviera que confesarlo, diría que no estaba equivocado. A pesar de que toda la situación era complicada, habría sido muy aterrador despertar sin un rostro conocido cerca.

Alessio levantó las manos con una expresión que seguramente usaba mucho para conquistar mujeres. El descarado era un seductor nato.

—Vengo en son de paz, *sorellina*. Solo quiero preguntar si quieres una silla o si debería poner un puesto de vigilancia en esta ventana. Has estado horas ahí.

Se colocó a mi lado, echando también un vistazo hacia afuera.

—Ella ya debería haber llegado.

—Llegará, querida. No sabemos la hora exacta, pero estará aquí hoy.

Respirando hondo y rindiéndome, me alejé un poco de la ventana y me acerqué a la mesa. El aroma de la comida caliente, que empezaba a servirse, también hizo que mi estómago se revolviera, así que le hice una señal a Alessio para que se quedara quieto y también tomé una papa, llevándola a la boca.

Mi hermano se rió, encantado.

—¡Tengo una cómplice!

Sonreí, asentí con la cabeza baja y me acerqué a él. Me tiré en el sofá, cansada, y él me acompañó. Alessio se acomodó muy cerca de mí, pero aún dejando algo de espacio.

—¿Cómo terminó así mi vida? ¿En este caos loco y sin sentido? ¡Me voy a casar!

—Algún día pasaría. ¿O no?

—No lo sé. Pero definitivamente no sería con un hombre que apenas conozco.

—Dominic no es tan malo.

—Ah, eso es bastante alentador —dije con sarcasmo.

—No, hablo en serio. En comparación con las personas con las que me relaciono, él es… un tipo bastante razonable.

—De nuevo, Alessio… no me estás animando. —Hice una pausa, mirando a mi hermano, a quien conocía de toda mi vida, intentando verlo desde otra perspectiva. Todo había cambiado, ¿cierto? ¿O simplemente seguía siendo la misma persona y yo solo quería juzgarlo?—. ¿Cuál es tu posición dentro de todo este… negocio? ¿La mafia?

—No usamos el nombre. La mayor parte del tiempo solo decimos Cosa Nostra. Pero respondiendo a tu pregunta, soy un capo.

—¿Qué significa eso?

—En la jerarquía, estoy debajo solo de nuestro padre, que es el jefe de la *famiglia*, y de Enrico, que es el subjefe.

Asentí, comprendiendo.

—¿Alguna vez... has matado a alguien?

Alessio suspiró y me miró con una expresión de reprensión.

—No vayas por ese camino, Deanna.

—Necesito saberlo. Debo entender en qué me estoy metiendo. Tú eres mi parámetro, porque te conozco.

—También conoces a Enrico.

—No… no sé si lo conozco. Siempre fue… peculiar. Ahora parece serlo aún más. —Hice una pausa, pensando en mi hermano mayor, imaginando qué secretos podría guardar, pero sabiendo que no eran asunto mío. El Caballero de las Sombras…—. Responde, por favor. No te juzgaré.

Respiró profundamente una vez más.

—Sí, *sorellina*. He matado.

—¿Mucho?

—Lo necesario.

Probablemente ese era el límite al que debía llegar. Aun así, decidí insistir.

—¿Sientes algo por esas personas?

—Sí. No olvido a ninguna de ellas. Al principio me atormentaban en pesadillas. Los ojos… la manera en que pierden la vida. No es algo que se olvide.

Tuve que apartar un poco la mirada, porque la sensación de abandono que percibí era casi insoportable.

—Mejor ni pregunto por Dominic, ¿verdad? —pregunté, todavía con la mirada baja.

—Mejor no.

Otro suspiro, y mi mente se llenó de ideas confusas. Antes de que lograran concretarse, escuché el sonido que tanto había esperado: un coche acercándose.

Salté del sofá y corrí hacia la ventana, viendo una camioneta negra detenerse. Con la puerta abierta por un hombre con traje -sin duda uno de los guardaespaldas de mi padre-, mi madre salió del coche y, apenas la vi, corrí como loca, saliendo de la casa para abrazarla.

Dios, qué alivio era tenerla allí. Qué bueno era sentir sus brazos rodeándome, consolándome como siempre lo había hecho desde que era niña.

El impulso de llorar fue enorme, pero me contuve. Me cuesta derramar lágrimas, y aunque toda la confusión en la que me había

metido era inmensa, mantuve la compostura. En los brazos de mi madre, casi vacilé.

—Mi niña… luché tanto para mantenerte lejos de todo esto. Para que tuvieras una oportunidad de vivir una vida normal… —lamentó Doña Cassia, y casi me quedo sin aire.

Se hacía más difícil mantenerme firme con ella hablando de esa manera.

—Todo estará bien, mamá.

Ella no sabía por qué hacía eso. Sabía que sería inevitable, pero no habíamos hablado sobre la propuesta de Dominic, en la que yo confiaba. Temía que no cumpliera su promesa, pero aún así le daba un voto de confianza.

—Eso espero, mi amor. Pero ahora estamos aquí… Nos tendremos la una a la otra.

Sí, nos tendríamos. Eso ya me daba un inmenso alivio.

Nos soltamos, y lo primero que vio fue a Alessio. Estaba a mi lado, yendo a recibirla. Al verlo, llevó ambas manos a la boca, emocionada.

—¡Dios mío, mi niño! ¡Qué bueno verte! —Casi se lanzó sobre él, y Alessio abrió una enorme sonrisa.

—También es bueno verte, tía.

Era hasta lindo ver a un hombre de ese tamaño llamando tía a mi madre.

Enrico y Alessio eran hijos del primer matrimonio de mi padre. Su esposa murió, y él se casó con mi madre, desafiando todo y a todos, porque ella era brasileña.

No lo sabía hasta ese momento, pero ella había renunciado a vivir con él por mí, no porque dejaran de amarse. Se había ido de Los Ángeles, volviendo a su país natal para protegerme.

Qué ironía.

Luego del divorcio, mi padre se casó con la madre de Stefania, quien también falleció años después por una enfermedad.

Sabía que mi madre sufría mucho por extrañar a los niños, que siempre habían sido como hijos para ella.

Alessio se colocó entre nosotras, pasando un brazo alrededor de cada cintura, guiándonos hacia la casa.

Al entrar, lo primero que vimos fue a mi padre, parado en uno de los escalones de la escalera, observándonos.

—*Benvenuta*, Cassia.

—*Grazie*, Massimo. Gracias por recibirme.

Mi hermano y yo nos miramos, comunicándonos con la mirada.

Tenía curiosidad por ver cómo sería la convivencia entre esos dos.

CAPÍTULO ONCE



Podrías ir al paraíso.

Para ver las maravillas que llenan las alturas.

Tocando las estrellas y tocando el cielo.

Pero aún así, no se comparan conmigo.

Porque soy una diosa, soy perfecta.

No seamos modestos.

GODDESS – JAIRA BURNS

El viaje a Los Ángeles fue un poco más movido de lo habitual, porque me tocó una cantidad considerable de turbulencias. Debería haber sido un indicio de lo que aquella mujer significaba en mi vida.

Caos. Un caos completo.

Y eso que solo habia tenido contacto con ella apenas unos días.

Aterricé en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles alrededor de las siete de la mañana, comenzando algunas visitas que necesitaba hacer. Una de ellas, no fue nada agradable.

Los siete días que pasé en casa, después de todo el lío con Deanna, fueron bastante intensos. Tuvimos un problema con un cargamento de armas que debía haber llegado la semana anterior y

tuvimos que investigar el motivo del retraso. Descubrimos entonces que nos estaban robando.

Eso no era algo que pudiéramos permitir.

Aunque se tratara de un tipo relevante dentro de nuestros socios, alguien importante, tenía hombres suficientes para enviarlos y hacer el trabajo sucio, pero quería tener honores yo mismo. El sujeto llevaba más de tres años trabajando conmigo, teníamos una relación personal, me llamaba amigo… ¿y me apuñalaba por la espalda?

Me habría gustado verlo, al menos, meándose en los pantalones.

La visita tenía que ser temprano, justo cuando pudiéramos agarrarlo desprevenido. Su casa era una hermosa mansión en Beverly Hills, y él siempre se jactaba de ello.

No estaba casado, no tenía hijos, así que podría jugar con él de la mejor manera posible.

Mis soldados se encargaron de neutralizar a los dos guardias que vigilaban la mansión, y entramos con calma, usando a un tercer hombre como rehén para obligarlo a abrir la puerta. Podríamos haberla forzado, pero no me gustan los líos ni el ruido innecesario.

Dejamos a nuestro "ayudante" inconsciente y subimos al cuarto del desgraciado. Saqué mi arma, sosteniéndola con guantes de cuero, y me situé cerca de la cabecera, frente a su rostro. Uno de mis hombres retiró su cobija, y lo encontró desnudo debajo.

Perfecto.

Me moví apuntando el revólver a su miembro, endurecido por la erección matutina. Le di un toque en la pierna, haciéndolo despertar y sobresaltarse al verse rodeado.

—¡Buenos días, cariño! —lo saludé con sarcasmo—. ¿Te gustó la sorpresa? —Aún mantenía el cañón del revólver apuntando a su entrepierna.

—¡Maldita sea, Dominic! ¡Maldita sea! ¿Qué vas a hacer? ¡Mierda...! ¡Qué susto!

—¿Susto? —me reí—. No estoy aquí para asustarte, *amico*. Estoy aquí para enseñarte a no intentar hacerte el listo con la gente equivocada. ¿Cuánto te gusta esta cosita inútil, eh?

No satisfecho con el arma, saqué un cuchillo de mi bolsillo. La hoja se colocó de inmediato sobre sus testículos, abriendo un corte. No era profundo, pero dolería muchísimo.

Su grito fue respuesta suficiente.

Entonces, comenzamos nuestra lección…

Horas más tarde, salí del coche dentro de la mansión de los Preterotti y vi a Deanna parada, usando unos jeans que le quedaban perfectos y una camiseta de alguna banda que no reconocía, lo que me hizo pensar que su madre ya había llegado con sus maletas y pertenencias. Aquella ropa definitivamente no pertenecía a Stefania.

—Llegas tarde —dijo, acercándose con los brazos cruzados.

Golpeando la puerta del coche, le regalé una sonrisa.

—No sé qué me hace más feliz, si tu calurosa bienvenida o el hecho de que estés aquí afuera esperándome, novia mía.

Deanna puso los ojos en blanco, y yo seguí sonriendo.

De alguna forma inexplicable, estaba feliz de reencontrarla. No solo porque era un espectáculo verla, especialmente con esa ropa cómoda que le sentaba mucho mejor, sino porque esperaba con

ansias los pequeños enfrentamientos que siempre resultaban muy divertidos.

—Alessio dejó entrever que estabas en un trabajito. Vine aquí afuera para impedir que aparecieras frente a mi madre antes de bañarte. Solo no esperaba encontrarte así —dijo, señalando mi camisa con una mancha roja. No tanta como quedó en la sábana de hilo egipcio del *maledetto*, pero aún así una mancha considerable—. ¿Es tu sangre?

—No. Definitivamente, no lo es.

—¡Qué lástima! —dijo con cara burlona, agarrando mi brazo y conduciéndome hacia la entrada de servicio de la casa.

Se escuchaba un murmullo, y reconocí la voz de una mujer junto a Alessio. Reía sin parar, lo que me dio una sensación agradable, casi maternal. No tenía idea de cómo era la madre de Deanna, pero por cómo se sacrificaba, era evidente que estaban muy unidas.

Llegamos al cuarto que usé la última vez y, considerando que tendría que ir y venir hasta nuestra boda -cuando Deanna se mudara en mi casa-, dejé algunas prendas en el armario. Ella lo sabía, porque abrió una de las puertas, sacó una blusa de la percha, la dejó sobre la cama y vino hacia mí, arrancándome el saco y comenzando a desabotonarlo, uno por uno.

No era esa mi intención, seguro, pero… mierda, si no era una de las cosas más eróticas que había visto en mi vida.

—Si estabas tan desesperada por quitarme la ropa, querida, deberías haberme avisado antes… —dije casi en un susurro, con los ojos fijos en su boca.

—Hum… —murmuró sin mirarme.

Dios, ¿cómo era posible que la encontrara tan adorable, siendo tan testaruda, tan difícil, tan… indomable?

—Trágate ese ego. Solo estoy acelerando las cosas. Mi madre tiene hambre. No puede aguantar mucho después de la hora de comer porque le baja la presión. No querrás tener eso en tu conciencia, ¿verdad?

Cuando Deanna terminó de desabotonar mi camisa, se giró para tomar otra y abrir también los botones, para que me la pusiera. Mientras estaba de espaldas, saqué la prenda manchada de sangre, dejándola pasar por mis hombros y enrollándola en mi mano, arrojándola al cesto de basura. Era una buena prenda, pero estaba arruinada.

Al volver al cuarto, Deanna ya se había girado hacia mí y noté el momento en que literalmente se paralizó al ver mi pecho desnudo.

También vi sus pechos subir y bajar con una respiración profunda, además de sus ojos pesados.

Deseo.

Esa mujer sería mía; en cuanto tuviéramos oportunidad, la llevaría a mi cama, y ella suplicaría que la hiciera mía de todas las formas posibles.

Algo me decía que seríamos extremadamente compatibles, al menos en ese aspecto.

—Es lindo verte sonrojarte, *leonessa*. No te preocupes, yo también te encuentro muy atractiva. Estamos a mano.

Con eso, el rubor de sus mejillas se intensificó, lo que me hizo pensar que era un poco más inocente de lo que parecía, aunque ciertamente no era virgen.

—Un buen embalaje no significa nada.

Mientras me ponía la camisa, decidí que quería seguir provocándola.

—Solo me parece absurdo que estés vestida. Deberíamos tener los mismos derechos.

Ella puso los ojos en blanco y me encontré sonriendo de nuevo.

Deanna ni se dignó a responderme, solo se alejó diciendo, de espaldas:

—Te esperamos en la mesa. No te demores.

Luego se fue, cerrando la puerta, y yo mantuve una maldita sonrisa en mi cara.

¡Qué mujer, mierda!

CAPÍTULO DOCE



Seguí las reglas de

los juegos que estuvimos jugando.

Mi amor te dejó romperlas,

mi idiota perdido.

Bailé por tu toque;

las marcas que me dejaste aún permanecen.

BLOOD ON YOUR HANDS – ADAM ARCADIA

Apenas podía recordar la última vez que había comido en la mesa con una familia. Si es que eso había pasado antes en mis treinta años de vida.

Las cenas formales con mi padre, cada uno en un extremo de la mesa, no contaban como ese tipo de evento íntimo y, sin dudas, no se comparaban con la interacción que los Preterotti tenían entre ellos.

Sin dudas no era una familia funcional. Deanna no estaba allí por voluntad propia. Probablemente su madre, doña Cassia, tampoco. Solo había corrido a Los Ángeles al enterarse de que su hija había sido arrastrada hasta allí. Massimo estaba visiblemente

incómodo con la presencia de su ex esposa. Enrico ni siquiera parecía cómodo consigo mismo y no dejaba de mirar una sola vez su caro reloj de pulsera, como si estuviera ansioso por irse.

Alessio… bueno… él era *él*. Un caso raro dentro de la mafia. Un niño mimado que no conseguía ver las cosas como un adulto. Tenía la impresión de que recibiría una dosis de realidad de frente en algún momento, y eso sería doloroso. Sería traumático.

Me quedé observándolos, como un espectador imparcial. Solo que debía tener en mente que en poco tiempo me convertiría en parte de esa familia. Sería un personaje más entre esas personas.

¿Quién sería yo para ellos?

¿El forastero que intenta encajar entre personas igual de desajustadas? ¿El usurpador de un lugar que no me pertenecía? ¿El que corrompería a la mujer que no estaba destinada a mí?

Probablemente Deanna y yo estábamos rompiendo alguna regla del universo. Probablemente no era correcto.

Pero era lo que teníamos.

—Nada puede salir mal esta noche —comentó Massimo después de unos instantes de silencio.

Sabía que se refería al evento al que tendríamos que asistir esa noche y que había sido el principal motivo de mi viaje a Los Ángeles, además, claro, de conocer a mi futura suegra.

Se trataba de un evento benéfico; una subasta organizada por la esposa de uno de los capos de Massimo, algo que todavía me intrigaba. Imaginaba que ese tipo de cosas los hacía sentir mejor; que les permitía creer que vivían en un mundo de cuentos de hadas, donde eran héroes y benefactores mientras se alimentaban de toda la podredumbre.

Yo no era mejor que nadie, pero al menos no sostenía una máscara de perfección.

—Creo que es la trigésima vez que dices eso, papá —comentó Deanna mientras jugueteaba con la comida en su plato.

—Si lo repito es porque necesitas escucharlo. Sobre todo tú, niña. No tuvimos mucho tiempo para entrenarte.

Deanna soltó una carcajada.

—Entrenar. Domesticar. ¿Cuál es la siguiente palabra? ¿Adiestrar? ¿Van a darme premios si me siento y ruedo por el suelo?

—¡Chica insolente! —vociferó Massimo, y yo me moví en la silla buscando una posición más cómoda para presenciar la conversación que prometía ser divertida.

Cada vez que esa mujer abría la boca, ya estaba listo para escuchar alguna perla.

—No te preocupes, *papà*. Sé comer en la mesa. Sé comportarme. Sé conversar. Si quieres, puedo quedarme calladita como si me hubieran entrenado.

Podría jurar que Massimo iba a explotar de rabia. Antes de que pudiera decir algo, Cassia intervino.

—Controla lo que le vas a decir, Massimo. Tu hija hace mucho por ti. Deberías tener un poco más de gratitud y respeto hacia ella.

Ah, entonces la hija tenía a quien salir. Esa lengua afilada era cuestión de genética.

Y lo más sorprendente fue ver a Massimo completamente callado, solo murmurando y haciendo una mueca de desagrado, pero volviendo a comer.

—Y tú también, joven —dijo la madre de Deanna, mi futura suegra, girándose hacia mí con un dedo en alto—. Cuidado con cómo tratas a mi hija. Ya le has causado suficientes problemas. Si no eres amable ni un buen esposo, iré a por ti.

La madre-leona me hizo reír. Las dos eran increíbles.

No solo su comportamiento, sino la forma en que se miraban entre sí mostraba que compartían un tipo de amor al que yo nunca tendría acceso. Un amor de madre hacia su hija, que a mí me faltó.

—Estoy dispuesto a ser un esposo ejemplar, señora.

Ella me miró de reojo y Deanna hizo lo mismo.

Era, de hecho, divertido.

Seguimos comiendo y Enrico fue el primero en levantarse de la mesa diciendo que necesitaba salir. Poco a poco, todos nos dispersamos y yo también me retiré, volviendo al cuarto donde mi maleta ya me esperaba, listo para ducharme. Solo cambiarme una camisa no sería suficiente para limpiar de mi piel los restos de la tortura.

Lo que no esperaba, sin embargo, era encontrar a Deanna caminando por mi cuarto después de mi ducha. Me sobresalté porque lo único que llevaba puesto era una toalla en la cintura. Todavía tenía el pecho un poco húmedo y mi cabello dejaba caer ligeras gotas por el rostro.

—¡Mierda! ¡Qué susto, mujer!

Ella sonrió, con aire de victoria.

—¿Estoy invadiendo tu privacidad, cariño? —Ahí estaba el sarcasmo de nuevo—. ¿Te imaginas que te secuestraran para casarte con alguien? —Llevó un dedo al rostro, golpeando con la punta la mejilla, como reflexionando—. Ah, eso no pasaría, ¿verdad? Porque un hombre de tu tamaño sabría defenderse. Yo, en cambio…

Ella me señaló mientras se refería a mi altura, y vi la oportunidad perfecta para replicar.

—¿Te gusta mi tamaño?

—No sé. Algunas partes todavía no las he visto.

Ese "todavía" fue interesante de escuchar.

—Pero yendo al punto… Le di una respuesta a mi padre porque no me gusta cómo intenta manipularme. Solo que… ¿hay algo que deba hacer en el evento?

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. ¿Cuáles son las indicaciones? ¿Ser bonita, dulce, amable, sonriente, hablar poco y fingir que estoy disfrutando cada segundo?

—Es un buen resumen. Yo agregaría ser leal a tu futuro esposo…

Ella levantó la cabeza, evaluándome.

—Hummm, ¿y mi futuro esposo será leal conmigo?

Directo al grano. Sabía que estábamos en una situación de incertidumbre sobre nuestra vida matrimonial, pero tendríamos que llegar a un acuerdo en algún momento.

—Bueno, imagino que los dos tenemos necesidades. Existe la posibilidad de que podamos satisfacerlas mutuamente. Eres una mujer muy atractiva, Deanna. Creo que podrías sentir atracción por mí también.

—¿Juzgaste eso solo porque comenté que eres un tipo grande? ¿Y si me gustan los delgados? —Crucé los brazos sobre el pecho, con expresión de quien no cree ni un poco en esa mierda de

argumento que intentaba vender—. Ok, Dominic… la verdad es que si juegas bien tus cartas, podemos llegar a otro acuerdo.

Una de las comisuras de mi boca se curvó en una sonrisa y di unos pasos acercándome a ella, inclinándome para susurrarle al oído:

—Soy un gran jugador, leona. Especialmente con la pareja correcta.

Entonces tuvimos otro de esos momentos, miradas fijas, labios pegados, y sentí que el aire entre nosotros se volvía espeso. Caliente. Hirviendo.

Solo necesitaba extender un brazo. Agarrarla. Tirarla hacia mí. Devorarla. En ese orden. Ella se rendiría. Lo podía sentir por cómo correspondía a mi mirada.

Pero los dos retrocedimos.

—Intentaré portarme bien. Pero aún tenemos nuestro acuerdo, Dominic. Solo por eso mantengo esta farsa y finjo que todo está bien. Quiero a mi madre sana y salva.

—Lo tendrás, Deanna. Lo tendrás.

Con un gesto de cabeza, me respondió y se fue, cerrando la puerta tras de sí, pero dejando su aroma en el aire y una enorme erección dentro del cascarón que formaba la toalla, demostrando que me afectaba mucho más de lo que debería.

CAPÍTULO TRECE



Ya no creo en nadie.

Amigo, muéstrame lo que realmente quieres.

Sufro demasiado cuando se trata de amor.

Dije, ¿te gusta mi apariencia?

¿O simplemente cómo me veo a tu lado?

HOW I LOOK ON YOU – ARIANA GRANDE

—¡Deja de moverte en la silla, niña! ¡No voy a poder terminar el peinado! —se quejó mi madre por enésima vez esa noche, pero yo solo bufé, harta de tener que quedarme quieta.

Ya estaba casi lista, pero ella insistía en que faltaba un detalle en mi cabello, ya que solo lo había alisado y rizado un poco las puntas.

Para mí estaba perfecto así, pero cuando doña Cassia abrió su caja de joyas y sacó una horquilla de diamantes que mi padre le había dado hacía muchísimos años, mis ojos se iluminaron.

No porque me importaran las joyas, sino porque de pequeña me fascinaban, hasta el punto de recordar a mi madre usándolas, aunque mis recuerdos de esa época fueran escasos e imprecisos.

Después del divorcio, ella dejó de usarla, guardándola en esa caja junto a otras cosas de menor valor, y nunca me atreví a pedirlo prestado porque… bueno… de alguna forma siempre supe que cualquier cosa que le recordara a mi padre le causaba un dolor enorme.

Pero ahí estaba, adornando mi cabello rubio, sujetándolo de un lado y dando un aire delicado a mi rostro.

El maquillaje también lo había hecho ella, porque no quiso dejarlo en manos de nadie más. Mi madre no era maquilladora profesional, pero tenía un talento enorme con los pinceles, sombras y bases, sin hacer que pareciera exagerado.

El vestido era un regalo de mi padre, quien contrató a Kiara Caccini, esposa del jefe de Chicago y prima de Dominic, para diseñarlo. Esa noche la conocería en persona, aunque habíamos hablado mucho por video y eso nos había acercado bastante. Era dulce, tan dulce que a veces me preguntaba cómo podía estar casada con un hombre tan peligroso.

Cuando mi madre terminó, me levanté y me dirigí al espejo de cuerpo entero en la puerta de mi armario para contemplar su obra.

Un vestido largo rojo, de mangas largas, con una enorme abertura lateral que llegaba hasta mi muslo. El escote era generoso, pero como mis pechos eran pequeños, no resultaba demasiado llamativo.

Lo combiné con unas sandalias negras de tacón medio, porque no quería pasar toda la noche balanceándome incómoda.

El peinado que hizo mi madre me hacía parecer una actriz de los años cincuenta; exactamente lo que quería.

Giré de un lado a otro, observándome de pies a cabeza, y decidí que me veía realmente hermosa. Eso comentaron mi madre y

mis hermanos, pero lo que vi en los ojos de Dominic fue una admiración que hizo que sus ojos se vieran más oscuros y profundos.

Más que eso. Por la forma en que me miró, pude intuir que ese vestido no sobreviviría intacto hasta la madrugada.

No había absolutamente nada malo en él tampoco. El esmoquin le quedaba perfecto, el moño estaba impecable y emanaba un aura de poder que haría que cualquier mujer ardiente necesitara deshacerse de su ropa interior de lo sexy y peligroso que se veía.

Mis hermanos tomaron la delantera, al igual que mi padre, y yo besé a mi madre, que no quería acompañarme bajo ninguna circunstancia, alegando que ya había participado en demasiados eventos así, que había tenido la oportunidad de escapar de toda esa mierda y no volvería a mostrar la cara ante esas personas por nada del mundo.

Así que no tuve más remedio que ofrecerle mi brazo a Dominic y acompañarlo.

Iba a ir en el mismo coche que él, mientras mis hermanos tomarían otra limusina. La intención era que realmente llegáramos juntos al evento, como formalizando la unión.

—¿Estás nerviosa? —preguntó mientras yo no dejaba de mover mi bolso.

Probablemente mi incomodidad era evidente. No podía engañarlo.

—Un poco. Si hago algo mal, ¿hay chance de que las personas no me aprueben y cancelen la boda?

—Si digo que sí, ¿lo intentarías?

—Con toda determinación.

Dominic soltó una carcajada.

—Quisiera enojarme contigo, muchacha, por ser tan directa al rechazarme y dar a entender que preferirías casarte con un poste de luz antes que conmigo.

—Tú mismo dijiste que estabas tan poco feliz con la idea de unirte a mí como yo.

—Pero ya acepté. Y, seamos sinceros, va a ser divertido.

—¿Qué? ¿Nuestra convivencia? —Él asintió—. Si no nos matamos en dos meses…

—Quién sabe, *leonessa*. Quién sabe.

Dominic sonreía mientras volvía la mirada a la ventana, con una expresión que me dejó muy curiosa sobre lo que pasaría por su cabeza. Me daba la sensación que sabía algo que yo no sabía, como si tuviera alguna certeza sobre nosotros dos.

Yo, en cambio, no estaba segura de nada en absoluto.

Recorrimos unos kilómetros más hasta llegar al lugar de la fiesta. Los dos coches, uno detrás del otro, se estacionaron frente a la enorme casa, y Dominic saltó primero, se puso de pie, se acomodó el esmoquin y me ofreció la mano.

Era la primera vez que salía de casa en semanas, y al bajar pude respirar un poco de aire fresco. Lloviznaba ligeramente, y podía oler la lluvia sobre el asfalto, lo que me revolvió el estómago.

Uno de los hombres de mi padre abrió un paraguas sobre nosotros, pero Dominic lo tomó y nos guió hacia el evento, subiendo las escaleras y pasando por la puerta.

El paraguas fue cerrado y devuelto al hombre, que nos seguía, y continuamos avanzando. La cantidad de miradas sobre

nosotros fue tan intensa que casi sentí como si me estuvieran disparando por todos lados.

—¡Guau! La gente no es discreta —comenté en voz baja, solo para Dominic.

—¿Y por qué lo serían? ¿Qué más pueden hacer sino admirarte, con lo deslumbrante que estás, *leonessa*?

Me sorprendí y casi me quedé sin aire, lanzándole una mirada de asombro. No era que él me considerara atractiva, eso ya lo había notado, sino que la sinceridad y entusiasmo de su elogio fueron inesperados.

Intercambiamos algunas miradas por un instante mientras mi padre y mis hermanos se mezclaban entre la gente. Nos interrumpió una pareja que se acercó, y reconocí a Kiara al instante.

Dulce y amable, se dirigió a mí abrazándome, y noté su pequeña barriga de embarazada.

—¡Estoy tan feliz de conocerte en persona, Deanna! ¡El vestido es precioso! —dijo animada, con una enorme sonrisa.

Miré a su marido, un hombre muy atractivo y un poco mayor que Dominic, que la observaba con orgullo y amor evidentes. Claramente destruiría el mundo entero para protegerla si fuera necesario.

—Es el vestido más lindo que he usado. Tienes un talento increíble.

La sonrisa de Kiara se amplió aún más.

—Me alegra que te guste —dijo, acercándose a mí, entrelazando su brazo con el mío y alejándome de Dominic—. Voy a robarme un poco a tu novia, Dom. Tenemos mucho de qué hablar.

—Eso se llama formar una alianza —comentó Dominic, divertido.

—Quédense cerca, ¿ok? —dijo Giovanni, con aire protector, y Kiara le sopló un beso. El hombre era serio y apenas reaccionó, pero sonrió discretamente.

Yo también lancé una mirada por encima del hombro de Dominic, casi pidiendo ayuda.

Con Kiara, podía sentirme un poco más cómoda, ya que habíamos hablado durante días mientras preparábamos el vestido, lo que nos había acercado, pero aun así era alguien que no conocía demasiado bien.

Pero, para ser sincera, Dominic tampoco era más que un desconocido, aunque prefería que estuviera cerca, considerando que, de algún modo, éramos cómplices en toda esta historia.

Alessio, por supuesto, ya estaba sonriendo a alguna mujer, convirtiéndose en el alma de la fiesta.

Kiara tomó una copa de champán para mí y un vaso de jugo para ella, y brindamos. Bebí un buen trago, esperando que un poco de alcohol me diera más soltura, o al menos un poco de coraje.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —empecé, y ella asintió—. ¿Cómo es estar casada con alguien de este mundo?

Kiara sonrió.

—Es difícil de explicar, porque yo nací aquí, a diferencia de ti.

—Bueno… teóricamente yo también, pero me fui muy joven.

—Sí, lo sé. Aun así, sería difícil explicar mi perspectiva, ya que nunca tuve otro marido que no fuera Giovanni. Pero nos amamos. El matrimonio fue de conveniencia; me prometieron muy joven, apenas lo conocía, pero somos felices. —Tocó su barriga, acariciándola—. Y

vamos a tener nuestro regalo. Solo puedo decir que algo que juré que no quería terminó siendo una bendición.

Reí amargamente.

—Muy probablemente no tendré la misma suerte. Las cosas entre Dominic y yo son complicadas.

—¿Porque no debías ser su prometida, sino tu hermana?

—Exactamente.

Kiara amplió aún más su sonrisa.

—No te preocupes por eso. Conozco a Dominic, es mi primo, y sé que no estaba nada feliz de casarse con Stefania. Parece mucho más… interesado en ti que en ella. —Abrió los ojos y se llevó una mano a la boca—. Perdón, querida, estoy siendo insensible. Perdiste a una hermana.

—Sé que no era tu intención —dije, y luego miré de nuevo a Dominic, pensando que, sin dudas, era el hombre más atractivo del evento, aunque había mucha gente guapa en el salón.

—No tengas miedo, Deanna. Solo no cierres tu corazón. A veces, en los lugares más inesperados, encontramos la felicidad.

Sí, tenía razón. Solo que no sabía muchos aspectos de todo lo que me estaba pasando, y no estaba dispuesta a compartirlos.

Había muchos obstáculos en nuestro camino, y no sabía si quería abrir mi corazón.

La verdad era que Dominic me afectaba de alguna manera. Solo necesitaba descubrir hasta qué punto.

CAPÍTULO CATORCE



Tengo pensamientos eróticos sobre ti.

Empeoran cuando estamos separados.

Eso significa que me iré al infierno

o tú también estás pensando en ellos?

DIRTY THOUGHTS – CHLOE ADAMS

El sonido de su carcajada llegó hasta mí, y ni siquiera necesitaba mirar en su dirección para saber que era ella. ¿Qué otra mujer se reiría de una manera tan natural, sin importarle el volumen del sonido, la forma correcta, la elegancia, en el ambiente en el que estábamos?

Necesité presenciar el momento y la vi con una mano en el vientre y la cabeza echada hacia atrás, reaccionando a algo que Kiara había dicho.

Su rostro parecía iluminado, hasta el momento en que se dio cuenta de que yo la estaba observando. De inmediato, la sonrisa se transformó en una expresión muy seria, lo que me hacía creer que me odiaba.

Era de esperarse que eso, de hecho, ocurriera, ¿no? La mujer había sido secuestrada para casarse conmigo. Odiarme era solo

parte del paquete, aunque era innegable que también sentía algún tipo de deseo.

Eso era suficiente para mí. Antes de que terminara aquella noche, le dibujaría otra sonrisa en el rostro y la dejaría sonrojada por algo más que una simple carcajada.

Era una misión.

—Conozco ese tipo de mirada —comentó Giovanni a mi lado, mientras llevaba la copa a la boca y daba un sorbo de champán, sin poder dejar de mirar a Deanna—.

—¿Qué tipo?

—De posesión. De querer marcarla como tuya. La sensación es desconcertante, lo sé. No podemos evitarlo, está en nuestra sangre ser así.

—Ella será mía, por si no lo sabes… —intenté usar el cinismo, como siempre, porque era mi mecanismo de defensa.

—No es suficiente. Tenerla por un papel no será una garantía. Vas a querer su cuerpo, su alma y su corazón.

Miré de reojo a Giovanni, intentando mantener el humor antes de que esa conversación llegara demasiado lejos.

—Sí, de verdad caíste en la trampa.

—Caí. Algo me dice que tu Deanna también va a ser una gran sorpresa. A Kiara le cayó muy bien. Al menos serán amigas.

—Me gusta que tenga a mi prima como referencia. No quiero cortarle las alas, porque me gusta su forma más auténtica, pero en algunas cosas va a necesitar encajar o su vida será un infierno.

—¿Vida? —Arqueó las cejas—. Pensé que me habías dicho que ella había aceptado un matrimonio solo por algunos años y que

después cada uno de ustedes seguiría su camino.

Necesité respirar hondo ante ese comentario, porque era exactamente lo que no quería escuchar. Una incomodidad muy peculiar provocaba una especie de picazón dentro de mi pecho, como si un bicho extraño me comiera por dentro al pensar en esa historia del divorcio.

No tenía que ver con ella, pero nunca pensé en casarme para luego divorciarme. Nunca quise eso.

—Ella no lo sabe, pero no suelo renunciar a lo que es mío —respondí con la voz ronca, dando otro sorbo a la bebida.

—¿Vas a cerrar la puerta con llave y no la vas a dejar salir?

—No. Pero va a ser mía. De una forma u otra.

Eso no respondía demasiadas cosas, pero no escatimaría esfuerzos para que ese matrimonio fuera definitivo. Porque no iba a permitir que una mujer mía se marchara lejos, dejando atrás un compromiso conmigo.

Interrumpí mi conversación con Giovanni cuando aparecieron otras personas y tuvimos que empezar a hablar de trabajo.

Luego comenzó la subasta, y me senté al lado de Deanna, junto a los Preterotti, notando que Enrico ya no estaba presente.

—¿Y tu hermano? —le pregunté.

—No sé. Alessio me dijo que tuvo un imprevisto.

—¿Otra vez?

Deanna se encogió de hombros.

—No es asunto mío lo que él haga, ¿verdad?

Tal vez no fuera asunto de ella, pero sí lo era de la Cosa Nostra. En ausencia de Massimo, él se convertiría en nuestro jefe, y necesitábamos a alguien consistente, en quien pudiéramos confiar en un momento de necesidad. Probablemente ese alguien no fuera Enrico, con sus múltiples secretos y ausencias.

Tuvimos que guardar silencio y concentrarnos en el escenario, porque la subasta había comenzado. Eran piezas que cada uno de los presentes había donado, y la mía era un cuadro que había pertenecido a mi padre. Él estaba obsesionado con la obra, pero para mí era completamente indiferente. Un garabato de mal gusto, carísimo, que no iba a hacerme la menor falta en mi oficina.

Sabía que ese tipo de evento era extremadamente aburrido y, conociendo a mi estimada prometida como comenzaba a conocerla, la forma en que se movía inquieta en la silla dejaba claro que estaba harta.

¿Pero quién no? El subastador debía de tener unos setenta años y hablaba de manera arrastrada, como si estuviera somnoliento. Con cada pieza que presentaba, se demoraba al menos quince minutos en describirla, repasando todo el historial, el origen, la nacionalidad y a quién había pertenecido. Era un pésimo vendedor, porque podía ver a algunas personas incluso bostezando.

Hice una oferta por un estuche de puros cubanos de oro, con un bonito tallado en madera, y con eso ya estaba satisfecho.

—Voy al baño, ¿está bien? —susurró Deanna en mi oído, y no podía negar que su cercanía y la forma en que su respiración rozó mi cuello mientras hablaba me dieron una idea mucho mejor.

—¿Puedo acompañarte?

Asintió, y salimos discretamente, avisando a quienes estaban a nuestro alrededor.

Caminé a su lado, pero en el momento en que llegamos frente a la puerta, la sujeté y la metí dentro, girando la llave en la cerradura.

—¿Dominic? ¡¿Qué fue eso?!

No le di ninguna respuesta; solo la empujé contra la pared, le sujeté el muslo con un brazo -el que estaba más expuesto por la abertura del vestido- y lo entrelacé a mi cintura, dejándola en una posición de la que le sería imposible huir.

Con la otra mano apoyada en los azulejos, al lado de su cabeza, me incliné y tomé su labio inferior entre mis dientes, mordiéndolo de manera provocadora.

—Esta es la consecuencia de lo que puedes provocar en un hombre usando un vestido como ese. Tengo ganas de agarrarte desde que te vi.

—¿Y tomas todo lo que quieres, *diavolo*? —preguntó Deanna en un tono provocador, con una expresión sexy que me haría querer enterrarme por completo dentro de ella.

—¿*Diavolo*?

—Si tú me llamas leonessa, quise encontrar un apodo para ti también.

—Perfecto. Entonces estamos a mano.

Dicho eso, fui directo a su boca, dominándola con la mía, hundiendo la lengua y encontrando el ritmo.

Yo no era un hombre romántico, de paciencia ni de besos pausados. Si iba a besarla, tenía que ser intenso. Si iba a tocarla, tenía que ser con fuerza. Si iba a domarla, tenía que ser de la forma más brutal que pudiera.

Deanna rodeó mis hombros con los brazos, y llevé la mano a su nuca, sujetándole el cuello, deseando dictar cuánto tiempo nos quedaríamos allí, explorándonos la boca, conociéndonos de otra manera.

Había una especie de sofá redondo de terciopelo dentro del baño -una extravagancia más que innecesaria-, pero fue hacia allí adonde nos dirigimos, justo después de que levantara a Deanna un poco del suelo, aún sosteniéndola por uno de los muslos, para recostarla y colocarme encima.

Arqueó el cuerpo, frotándose contra mí, y deslicé la boca por su mandíbula y su cuello, usando la lengua para besar ese espacio de piel descubierta, apartando un poco la tela del vestido. También encontré el escote, mordiendo la carne de su pecho, mientras la sujetaba por la espalda con la mano abierta, elevando un poco su torso para tener un acceso más fácil.

Sentí cuando suspiró, agitada, y me deleité con la visión de ella completamente rendida entre mis brazos, cuando ni siquiera había comenzado.

—Quítate las bragas para mí —ordené, y me gustó que Deanna no dudara ni un segundo en obedecer.

Se movió sobre el sofá, bajándose las bragas y casi arrojándolas al suelo.

Era una prenda pequeña, de encaje rojo, muy sensual.

—No. Dámelas.

Así lo hizo, y las olí.

—Muy mojadas. Exactamente como esperaba que estuvieran.

Entonces me incorporé, dejando a Deanna deliciosamente sonrojada, con el muslo bien definido a la vista, porque la abertura

se había abierto y la falda del vestido se había derramado sobre el suelo.

—¿No vas a hacer nada al respecto?

—Tenemos que empezar con un beso, querida. Una pareja sana tiene etapas, ¿sabes? Eres una joven decente y respetable, solo puedo tocarte después del matrimonio.

—*¡Diavolo!* —me insultó, lo que me hizo reír. Luego se recompuso y se sentó—. Puedes salir, entonces. Necesito un poco de tiempo.

—No hay problema. Pero esto —levanté sus bragas y las guardé en el bolsillo— se queda conmigo. —Caminé hacia la puerta, destrabándola—. No te demores o voy a empezar a extrañarte.

Salí del baño, dejándola allí dentro, todavía con su sabor en mi boca y su aroma impregnado en mi esmoquin. Ajusté la corbata al pasar frente a un espejo, riendo y saboreando la idea de que habría muchos momentos como ese de ahora en adelante.

Me aseguraría de ello.

CAPÍTULO QUINCE



Voy a poner excusas

y voy a guardar todos tus secretos,

porque podría recibir los disparos

incluso si fueras tú

quien sostiene el arma.

HOLDING THE GUN – SABRINA CLAUDIO

Necesitaba aire.

Mucho aire. Un camión lleno de aire. Un tanque de oxígeno solo para mí.

Dios mío... ¿Quién era ese hombre? ¿Qué clase de tornado me había golpeado para dejarme de esa manera?

Había sido solo un beso. Pero ¿qué clase de boca era esa?

Esperé algunos minutos antes de salir del baño, no solo porque quería mantener mi honor intacto —pensé en eso poniendo los ojos en blanco—, sino porque necesitaba recomponerme.

El hermoso peinado que mi madre me había hecho estaba arruinado, y tenía que arreglarlo lo suficiente como para que no pareciera que un hombre lleno de fuego me había aplastado contra

la pared de un baño y luego me había levantado y arrojado sobre un sofá (también dentro de un baño) y me había besado hasta casi hacerme olvidar mi propio nombre.

Me acomodé también el vestido, que estaba un poco torcido en el escote, y me miré en el espejo, dándome cuenta de que no sería suficiente, pero tendría que servir.

Además, mi idea era huir despavorida e ir al jardín de la mansión donde se realizaba la subasta, porque realmente sentía la necesidad de estar en un lugar abierto. Al menos por unos instantes.

Pasé, por supuesto, junto a un camarero con una bandeja y tomé una copa de champán para acompañarme. Me hubiera gustado tomar dos, pero emborracharme en un evento como ese era peligroso. Podría decir algo inapropiado, comportarme como una tonta y quedar terriblemente avergonzada.

La gente todavía estaba sentada, escuchando al subastador repetir todo su discurso, que serviría como un excelente sedante en cualquier situación, así que fue fácil pasar inadvertida e irme hacia el fondo, sin que nadie me viera ni intentara detenerme.

Había algunos banquitos en ese patio, pero preferí quedarme de pie, porque mis pies estaban demasiado inquietos.

Al igual que mi mente.

No debería interesarme de esa manera por Dominic. No debería ceder. No cuando todo lo relacionado con el matrimonio que nos vimos obligados a aceptar estaba mal.

Necesitaba luchar contra la atracción que él ejercía sobre mí. Necesitaba luchar contra sus besos y sus caricias, porque yo era más fuerte. Nunca había permitido que ningún hombre se metiera bajo mi piel de esa forma. No sería precisamente aquel al que debería odiar quien lo lograría.

Estaba distraída, pateando una piedrita mientras levantaba la falda de mi vestido para hacerlo -sin poder olvidar que estaba sin ropa interior-, cuando sentí que alguien se acercaba. Por una fracción de segundo llegué a pensar que podría ser Dominic, que me había encontrado allí, pero cuando una mano enguantada cubrió mi boca, me quedé sin aire, sobre todo cuando sentí un olor fuerte que no podía ser otra cosa que cloroformo.

—Esto es una advertencia, muchacha. Este matrimonio no puede suceder. Vuelve a Brasil y mantente lejos de aquí. O no vivirás para contarlo.

Intenté forcejear, zafarme de su agarre, pero el hombre era claramente más fuerte.

Con uno de sus brazos rodeando mi cintura, fue arrastrándome más hacia un costado, a un espacio un poco más apartado, por donde difícilmente alguien pasaría.

No tenía idea de cuánto tiempo permanecería allí. Necesitaba gritar, intentar salvarme, pero fui perdiendo las fuerzas poco a poco. Sintiéndome débil, aturdida...

Hasta que la oscuridad me dominó, y ya no pude hacer nada más.



La silla a mi lado siguió vacía durante demasiado tiempo.

¿Qué mierda podría seguir haciendo esa mujer en el baño? Quise pensar que había quedado lo suficientemente alterada como

para no regresar y necesitar más tiempo, pero un peso en el pecho me decía que podía tratarse de otra cosa.

Me levanté discretamente una vez más y caminé hacia el baño, intentando aparentar seguridad, y llamé a la puerta.

—¿Deanna? ¿Estás ahí? —No obtuve respuesta.

Golpeé otra vez y decidí probar la manija, pero estaba abierta, así que pude entrar y comprobar que el baño estaba completamente vacío.

Saqué el celular del bolsillo e intenté llamar a su número, porque imaginaba que aún llevaba el aparato consigo, pero no tuve éxito. La llamada pasó directamente al buzón de voz.

Por algún motivo, necesité respirar hondo. La idea de que Stefania había muerto porque iba a casarse conmigo no se me había ido nunca de la cabeza. Nada había sido confirmado, los peritos insistieron en que se trató de un accidente, pero yo no lo creía en absoluto.

La mayor parte del tiempo, simplemente fingía que no me afectaba, porque fui entrenado para no permitir que las emociones se impusieran a la razón. Era lamentable que la chica hubiera muerto, pero la vida tenía que continuar. Tanto así que yo iba a casarme con otra persona.

Solo que no lograba pensar de esa manera.

Del mismo modo que, en ese momento, tenía la sensación de que algo malo había ocurrido.

Volví junto a los Preterotti, decidido a encontrar algún tipo de ayuda para averiguar el paradero de la mujer.

—Deanna desapareció —dije, inclinándome hacia Massimo y Alessio.

Ambos miraron la silla vacía, sorprendidos.

—¿No estaba contigo? —preguntó el más joven, aunque podía notar que su expresión también se había vuelto preocupada.

—Sí, pero yo regresé y ella fue al baño. Ya pasaron más de veinte minutos. Fui hasta allí y no la encontré.

—¿Y si encontró la forma de huir? —No podía ser que Massimo realmente estuviera pensando primero en esa hipótesis—. ¿Por qué me miran así? Es astuta. Sería la oportunidad perfecta.

Le señalé con un dedo, sintiendo cómo toda mi rabia se desbordaba.

—Si le pasó algo, me la llevo conmigo a Nueva York. La subo a mi jet esta misma noche y al diablo con lo que piensen —grité.

—Estamos hablando de mi hija.

—Mi prometida —dije entre dientes, casi rugiendo—. Cuando sea mi esposa, será mi responsabilidad. Y si no puedes preocuparte lo suficiente por tu hija, piensa que, si le sucede algo, el matrimonio por el que tanto luchaste quedará arruinado.

Me alejé antes de meterle un puto golpe en la cara a mi futuro suegro y empecé a alertar a los soldados que me acompañaban, decidido a poner a toda la maldita fiesta a buscarla si era necesario, pero sin llamar demasiado la atención. Cualquiera allí dentro podía ser nuestro enemigo. Cuando se ocupa la posición de jefe, con tanto poder y visibilidad, es difícil dejar de lado el miedo a que cualquier persona a tu alrededor sea la primera en sacar el cuchillo para traicionarte.

Hacerle daño a Deanna, o algo peor, sería una forma muy simple de traición. De desestabilizarnos.

Empezamos a buscarla y llegamos incluso a la casilla de seguridad para revisar las imágenes. Pude verla saliendo del baño y

dirigiéndose al jardín de la casa, probablemente para tomar un poco de aire. Entonces alguien la agarró por detrás.

La persona estaba de espaldas a la cámara, lo que nos impedía ver su rostro.

La dejó inconsciente y la llevó hacia un punto más alejado de la casa. Cuando volvió a pasar frente a la cámara, ya no estaba con Deanna, lo que me hizo creer que la había dejado allí.

Eso debía de ser una buena señal, ¿no?

Antes que nada, agarré al responsable de seguridad, lo lancé contra una mesa y tiré todo lo que había encima. Saqué mi arma con incrustaciones doradas de la funda y se la apunté a la cabeza.

—¿No era tu trabajo vigilar las cámaras de seguridad? ¿Qué carajos estabas haciendo que no prestaste atención a algo tan grave? ¿Sabes quién es esa mujer? ¡Es mi prometida! Si le pasa algo... te meto una bala en medio de los cuernos, ¿me oyes?

El hombre asintió, temblando, y lo solté, porque había algo más importante que hacer.

Salí de la casilla marchando, todavía con el arma en la mano. El hijo de puta podía haberse ido, dejando a Deanna allí, pero ¿quién iba a probar que no se trataba de una emboscada? Matar a la prometida del jefe era una cosa. Matar al jefe sería todavía más efectivo.

Con pasos apresurados, llegué al lugar donde habían abordado a Deanna. Seguí en la dirección hacia la que el desgraciado se la había llevado, y enseguida la vi.

Estaba tirada en el suelo, en una zona oscura, así que corrí hacia ella, la tomé y la giré hacia mí. Aturdida, abrió los ojos cuando la levanté, respirando profundamente y tratando de mantenerse consciente.

—Está todo bien, leonessa.

—No pude verlo, Dominic. Él... me tomó por sorpresa... Yo...

—Tranquila. Estás a salvo.

Me apresuré a quitarme el saco y a colocárselo alrededor cuando noté que estaba temblando.

—Dijo que si me caso contigo, me va a matar.

Apreté los dientes y contraje la mandíbula, lanzando una mirada a los Preterotti que me acompañaban, junto con mis dos soldados.

No tuve tiempo de decirle nada más a Deanna, porque volvió a perder el conocimiento, así que la levanté en mis brazos y me puse en marcha con ella, pasando junto a su padre y su hermano con toda mi rabia reflejada en el rostro.

—Voy a mandar a preparar mi jet para volver esta noche a Nueva York. Que alguien haga sus maletas. De inmediato.

Era una orden, y nadie iba a contradecirme.

Deanna se quedaría conmigo, porque algo me decía que, de no ser así, la perdería incluso antes de tenerla.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Puede ser perfecto

O puede acabar conmigo goteando veneno en tu boca

Estoy cantando como una sirena

Ámame mientras tus muñecas estén atadas

Me has estado viendo en tus sueños

Pero estaré ahí cuando tu realidad se hunda

SIREN – KAILEE MORGUE

Nunca me habían amenazado de muerte de esa manera. Incluso viviendo en Río de Janeiro, podía considerarme una persona afortunada, porque ni siquiera me habían asaltado.

Privilegiada de muchas formas, mi madre siempre pudo llevarme a la escuela en auto y, después, en la universidad, empecé a conducir. Incluso en mis prácticas, siempre pude ir en mi propio auto y detenerme frente a la empresa, bajándome con seguridad.

Cosas que mi padre siempre costeó para mí, incluso a la distancia. Nunca nos faltó nada y, si mi madre no lo frenaba, sin duda habríamos tenido mucho más.

Cuando por fin abrí los ojos, sentándome en la cama de la casa donde había pasado a vivir desde el secuestro, necesité algunos instantes para calmarme.

No era el tipo de mujer a la que le gustara hacer el papel de doncella en peligro, mucho menos demostrar cuando algo realmente me había asustado. Especialmente en la situación en la que me encontraba, donde la vulnerabilidad podía indicar con facilidad debilidad y abrir la puerta a que me manipularan.

Y estuve aún más segura cuando me levanté de la cama, sintiéndome un poco más estable para hacerlo, y me encontré con los hombres reunidos abajo, decidiendo mi futuro.

—Ah, mírenla ahí —Dominic parecía nervioso y se acercó a mí, colocándose al pie de la escalera por la que yo bajaba, todavía con el vestido rojo con el que había ido a la fiesta.

No llegué a mirarme al espejo, pero podía jurar que todo lo demás estaba arruinado.

—Tus cosas ya fueron empacadas, tu madre también se está preparando. Vamos a partir a Nueva York en cuanto podamos.

—¿Qué? —dije en un hilo de voz, aún alterada por todo lo que estaba ocurriendo. Mi cabeza volvió a dar vueltas, pero ya no por efecto del sedante. Era pura confusión.

—Nueva York. Nos quedaremos en mi casa hasta el matrimonio. Bueno... y después del matrimonio también.

Todavía detenida en los escalones, crucé los brazos sobre el pecho y fruncí el ceño, observando al hombre con la corbata suelta, caída sobre la camisa; algunos botones abiertos y las mangas arremangadas.

No podía pensar en él como el hombre que me había besado de esa manera en el baño de una fiesta. En ese momento era el prometido insoportable que intentaba controlarme.

—¿Te importa si hablamos con privacidad... querido? —dije con sarcasmo, con una sonrisa tensa, y Dominic asintió.

Subimos juntos las escaleras y nos encerramos en mi habitación, donde podríamos tener un poco más de privacidad para hablar.

—No voy a ir a Nueva York —afirmé con total convicción, aunque con un tono de voz sereno. Definitivamente no tenía ganas de estresarme después de todo lo que había pasado.

—No te estoy dando opción —prácticamente gruñó, visiblemente estresado.

La verdad era que Dominic no se quedaba quieto en ningún momento, caminando de un lado a otro. Su cabello estaba hecho un desastre, y podría jurar que se había pasado la mano por él mil veces.

—No tuve opción en una mierda desde el principio, pero van a dejar de manipularme. Yo ni siquiera quería estar aquí, en Los Ángeles, y mucho menos quería ir a Nueva York después de casarme. —Hice una pausa, soltando una risa amarga—. Bueno, en realidad ni siquiera quería casarme.

—Ya lo dijiste varias veces.

—Y voy a seguir repitiéndolo. Estoy cansada de tener que ser la prometida resignada, porque no es lo mío.

—Si te pasa algo... —empezó, pero lo interrumpí:

—Va a arruinar tu poderosísima alianza con los Preterotti. Ya lo sé y...

—¡NO, CARAJO! —me interrumpió él también, gritando—. ¡No es solo eso, Deanna! No quiero que te pase nada. ¡Porque me importas!

Ah...

De acuerdo... eso era... nuevo.

—¿Puedes entender el problema? Me preocupé cuando desapareciste, y voy a preocuparme si no soy yo el responsable de tu protección. Tu padre pensó que habías huido. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que algo malo había ocurrido. ¿Entiendes por qué no puedo dejarte en sus manos?

El discurso de Dominic fue intenso y dicho de una manera casi apasionada. No por mí, en ese caso, sino por su punto de vista.

Le importaba, y eso me sorprendió. No solo lo había dicho por decir, sino que era evidente que no intentaba engañarme.

Había atracción entre nosotros. Eso era más que obvio e imposible de negar. Pero en ese momento, mientras Dominic me miraba con esos ojos como de chocolate derretido, con una expresión suplicante, empecé a pensar que tal vez podríamos hacer que esa locura funcionara.

Yo también me preocupaba por él. Por más que intentara negarlo y hacerme la dura, no era el hombre frío, arrogante y despreciable que había pensado al principio. Claro que no era un héroe y que seguramente había muchas cosas sobre él que yo no sabía. Pero... me gustaba.

En algún nivel, me gustaba de verdad.

Di un paso hacia él y luego otro, colocándome frente a él. Extendí la mano, pensando en tocarle el rostro, pero dudé.

A pesar de que había sido sincero conmigo, todavía no me sentía lista para confesar mis sentimientos, por más confusos e inocentes que fueran, ya que no se trataba de nada demasiado profundo. No porque fuera orgullosa ni nada de eso, sino porque quería estar segura. Sin contar que tenía miedo de que terminara aprovechándose de eso y tratara de manipularme aún más.

—¿Y si adelantamos el matrimonio? Me quedo aquí, en Los Ángeles, siempre y cuando mi padre refuerce la seguridad, pero

aceleramos las cosas.

—¡No seas terca, Deanna! —gruñó de nuevo, a modo de advertencia.

—Piensa en la logística. Ya encargué mi vestido aquí. Además está mi madre con la hemodiálisis. Sin contar todo lo demás. El matrimonio será aquí, Dominic.

—Al diablo con la logística. Tu seguridad es más importante.

Sonreí de lado, con un brillo provocador.

—Hasta resulta tierno verte preocupado por mí, *diavolo*, pero no voy a abusar. Saldré solo cuando sea necesario y siempre acompañada por seguridad. Todo va a salir bien. Diremos que sí en ese altar antes de lo que sería prudente para los dos. Tendremos que soportarnos y nos volveremos locos el uno al otro todos los días.

En el momento en que levantó una ceja, lo supe. Lo había doblegado. Punto para mí.

CAPÍTULO DIECISIETE



Estoy lanzando el dado

Y jugando el juego

Pero nadie me dijo que todo iba a cambiar

Y cambió de verdad

Puedes jugar el juego

Pero no puedes hacer las reglas

Es cruel, tan cruel

CRUEL – THE EVERLOVE

Toda novia debería emocionarse al mirarse en el espejo por primera vez, con el vestido de sus sueños, ¿no?

No era mi caso, sin embargo.

Nunca fue mi deseo usar una prenda como aquella, caminar por el pasillo de una iglesia y encontrar a un novio, tan

entusiasmado como yo, esperándome en el altar. Sí quería conocer a alguien, enamorarme y hacer planes para toda una vida juntos, pero no necesariamente quería una fiesta para eso.

Yo solo quería ser feliz. Al lado de alguien que quisiera lo mismo conmigo.

Aun así, el vestido era hermoso, sin duda.

Mucho más recatado de lo que yo usaría, mucho más pomposo, mucho más grande. No había sido elegido por mí. Mi madre me había indicado que sería una buena opción, para mantenerme dentro de los estándares y no convertirme en blanco de chismes crueles.

En cualquier otra situación, mandaría a todas esas personas a la mierda, pero las cosas eran diferentes. Me estaba convirtiendo exactamente en lo que temía: una mujer silenciada.

Pero era por una buena causa. Mi madre merecía tener una oportunidad, y si el matrimonio con Dominic iba a proporcionarle eso, yo estaba dispuesta a aceptar todas las mierdas que venían con él.

Me quedé mirándome durante algunos instantes en el espejo y acostumbrándome a la idea de que sería una novia.

Yo ya era una novia.

La novia de un mafioso. Obligada a casarme. Coaccionada, chantajeada y atada a un compromiso que todavía me asustaba.

¿Cómo era posible emocionarse en esas circunstancias?

Salí del probador en el que había pasado un tiempo cambiándome, con la ayuda de dos chicas que trabajaban en el lugar, que cerraron botones, acomodaron encajes y me asistieron con la enorme enagua. Afuera estaba mi madre, esperando, hojeando alguna revista.

Tardó en levantar la vista hacia mí, y tuve que aclararme la garganta para llamar su atención.

Sin embargo, cuando lo hizo...

Bueno, alguien tenía que emocionarse con aquel vestido.

—Ah, Dee... mi niña —Llevó ambas manos al rostro, tomando aire. Sus ojos comenzaron a humedecerse casi de inmediato—. ¡Estás tan hermosa!

Se acercó a mí, colocando ambas manos en mi rostro, mirándome como si fuera la primera vez. Luego me atrajo hacia sus brazos y me acomodó contra su pecho, como hacía cuando yo era niña.

—Deberías estar casándote por amor, ¿sabes? Pero es mi culpa...

—¿Cómo podría ser tu culpa, mamá?

—Porque elegí a Massimo. Porque te di un padre que vive esta vida.

—No, no hagas eso. —La agarré de los brazos y la aparté para mirarla a los ojos—. Tú te casaste por amor. Esas cosas no se pueden controlar. Y, más que eso... Intentaste alejarme de todo, incluso arriesgándote por mí.

—Eres mi hija. Eres el amor de mi vida. Todo lo que quiero es que seas feliz.

Ella era el amor de mi vida. No importaba que fuera a casarme con un hombre al que temía. Salvar a mi madre y mantenerla a mi lado el mayor tiempo posible valía cualquier esfuerzo. Cualquier sacrificio.

Yo solo esperaba que ella nunca supiera mi verdadera motivación para aceptar aquel matrimonio.

—¿Señorita? —llamó una voz de mujer, y mi madre y yo miramos en su dirección—. Tenemos un sastre disponible para hacer las marcas de los ajustes ahora. ¿Puede quedarse un poco más de tiempo?

¿Qué no podía hacer el dinero, verdad? El apellido poderoso de mi padre, sumado al aún más poderoso de mi prometido, conjuraba milagros.

—¿Va a demorar?

—Un poco.

Miré a mi madre, sabiendo que tenía hemodiálisis en media hora. Quería acompañarla, pero estábamos tan sobre la hora de la boda que no tenía muchas opciones.

—Quédate, cariño. No hay problema...

—¿Estás segura? Todavía podemos almorzar juntas. Podemos encontrarnos en algún lugar.

—Está bien.

Nos dimos un beso, y la observé salir de la tienda, acompañada por uno de los soldados que había ido con nosotras, pensando en la locura que era necesitar guardaespaldas.

Uno se quedó conmigo, pero permanecería en la puerta, como un poste, observándolo todo, ya que dentro de la tienda era más seguro.

—Él ya está llegando, señorita. ¿Puede esperar con el vestido, por favor?

—Sí, claro.

—¿Quieres un café o agua?

—No, gracias.

Con una sonrisa y un leve movimiento de cabeza, la mujer se alejó y regresó hacia el interior, mientras yo me quedaba sentada en la sala privada, aguardando al sastre.

Tomé la misma revista que mi madre había estado hojeando un poco antes, llena de noticias de celebridades que no me interesaban, pero fui interrumpida por el sonido del celular, anunciando la llegada de un mensaje.

DOMINIC:

Estoy en Los Ángeles

No sabía que él iba a aparecer tan pronto. Hacía casi una semana desde la última vez que nos habíamos visto, días después de la fiesta en la que ocurrió el incidente. Sabía que se había puesto furioso por volver solo y que vivía monitoreando cómo estaba yo, lo que, una vez más, resultaba casi tierno, si no imaginara que había un poco de posesividad intrínseca en esa preocupación genuina.

Fuera como fuera, lo que menos esperaba todavía era sentir un cosquilleo en el estómago al saber que lo vería, probablemente ese mismo día.

DEANA:

¿Y...?

Fue una respuesta casi seca, pero más provocadora que cualquier otra cosa. Todavía tenía miedo de demostrar sentimientos y de exponerme, sobre todo con él, que empezaba a dejarme demasiado a flor de piel para mi gusto.

DOMINIC:

Deja de ser grosera, mujer.

¿Dónde estás? Podemos almorzar.

Fue muy adolescente de mi parte, pero me descubrí sonriendo al leerlo.

DEANA:

Que lindo. ¿Una cita?

DOMINIC:

Si así es como quieres pensarlo…

Es un almuerzo con mi prometida.

Ya pasamos la etapa de las citas, ¿no crees?

DEANNA:

Eres muy poco romántico.

Y justo ahora que estoy probándome el vestido de novia...

Dominic tardó en responder. Cuando lo hizo, vi los tres puntitos de la respuesta aparecer y desaparecer, como si estuviera escribiendo y borrando el mensaje.

Antes de que dijera algo que me dejara todavía más desestabilizada, escribí:

DEANNA:

¿Puedes venir a buscarme a la tienda?

Creo que todavía voy a demorar un poco.

Pero quedé en almorzar con mi madre.

DOMINIC:

Pásame la dirección y voy a buscarte.

Y podemos almorzar los dos con tu madre.

Necesitaba esforzarme mucho para no ver aquello como una relación normal. Porque no lo era, definitivamente.

Aun así, ahí estaba yo, entusiasmada por almorzar con el *diavolo*.

Después de enviarle la dirección y decirle un horario estimado, volví a mirar la revista, todavía sin ningún interés, esperando que no se demorara mucho.

Pero el tiempo fue pasando, yo seguía mirando el reloj, y pronto sería la hora acordada con Dominic. Esperaba que no viera mi vestido, porque, por más que no creyera que fuéramos a tener suerte en nuestro matrimonio, tampoco quería todavía más mala suerte.

Ya había pasado más o menos una hora cuando me avisaron que el hombre había llegado y que podía ir al probador, acomodarme, que él tomaría mis medidas y marcaría los ajustes.

Estaba distraída, alisando la tela y palpando las elegantísimas cuentas que la cubrían, cuando la sensación de una mano

enguantada tapándome la boca se repitió, provocándome un terrible déjà vu.

—Qué bueno verte de nuevo, noviecita —dijo la misma voz familiar.

Pero no fue solo eso. Yo podía ver toda la escena desarrollarse a través del espejo. Vi su rostro. El enorme puñal que sacó del bolsillo.

Iba a matarme.

Necesitaba intentar defenderme.

Con el codo, lo golpeé con toda la fuerza que pude, sintiendo que su agarre se aflojaba. El problema era que llevaba puesto un vestido enorme, con enagua, una falda inmensa, lo que me impedía correr. Por eso, él me atrapó con facilidad, incluso todavía adolorido, y me arrojó al suelo, inmovilizándome.

Mientras tenía las manos libres, empecé a abofetearlo con todas mis fuerzas, gritando por ayuda. Pero volvió a callarme la boca y usó el cuchillo para hacer un corte en mi cintura, lo que me hizo gritar de dolor.

No sabía decir si había sido profundo, si había sido grave, pero sentía la sangre correr, espesa, empapando mi vestido.

Quemaba.

Quemaba más de lo que quemaría un corte normal.

Juré que iba a morir, pero el soldado que mi padre había enviado entró corriendo, probablemente al escuchar mi grito, y lo sacó de encima de mí.

Yo debería haberme quedado quieta, esperando ayuda, pero mi mente aturdida y extrañamente nublada me hizo levantarme y empezar a caminar.

Quería salir de allí, y ni siquiera el llamado de mi nombre, proveniente del soldado, logró hacerme detener.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Aprovecha tu oportunidad, pero no vas a poder acertarme

Si me aciertas, no vas a poder seguir

Soy el rey, tú eres el asesino

Te alcanzaré, seré el vencedor

Aprieta el gatillo, hazme sangrar

Choca conmigo y pronto verás

Que yo soy el Dios, tú eres el pecador.

WINNER – WARGROVE

Sabía que me estaba adelantando, pero ¿a quién le importaba? Estaba ansioso por verla con un vestido de novia y, por más que eso resultara incluso sorprendente, provocarla también era una cuestión interesante.

¿Qué tan furiosa se pondría Deanna con mi presencia?

Lo que no esperaba, de verdad, no era verla vestida de novia, sino con una enorme mancha de sangre en el abdomen, que iba creciendo a medida que avanzaba hacia mí.

Pálida y con los labios extrañamente morados, fue lo primero que vi apenas llegué a la tienda. Caminaba como un zombi, saliendo de una puerta más al fondo, casi arrastrándose. Una mano

presionaba la herida y yo no lograba ver con claridad cuán grave era.

Corrí hacia ella y conseguí sostenerla cuando estuvo a punto de caer.

—¿Deanna? —la llamé, sintiéndome aterrorizado.

Yo no era el tipo de hombre que se asustaba con cualquier cosa. Hacía falta una cantidad considerable de esfuerzo para hacerme temblar o pensar en rendirme.

En una sesión de tortura, yo sería el que tardaría más en hablar; créanme, ya pasé por eso. Actuaría con cinismo, humor ácido y provocaciones.

En ese momento, mi corazón se detuvo de golpe, y entendí que Deanna fácilmente podría convertirse en un punto débil.

Y eso que todavía ni siquiera era mi esposa.

—Dominic… Dominic… —Su voz no era más que un suspiro, y sus ojos giraban en las órbitas.

Llevé la mano a la herida, rasgando las dos partes que el corte había abierto en la tela, separándolas un poco más. No era nada tan profundo como para que estuviera así de mal.

Había algo que no estaba bien.

—Señor, uno de los soldados de Massimo atrapó al sujeto. Está vivo.

—Manténganlo así —ordené con firmeza, mientras, una vez más, levantaba a Deanna en mis brazos.

Pero esta vez no era solo una amenaza. Ella había sido realmente herida.

—Es mío, Vanno —le dije a mi hombre de mayor confianza—. No dejen que muera.

Mi soldado asintió, y yo saqué a Deanna de allí, sintiendo cómo temblaba violentamente en mis brazos.

Cada vez más asustado, gritaba su nombre mientras la llevaba hasta mi auto. Otro de mis hombres, que me esperaba afuera, se quedó un poco descolocado al ver la escena, pero abrió rápidamente la puerta trasera, y yo entré con Deanna, manteniéndola sobre mi regazo.

—¡Al hospital! *Accelerare! Andiamo, presto!* —ordené que corriera, que acelerara al máximo, y él pisó el pedal, saliendo del cordón con los neumáticos chillando.

Llevé una mano al rostro de Deanna, sintiéndolo helado. Su boca seguía morada y su rostro cada vez más pálido. El cabello rubio se le pegaba a la frente, cubierta de gotas de sudor, y cada vez que su cuerpo se estremecía con más fuerza, yo tenía la impresión de que iba a perderla.

Sentía como si su vida se estuviera escurriendo.

—¡Más rápido! ¡Se está muriendo! —Una vez más, la desesperación en mi voz me asustó. Aún más la reacción que tuve cuando la atraje un poco más hacia mí y la apreté contra el pecho, intentando contener sus temblores.

Deanna estaba sufriendo. Por ser mi prometida, la prometida de un jefe de la mafia, estaba agonizando en mis brazos. La mujer más fuerte que yo conocía…

Maldita sea... No podía permitirlo.

Llegamos al hospital y literalmente salté del auto corriendo, llevándola conmigo, acomodándola en mis brazos mientras avanzaba.

Empecé a gritar dentro del hospital, mezclando inglés con italiano, dando órdenes y creando caos. Hicieron falta tres hombres para retenerme en la sala de espera, porque quería acompañarla y descubrir qué estaba pasando.

No me lo permitieron. Tuve que resignarme a quedarme sentado en una maldita silla, mientras varias personas me miraban con lástima, probablemente solo curiosas por saber por qué un hombre había llegado con una prometida ensangrentada en brazos.

Necesitaba hacer muchas cosas, pero la principal era llamar a los Preterotti para avisarles de lo ocurrido. Eso me obligó a levantar la cabeza, respirar hondo, tomar el teléfono y enviarle un mensaje a Enrico, a quien consideré la persona más racional para manejar la situación.

Mi parte estaba hecha; solo me quedaba esperar.

Pero pensé que sería un poco más rápido. No imaginé, de ninguna manera, que estaría más de dos horas sin noticias, hasta que un médico me llamó.

Su expresión no era la mejor, y tuve que respirar profundo, intentando prepararme para lo peor.

—Ella… ella… —balbuceé. Otra cosa que nunca me había pasado.

—No, señor. La señorita va a estar bien. El problema es que no fue el corte lo que la dejó en ese estado, porque no fue tan profundo. Cualquiera que haya sido la hoja que la hirió estaba impregnada de veneno. Pudimos descubrirlo mediante algunos exámenes toxicológicos y encontramos el antídoto correcto.

Tragué saliva, intentando mantener el control. Por más que todas esas personas en el hospital ya me hubieran visto casi destruir una sala entera, era momento de poner los pies en la tierra.

—¿Va a estar bien?

—Sí. Pero el proceso de desintoxicación no es de los más simples.

—¿Puedo estar con ella?

Probablemente Deanna ni siquiera quería que yo estuviera a su lado. Tenía a su madre, y yo debería haber hecho un poco más de esfuerzo para que alguien de su familia me respondiera, pero era lo suficientemente egoísta como para no pensar en eso en ese momento.

Aun así, no quería dejarla sola.

—Sí. Acompáñeme, por favor.

Me pasé la mano por el cabello, un poco nervioso, y seguí al médico.

Cuando llegué a la habitación, escuché los sonidos de Deanna expulsando el veneno.

Sí, quería estar con ella. Esa certeza se volvió aún mayor cuando se giró hacia mí, con los ojos vulnerables y una expresión de abandono.

Me acerqué, ocupando el lugar de la enfermera que la asistía, sosteniéndola, porque estaba sentada en la cama. Le habían puesto una de esas camisolas de hospital, y supuse que la herida ya estaba vendada. Tal vez le habían dado medicamentos, porque, por más que el corte no fuera profundo, debía doler, pero yo la veía como una guerrera.

Esa mujer sería mi esposa. Y estaba increíblemente orgulloso de ello.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Ninguna droga podría hacerme sentir tan alto

Pero nos desplomamos después de subir

Y, sin aliento, caímos al suelo

Tu amor es una corriente impetuosa

RIPTIDE – SANTO CAOS

Pude sentir la fiebre en cada parte de mi cuerpo. Me quemaba como si me hubieran arrojado en medio de una hoguera, sin siquiera haber intentado salir. Recuerdo haberme aferrado a la sábana de una forma tan dolorosa, mientras convulsionaba sobre la cama, y haber vomitado de manera ininterrumpida, casi como si estuviera expulsando a un demonio de mi interior.

Durante todo ese tiempo, una sola mano sostuvo las mías. Una sola persona sostuvo mi cuerpo. Brazos firmes me cargaron. Una voz me transmitió seguridad.

Tuve dudas sobre quién podía haber sido, pero estas desaparecieron en cuanto abrí los ojos, sintiéndome extrañamente mejor.

Al mirar hacia un costado, vi al hombre que todavía era un enigma para mí, sentado de manera incómoda en una silla, usando una camisa blanca toda arrugada y manchada de sangre. La corbata

seguía colgando de su cuello, abierta, y había un saco apoyado en el respaldo del mueble. Alto como era, tenía las piernas medio estiradas, medio flexionadas; su brazo musculoso descansaba sobre el rostro, cubriéndole los ojos, y la boca se le entreabría levemente.

Sonreí al verlo, todavía sintiéndome débil, pero convencida de que esa era la escena más adorable que podía tener como primer vistazo al despertar después de toda la mierda que había pasado.

¿Quién diría que ese hombre todavía me sorprendería de esa manera?

—¿Dominic? —intenté llamarlo, pero mi voz salió tan ronca que podría jurar que no me escucharía. Sin embargo, el hecho de que literalmente saltara de la silla y abriera los ojos de inmediato me indicaba que estaba completamente atento a mí, incluso dormido.

—¿Deanna? —Se frotó los ojos, acomodándose y acercando la silla con ruedas hasta mí—. ¿Cómo estás?

Tragué saliva, sintiendo la garganta raspar, probablemente por la cantidad de veces que había vomitado.

—Mejor. ¿Cuánto tiempo llevo acá?

—Llegamos ayer por la tarde. Son las seis de la mañana.

Casi un día entero.

—Tengo sed.

Estaba lista para apretar un botón y llamar a una enfermera, pero Dominic se levantó de un salto y salió corriendo.

Tenía la impresión de que, si le pedía algo completamente absurdo, se esforzaría por conseguirlo.

Volvió acompañado por una mujer vestida de blanco, quien supuse que era una enfermera. Me dio el vaso de agua, que por

suerte pude tomar con mi propia mano, aunque la vía intravenosa me molestaba un poco.

Bebí en tragos grandes y rápidos, porque realmente tenía mucha sed. Mientras tanto, ella iba controlando mis signos vitales, la presión y la temperatura.

—Todo está dentro de lo normal. Voy a hablar con el médico para que te indique los estudios necesarios, ¿sí?

—¿Cree que me van a dar el alta hoy?

—No lo sé, pero puede ser que sí, hacia el final del día, si tus respuestas siguen siendo buenas. Se hizo un lavado gástrico, vomitaste mucho, así que creo que, si todo continúa así, es posible. Solo el médico puede confirmarlo. —Sonrió para los dos, pero luego se dirigió solo a mí—. Tu prometido es muy dedicado, ¿sabes? Será un excelente marido.

Ah, ¡qué maravilla! Elogios para alguien que no los necesitaba, porque tenía un ego enorme.

Pero probablemente tenía razón respecto a que era dedicado.

¿Quién lo diría...? ¡Un jefe de la mafia! El mundo realmente debía estar patas arriba.

Cuando ella salió, miré a Dominic, ya esperando que hiciera algún comentario, pero estaba muy, muy serio. La expresión sombría que siempre había imaginado que un hombre como él debía tener apareció en su rostro atractivo. Era muy similar a la que vi cuando llegó a la casa de mi padre, cubierto de sangre.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Dominic giró la cara, desviando la mirada, sin querer mirarme—. Dominic... quiero saber qué está pasando.

Bufó, como si yo fuera una niña terca, y finalmente me miró.

—Esta noche me voy a encargar del tipo que te hizo esto, Deanna. Te lo juro.

—¿Lo tienen? No recuerdo casi nada...

—Sí. Mis hombres entraron y lo atraparon. Pedí que me lo dejaran a mí. —Su voz sonó más ronca de lo normal, pesada, profunda. No había dudas de que acabaría con ese sujeto.

—Quiero estar ahí —dije, sorprendiéndome a mí misma.

Dominic me miró como si acabara de pedir que me dieran un puñetazo.

—Te volviste loca —afirmó, alejándose de la cama.

—Te pedí conocer todo tu mundo. Si voy a casarme contigo, necesito saber. Necesito ver.

—Ninguna esposa es llevada a una sesión de tortura, Deanna. Es inconcebible.

—Ya debes haberte dado cuenta de que no soy una novia como las demás —respondí, arqueando una ceja.

—Ah, querida, eso ya lo noté. Sin dudas... —dijo, con ironía y una curva de labios casi perversa.

—Entonces no puedes tratarme como a una. Ese hombre casi me mata, me hizo pasar unas de las peores horas de mi vida.

—Déjame ocuparme de eso.

—No, Dominic. Necesito saber quién eres. Con quién me voy a casar. El tipo de cosas que haces.

—¿Para qué? —alzó la voz—. ¿Crees que haré lo mismo contigo?

—¿Lo harías?

—No tengo intención de hacerlo.

—¿Y si te traiciono? ¿O traiciono a la Cosa Nostra? —Podía imaginar que mi mirada había adquirido un brillo muy oscuro en ese momento, sabiendo que estaba tocando un tema sensible. No tenía planes de traicionar a nadie, pero aun así era una pregunta capciosa.

—Sin duda tendría que arreglar la situación, pero no de la manera en que va a pasar hoy. Yo no... —Dudó, y entendí lo que quería decir.

Él no me lastimaría de la forma en que lastimaría a ese sujeto.

—Es mi derecho conocer lo más posible al hombre con el que tal vez vaya a dormir y despertar en la misma cama. O, al menos, en la habitación de al lado.

Dominic estaba inquieto. Pero no era una inquietud normal. Respiraba de forma irregular, caminaba de un lado a otro y no dejaba de pasarse la mano por el cabello, que ya era un caos. Con la ropa manchada con mi sangre, parecía un psicópata desquiciado y debería darme miedo, pero, después de todo lo que habíamos pasado juntos, solo lograba verlo como un protector.

—Te vas a arrepentir, mujer. Escucha lo que te estoy diciendo.

—Que así sea, pero es una elección mía. Después puedes señalarme con el dedo y decir "te lo advertí".

Se quedó mirándome, con el odio marcado en el rostro. Tenía la impresión de que ese sentimiento no estaba dirigido a mí, sino a la situación. Aun así, empezaba a parecerse más al hombre que siempre había imaginado que era.

—¡Mierda, Deanna! ¡Mierda! —gruñó.

Ese fue el momento en que necesité cambiar de tema. Fue entonces cuando, de repente, me acordé de mi familia.

—¡Dios mío! Mi mamá... ella debe estar... —empecé a moverme en la cama, pero Dominic me sujetó de los brazos, impidiéndome hacer movimientos bruscos, por más que realmente me sintiera mejor.

—Tu madre no sabe nada. Mandé a uno de mis hombres a buscarla al restaurante. Está bien.

—¿Y dónde cree que estoy yo?

—Conmigo.

—¿No le avisaste a ninguno de mis hermanos?

Dominic todavía me sostenía cuando noté algo en su expresión.

—Le mandé un mensaje a Enrico, pero hasta ahora no respondió.

—¿Crees que le pasó algo?

—¿Crees que le importa? —vociferó, pero enseguida pareció arrepentido—. Perdón, no quería hablar así. Es tu hermano.

—No importa mucho. Enrico y yo nunca fuimos cercanos —comenté, aunque imaginaba que él ya lo había notado—. De todos modos, mejor que haya sido así. ¿Puedes pedirle que no le cuente a nadie?

—Tengo la impresión de que ni siquiera vio el mensaje. Puedo simplemente borrarlo.

—Entonces hazlo.

—¿Por qué? ¿No quieres que se enteren?

—No. Estoy bien. Solo va a preocupar a todos. Tampoco quiero a mis hermanos ni a mi padre contigo hoy. Seremos solo nosotros.

Dominic esbozó una sonrisa amarga.

—No sé si lo sabes, *leonessa*, pero los tres ya se han ensuciado las manos muchas veces.

—Soy consciente de eso. Pero una cosa a la vez.

Mi futuro marido no parecía tan convencido, pero aceptó.

Que así fuera, entonces. Esa noche, si me daban el alta, vería un lado suyo que probablemente nunca podría olvidar.

CAPÍTULO VEINTE



¿No tienes miedo de mí?

¿Acaso no soy aterrador?

Porque cada vez que hablas

me siento atrapado entre tus dientes.

Vino y cianuro

no te van a librar de tus crímenes.

Si te arrodillas,

no vas a arreglar tus errores.

WITCH HUNT – CHANDLER LEIGHTON

Uno de los soldados de Dominic llevó una bolsa al hospital, con ropa para nosotros, comprada en una tienda carísima de Los Ángeles. Un pantalón de jean de mi talla y una blusa sencilla, además de una camisa para Dominic.

Yo imaginaba que después tendría que cambiarse otra vez, pero tendría que arreglárselas con esa única prenda.

Me estremecí solo de pensarlo. Atento a mí todo el tiempo, notó mi vacilación.

—Una palabra tuya, un solo sonido que salga de tu boca, y vas a ser sacada de ahí por la fuerza. Atada, si es necesario. No voy a escuchar tus argumentos.

—No soy una muñeca de porcelana, Dominic.

—Justamente porque lo sé te estoy advirtiendo. Sé que tal vez vas a forzarte a quedarte, y te juro que te vas a arrepentir, porque es el tipo de cosas que se te quedarán grabadas en la cabeza el resto de tu vida.

—Voy a llegar hasta mi límite, lo prometo.

Soltó un gruñido a mi lado, pero se quedó callado y volvió el rostro hacia la ventana.

Era de noche, y me habían dado el alta alrededor de las nueve. Mi madre me había llenado de mensajes y, probablemente, a esa altura debía estar pensando que había terminado en la cama de Dominic, en algún hotel cualquiera; lo cual era mucho mejor mejor para ella, ya que no había motivo para preocuparla.

En algún momento acabaría enterándose, aunque yo no sabía bien cómo habían quedado las cosas con la gente de la tienda.

Respiré hondo y tomé aire cuando el auto se detuvo, anunciando que habíamos llegado al lugar correcto. Se trataba de un galpón en una zona desierta, rodeada de terrenos baldíos. Probablemente el tipo de espacio perfecto para lo que iba a suceder.

Bajé del auto con la ayuda de Dominic, obligando a mis piernas a mantenerse firmes, pero él tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. Cualquiera que nos viera podría jurar que estábamos a punto de pasear por un centro comercial y no de presenciar una sesión de tortura.

El olor a orina y sangre fue lo primero que nos recibió. También moho. No eran olores agradables, pero parecieron provocar

una reacción mucho más visceral en Dominic que en mí. Soltó mi mano, me agarró del brazo por encima del codo y me arrastró con rabia.

—Quieres un espectáculo, ¿no, *leonessa*? Pues lo tendrás. Y en primera fila.

Me colocaron frente a la silla donde el hombre estaba sentado, atado. Tenía algunos cortes en el rostro, el cabello completamente despeinado, pero en general aún se encontraba en buen estado.

Con la mano de Dominic firmemente cerrada sobre mi brazo, me extendió un puñal.

—Esta fue el arma que usó para herirte. Tenía veneno en la hoja, ya no lo tiene, porque se lo quitamos. Te la voy a dejar en la mano todo el tiempo. Cuando creas que quieres terminar con el show, puedes usarla tú misma o entregármela y yo me encargo de cerrar. Pero puedes tener el honor de empezar. Recordando que este hombre no tuvo la menor compasión al herir y casi matar a una mujer indefensa.

En este caso, yo.

Sostuve el puñal en la mano, sintiendo su peso. Nunca había tenido un arma así en mi poder, lo cual era un poco desconcertante. En ese momento, la vida de una persona estaba en mis manos.

¿Tendría familia? ¿Habría sido solo alguien pagado para herirme y no era tan cruel? Tal vez ni siquiera sabía que había veneno en la hoja.

Me quedé con esos pensamientos dando vueltas en la cabeza, hasta que el desgraciado levantó la cabeza. Juré que iba a suplicar clemencia, como cualquier hombre normal en esa situación lo haría.

Pero yo no estaba entre hombres normales.

Esbozó una sonrisa perversa, recorriéndome de arriba abajo con la mirada, y soltó la bomba:

—Estabas ahí con tu madre, ¿no? Ella también está buena. Me las habría cogido a las dos juntas.

Fruncí el ceño, durante un momento intentando procesar esas palabras. Incluso miré a Dominic, para asegurarme de haber oído bien, pero él estaba quieto a mi lado, con los brazos cruzados, observando.

Apreté el puñal con fuerza, solté un grito y empecé a cortarle el rostro con odio. Apenas sabía cómo había logrado contenerme para no clavarle esa mierda directo en el pecho, pero probablemente quería que sufriera.

Dominic me sujetó, y uno de sus hombres me quitó el puñal de la mano. Él me arrastró hasta una silla, me sentó y me sostuvo.

—Tranquila, *leonessa*. Déjame el trabajo a mí.

Sus ojos se clavaron en los míos con tanta intensidad que parecía un hipnotizador manipulándome. Pero yo sabía que solo era una forma de calmarme.

El soldado le devolvió el puñal, y él lo levantó a la altura de mis ojos, mostrando que me lo devolvería. Yo ya estaba menos alterada, así que lo acepté, pero cuando se apartó de delante de mí, vi el desastre que ya había causado.

La sangre goteaba del hombre al suelo. No solo le había cortado el rostro, sino también partes del pecho. Había restos de piel por todas partes.

¿De verdad había sido yo? Por unos instantes podría jurar que había salido de mí misma, entrando en un trance aterrador.

¿Así era como se sentía Dominic todo el tiempo?

Lo vi caminar hacia el hombre atado, haciendo una seña a sus hombres, que parecieron entenderla. Su andar era decidido, lento, casi como el de un depredador que sabe que va a alcanzar a su presa sin necesidad de correr.

Sacó algo del bolsillo, cuya hoja brilló bajo la luz, y vi otro puñal. Con la otra mano, tomó su arma. Esta estaba incrustada con grabados dorados, probablemente de oro, lo que la hacía muy personal. Era elegante, una señal más de poder.

De pie, el hombre era mucho más bajo que Dominic, y también más delgado. Mi prometido lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared con una violencia desmedida. Tomó uno de sus brazos y estiró la mano del tipo, abriéndola y clavando el puñal en la palma, fijándolo al concreto.

Tomó otro puñal que le entregaron e hizo lo mismo con la otra mano, hundiendo la hoja bien profundo.

Los gritos de dolor me hicieron perder el aire.

Eso era solo el comienzo.

Durante las horas siguientes, sentí el estómago revolverse más de una vez. Vi a Dominic usar fuego contra su piel, cortarlo, destrozarle un dedo, echarle aceite caliente y otras cosas que llevaron al prisionero a las lágrimas. Aun así, seguía negándose a hablar.

Aparté la mirada todo lo que pude, pero sin vacilar. No lograba dejar de temblar, y vi todo el sentimiento oscuro que llenaba el pecho de Dominic mientras cometía todos esos actos.

La forma en que me miraba. La sangre que manchaba toda su ropa, su rostro y sus manos.

Ese era el hombre con el que iba a casarme.

El monstruo detrás del rostro bonito y del comportamiento seductor.

Ahí estaba el motivo por el cual me había resultado extraño que un jefe de la mafia fuera tan divertido, casi caballeroso, tan fácil de tratar. Porque las personas no eran solo sus estereotipos. Las personas tenían capas.

Eso era todo lo que Dominic escondía.

Un diablo, exactamente como yo lo llamaba. La propia oscuridad vivía dentro de él.

Y tal vez pasaría a vivir dentro de mí también.

Antes de que eso ocurriera, le extendí el puñal a Dominic. El hombre no iba a decir nada, ya tenía claro ese hecho. Era solo violencia gratuita y sin sentido.

Él entendió el mensaje y respetó mi pedido.

En pocos minutos, el prisionero estaba muerto, con una única puñalada de misericordia en el pecho.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Me dijeron que eras un asesino

Vi tu colección de corazones y realmente debería haberlo sabido

Porque me dijeron que eras un asesino

Y no tengo dudas de que la única salida de esta pesadilla

¿Es que yo también sea una?

KILLER – VALERIE BROUSSARD

Ella estaba en silencio, mirando sus propias manos, y yo podía ver una mancha de sangre entre sus dedos, que intentaba frotar, pero de una manera un tanto inconsciente.

Metí la mía en el bolsillo y saqué un pañuelo, extendiéndoselo.

Por unos instantes, Deanna ni siquiera lo vio, pero volvió en sí cuando apoyé el nudillo de mi dedo en su brazo, y entonces por fin lo tomó.

Comenzó a frotarse el dedo índice en silencio, despacio al principio, pero luego empezó a poner más fuerza en el gesto. Y más fuerza, hasta que pude notar con claridad que su mente estaba

afectada de alguna forma, por más que se esforzara en fingir indiferencia.

Le tomé la mano, obligándola a detenerse y a mirarme.

—Tú pediste esto, Deanna. Recuerda que yo no quería traerte —dije con convicción, con una ceja arqueada.

—Lo sé. —La mujer casi gruñó, estresada. Pero yo tenía razón. Desde el principio pensé que esa idea era completamente equivocada.

Teniendo en cuenta que había sido Deanna quien lo pidió, que había sido la causante de toda esa mierda, ni siquiera debería prestarle atención. Mi papel era decirle un buen "te lo mereces" e ignorar cualquier reacción que demostrara que estaba asustada. Pero simplemente no lograba mantenerme indiferente.

—¿Cómo estás? —tuve que preguntar, aunque, para ser sincero, tenía ganas de estrangularla.

—Estoy bien. Mejor que ese tipo de ahí, ¿no? Así que no puedo quejarme —respondió de una manera muy amarga. De una forma que sinceramente odié escuchar y que era exactamente lo que temía. Deanna no podía convertirse en una versión femenina de mí. Ella sería mi esposa, pero odiaría que perdiera su esencia, por más que estuviera lejos de ser la cosita delicada que siempre imaginé que sería la mujer con la que me casaría. —¿Puedo pedirte algo?

—Sí, claro.

—¿Hay algún lugar adonde podamos ir? No quiero enfrentar a mi madre ahora.

Me quedé mirándola durante unos segundos, estudiándola. Tenía los ojos entrecerrados, analizando a la mujer a mi lado, y por

la forma en que me quedé callado y sin moverme, sin responder a su pedido, ella supo enseguida que no tardaría en decir algo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque entiendo cómo te sientes. La primera vez que torturé a un hombre fue en Chicago, en la casa de mi tío. Hay pocas personas en el mundo que me importen tanto como mi prima Kiara, y fue ella quien me vio justo después. Apenas podía mirarla a los ojos. Era tan niña, tan inocente. Yo me sentía sucio.

—¿Se vuelve más fácil?

—Mentiría si dijera que no.

—¿Te gusta?

Bufé, irritado, porque Deanna estaba tocando los botones correctos, y eso era peligroso. No en ese momento, porque no se trataba de algo que me importara ocultar, sino por cuánto podría llegar a descubrir en otras situaciones, solo por hacer las preguntas adecuadas. Era perspicaz y muy sagaz.

—No lo sé, Deanna. En algunos momentos, con ciertas personas, a veces siento una especie de euforia. Tener poder sobre la vida de alguien puede volverse una adicción para algunos. Creo que preferiría estar haciendo otra cosa, pero cuando se trata de alguien que lo merece, que hace todo lo posible por provocar y que, por algún motivo, es un peligro para la familia, no siento lástima. No sentir compasión es un muy buen comienzo para terminar disfrutándolo.

Ella respiró hondo y volvió a bajar la mirada hacia las manchas de sangre que aún no habían desaparecido de sus manos, ni siquiera con todo lo que las había frotado.

—Cuando habló de mi madre... —Deanna dudó, pero sentí que su labio inferior temblaba, y volvió a frotarse el pulgar de una

manera más brusca, dejando el otro dedo blanquecino de tanto apretarlo—. Sentí ganas de matarlo. Creo que por eso no quiero verla ahora.

Al oírla hablar de ese modo, me moví inquieto en el asiento y me incliné hacia el conductor, susurrándole algo y dándole nuestro nuevo destino. Cuando volví a acomodarme, la miré una vez más y tomé su mano, impidiéndole que se lastimara.

—Eso no te convierte en un monstruo, *leonessa*. Eso te convierte en humana.

Deanna no respondió de inmediato; solo levantó la vista hacia mí otra vez, enigmática.

—¿Y tú, Dominic? ¿Te consideras un monstruo o solo humano?

Otra pregunta que me dejó en silencio. ¿Qué podía responderle?

—Creo que con un poco de convivencia vas a poder sacar tus propias conclusiones —respondí con convicción y sintiéndome un poco irritado. No con ella, sino por cuánto me había afectado esa maldita pregunta.

El auto siguió avanzando por las calles, hacia la dirección que indiqué, y llegamos, en silencio, a un hotel. Deanna no dijo nada, pero bajó cuando el chofer le abrió la puerta primero a ella, y me esperó mientras yo me ponía el saco, cerrándolo sobre la camisa, con la esperanza de ocultar las manchas.

Miré por el espejo retrovisor y noté que estaba presentable, al menos todo lo posible dentro de las circunstancias.

Caminamos lado a lado hasta la recepción y pedí suites comunicadas, a las que subimos. No le entregué la tarjeta de su

habitación, porque aún no quería que se quedara sola. Ella tampoco insistió. Tal vez, en el fondo, deseaba lo mismo.

Entramos y fui encendiendo las luces, quitándome el maldito blazer y, después, la camisa. Le lancé una mirada y la encontré observándome. No supe decir si con lujuria o solo con indiferencia.

—Mañana, si puedes hacer el favor de ir a la tienda del hotel y comprarme una camisa, me harías un gran favor, prometida. Uno de los soldados puede acompañarte.

—Sí, no hay problema —respondió sin mucha emoción, comenzando a caminar por la habitación.

Apoyé las caderas en una mesa, crucé los brazos y la observé, porque sentía una energía muy extraña proveniente de Deanna. La mujer era inquieta por naturaleza, pero no era solo eso. Parecía haber perdido algo esa noche.

No la inocencia, porque era una palabra demasiado fuerte para relacionarla con ella, sino algún tipo de fe en el mundo, tal vez. Algún tipo de esperanza.

—Te lo advertí, Deanna. Te lo pedí. No me escuchaste.

—¿Cuántas veces más vas a repetir eso? —escupió las palabras, impaciente.

—Las que sean necesarias.

—¿Y cuál sería el sentido de cerrar los ojos y vivir en un mundo donde ese tipo de cosas pasa, pero fingir que no lo sé?

—Porque la ignorancia puede ser una bendición muchas veces.

—No está en mi naturaleza —afirmó con una risita amarga.

—Tal vez a veces necesitemos convertirnos en personas diferentes.

—Sí. Tal vez —soltó, un poco perdida, pensativa.

Dudé antes de hacer la siguiente pregunta, sin dejar de observarla con atención.

No quería entrar en el tema. No quería ni siquiera considerar lo que me estaba pasando por la cabeza, no quería sacar esas palabras, pero era imprescindible, ya que ese momento podía haber definido toda nuestra vida como pareja.

—¿Quieres desistir? —pregunté, sin encontrar otra alternativa.

—¿Desistir de qué?

—¿Del matrimonio?

Otra risita amarga. Ella cruzó los brazos y se detuvo frente a mí.

—No sabía que esa era una opción.

No supe qué responderle. Después de todo lo que habíamos hecho para lograr que ella "aceptara" convertirse en mi esposa, era difícil creer que renunciaríamos solo porque había quedado impactada por una sesión de tortura.

—Pensé... —Respiró hondo y se acercó—. La llave de mi habitación, por favor. Quiero descansar.

—¿Estás segura de que es buena idea quedarte sola?

Sonrió de lado, provocadora como siempre.

—Voy a sobrevivir, cariño. Solo necesito una ducha y una cama.

No es que dudara de que, efectivamente, iba a salir de esa situación con la cabeza en alto, pero terminé preocupándome. Fuera como fuera, podía necesitar espacio. Le entregué lo que pidió, y Deanna se fue alejando, dirigiéndose hacia la puerta de la habitación comunicada.

—Buenas noches, Dominic. Mañana estaré como nueva.

Eso fue lo que ella dijo. Nadie se recuperaba por completo de algo como lo que había visto.

Deanna nunca lo olvidaría. Y ese era mi miedo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Desde la primera noche supe que era peligroso

Extendí mis brazos para entregarte mi amor

Eres mío, nunca podré olvidarte

No me dejes ir tan fácilmente, yo no voy a dejarte

Es un espectáculo cruel

Es malo

Así que bailemos durante horas en una sala roja

Amarte es un poco caótico.

CHAOTIC – ELLISE

Las imágenes continuaron en mi cabeza durante muchos días. Igual que el momento en que juré que iba a morir en aquella tienda, probándome mi vestido de novia.

Era ese mundo al que estaba entrando. Formaría parte de una red de violencia y venganza en la que, en cualquier momento, podría volver a ser un objetivo. Mi esposo era un hombre que no tenía miedo de ensuciarse las manos para hacer que alguien sintiera más dolor del que podría soportar. Mi padre y mis hermanos seguramente tenían el mismo nivel de maldad en el corazón, aunque yo no lo hubiera visto.

Mi madre, incluso, había vivido en ese ambiente durante mucho tiempo. ¿Cómo había logrado soportarlo?

¿Acaso yo también tendría ganas de huir de allí dentro de algunos años, si acabara teniendo un hijo de Dominic?

Esos eran mis pensamientos mientras me miraba en el espejo de cuerpo entero, en mi habitación de la casa de mi padre, observándome con el nuevo vestido que había tenido que encargar.

Sería un escándalo, pero estaba completamente segura de que quienquiera que hubiera pagado para herirme estaría en esa fiesta. No tenía idea de su rostro, pero sus ojos verían mi amenaza y esperaba que lo comprendieran.

Mi nuevo vestido de novia era enorme, aún más que el primero. Tenía una falda digna de una joven de un libro de la era victoriana, con un corsé lleno de pequeños diamantes y mangas largas y amplias. Era exagerado, tal como yo no quería.

Pero era de color rojo. Rojo sangre.

Nadie lo había visto antes, y esperaba que chocara lo suficiente a las personas como para que mi boda no fuera olvidada de ninguna manera. El mensaje se transmitiría.

También esperaba que Dominic no se molestara por mi pequeño acto de rebeldía, al menos no tanto como mi padre cuando me vio.

—¿Qué diablos estás haciendo con esa ropa, hija? —fue lo primero que dijo al verme, en el momento en que entró en la habitación para buscarme y llevarme a encontrar a mi novio en el altar, en la iglesia.

—¿No te gustó?

—¡Ve a cambiarte ya! ¡No voy a entrar contigo a la iglesia así! —Estaba fuera de sí. Podría haberme reído fácilmente de sus ojos

abiertos de par en par.

—Entonces no entres. Puedo ir sola.

Lo pasé de largo, con la cabeza erguida. No iba a inclinarme ante el hombre que me estaba obligando a algo que no quería. Mi propio padre, que había decidido manipularme solo para su propio beneficio.

Mi brazo fue agarrado, justo por encima del codo, y cerré los dedos alrededor del ramo, irritada.

—No estoy de buen humor, padre. Imagino que sabes por qué. Así que, por favor, suéltame y déjame terminar con esto.

No me soltó.

—¿Qué quieres, Deanna? ¿Llamar la atención? Si es eso, avísame. No tengo paciencia para el comportamiento infantil de una mujer malcriada.

Mis ojos debieron estar en llamas en ese momento.

—¿Mujer malcriada? Para ustedes somos todas así, ¿no? Histéricas, locas, mimadas. No quiero llamar la atención. Quiero usar este maldito vestido, porque no me siento una novia, porque me pareció bonito, porque mi voluntad tiene que prevalecer en algún momento de esta boda —lo dije todo atropelladamente, casi gruñendo, y vi a mi padre levantar la mano.

Iba a golpearme, el día de mi boda. Y al diablo... lo iba a permitir. Quería aparecer con el rostro marcado. Quería ver cuál sería la reacción de Dominic al verme así mientras me acercaba a él en el altar.

Pero una voz masculina nos interrumpió.

—¿Papá?

Mis ojos se dirigieron hacia la puerta, y la figura de Enrico, grande e imponente, apareció en el marco, observándonos. No parecía tan indiferente ante la escena, y su expresión hacia nosotros dejaba claro que intervendría si me agredían.

—¿Estás lista, Deanna? —Ignoró la pregunta anterior y se volvió hacia mí. Vi sus hombros tensos, y estaba vestido de negro. De pies a cabeza, con aquel elegante abrigo largo que llegaba hasta los pies y alargaba aún más su silueta. Eso solo hacía que sus ojos azules destacaran más.

—Sí. ¿Quieres entrar conmigo, Rico?

Se quedó completamente perdido, mirándome a mí y luego a mi padre, que tomaba la delantera.

—No, tú vienes conmigo. No quiero más motivos para chismes.

Todos los empleados de la casa me miraban sorprendidos, y mi madre simplemente me dejó pasar, como mi cómplice. No había entendido lo que había pasado con el otro hermoso vestido, porque realmente logramos protegerla de la verdad, pero inventé alguna historia sobre querer causar impacto.

Y, de hecho, eso fue lo que pasó. Todos en la iglesia me miraban asombrados, y llegué a escuchar algunas exclamaciones, ver a algunas señoras distinguidas llevarse la mano a la boca y al pecho. Pero me importaba un carajo.

Mi atención estaba en Dominic. A lo lejos, no podía ver su expresión con claridad, pero al acercarme, lo primero que noté fue su ceja levantada. Uno de los extremos de su labio también se levantaba, divertido.

Como si hubiera dudado de eso. Dominic era puro caos. ¿Cómo no iba a disfrutar viendo el circo arder?

—Tú. Estás. Loca —comentó en susurros, en el momento en que tomó mi mano y nos encontramos en el altar.

—Bastante romántico, *diavolo*.

Aun así, ambos estábamos sonriendo cuando el sacerdote, también atónito, comenzó a hablar.

Esperaba que ese fuera un mensaje claro: las cosas podían ser como ellos querían, pero también serían como yo quería.

Fuimos declarados marido y mujer, y entonces nos quedamos frente a frente, a punto de nuestro beso que sellaría el compromiso. Frente a todos. Con todas las miradas sobre nosotros, juzgándonos y expectantes.

Dominic puso la mano en mi cintura, atrayéndome hacia él, se inclinó y tocó mis labios. Era impresionante lo sexy que podía ser incluso en un momento como ese. Por cómo me miró antes y después. Estaba lleno de promesas. Todas ellas hacían que mi cuerpo se estremeciera.

—Estás hermosa —susurró en el momento en que el beso terminó, después de que nuestras bocas permanecieron unidas más tiempo del que quizás era necesario o decente para una ceremonia como esa.

No respondí nada, porque no había nada que decir. A partir de ese momento sería su esposa. No podríamos volver atrás.

Ni yo, ni él.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Diosa, reina de la belleza

Pero estoy condenado a ser honesto

De verdad te necesito ahora

Solo necesito un abrazo

Solo necesito olvidar.

BEAUTY - LAYTO

Tenía que admitir que, aunque ese no fuera su objetivo, no había una sola persona en aquel salón que pudiera apartar la mirada de la novia: un punto flotante en rojo sangre, con una falda enorme que no se parecía en nada al primer vestido con el que la había visto.

Dando un sorbo a mi champán y sosteniendo una ligera sonrisa cínica en el rostro, yo también la observaba. Si no había algo fascinante en esa mujer sorprendente, no sabía qué podría ser.

Impulsiva, atrevida y rebelde. Después de toda mi vida en la Cosa Nostra, rodeado de mujeres con un perfil muy específico, ¿cuándo podría imaginar que acabaría firmando un contrato de matrimonio con la más inesperada de todas?

Sabía muy bien lo que ese vestido representaba: era un claro acto de protesta por lo que le había pasado. Ni yo podría haberlo hecho mejor.

De alguna manera, nos complementábamos. Éramos parecidos. Y eso me excitaba casi tanto como me asombraba.

—Esa esposa tuya… mira, debes tener cuidado con ella. —La voz de Pietro Cipriano, con ese tono de fumador, se dirigió a mí, cortando mis pensamientos.

Bufé discretamente y me giré hacia él.

—No creo que un vestido rojo sea motivo para pensar que me traicionará a mí o a la *famiglia*.

—Es mucho más que eso, Dominic. Acaba de decirle a mi hija que no puede dejarse domesticar por su futuro esposo. Y sabes que estamos negociando su matrimonio con Alessio.

Lo que me parecía una locura, por cierto. Luna, la hija de Cipriano, tenía unos dieciocho años, y si la miraba desde la distancia en ese momento, vería a una niña pequeña, asustada y completamente inocente. La joven había vivido en un convento desde muy pequeña y, hasta donde yo sabía, soñaba con ser novicia.

Alessio era uno de los hombres más gentiles que conocía en la Cosa Nostra, pero definitivamente no sería la elección más sensata para una muchachita como ella. El más joven de los Preterotti era un sinvergüenza que ya había puesto las manos sobre más mujeres de las que muchos de nosotros juntos. Y eso ya decía algo, porque yo estaba lejos de ser un santo.

Aun así, que Deanna usara la palabra "domesticar" justo con la hija de la persona indicada casi me hizo reír. Podía imaginarla conversando con la joven, y la chica estaba aterrorizada. Tal vez mi esposa necesitaba una pequeña intervención.

—No deberías reírte, muchacho. Si creemos que no podrás domarla, podríamos tener que intervenir contra tu relación. —Su

advertencia me llenó de rabia, sobre todo porque era una amenaza clara.

Me giré hacia él, irritado y listo para darle un puñetazo si era necesario.

—Cuidado con amenazar a mi esposa, Cipriano —casi gruñí—. No querrás convertirte en mi enemigo.

Él guardó silencio, porque sabía muy bien la respuesta a esa afirmación. Por más que él también fuera un jefe, mi posición, si la comparábamos, era mucho más relevante.

Pero eso me removió. Pensar que, en medio de todos esos buitres, había alguien con la audacia de lastimar a mi mujer y que podría hacerlo de nuevo me preocupaba. Imaginando que sería vista como una oveja perdida en el rebaño, la posibilidad de atraer miradas y odio era aún mayor. Pero, sobre todo, la de no ser escuchada si empezaba a ser perseguida.

Ese pensamiento martillaba en mi cabeza mientras salíamos del salón, en un auto completamente negro, rumbo a la suite reservada para nuestra noche de bodas.

A diferencia de la primera vez, no sería un cuarto compartido y solo habría una cama. En una situación normal, habría estado curioso y casi ansioso por saber qué pasaría entre nosotros, pero no podía disimular cuánto me había incomodado esa conversación con Cipriano.

La perspicaz Deanna, por supuesto, se dio cuenta.

—Sé que casarte conmigo no era tu objetivo de vida, pero ¿tienes que poner esa cara de decepción? Podemos intentar divertirnos, en una fiesta privada. Hay champán, chocolate — empezó a hablar, mirándome mientras me quitaba el blazer y

desabrochaba los puños de la camisa, sintiéndome claustrofóbico esa noche.

No respondí, solo le lancé una mirada de reojo, casi de reprimenda, y continué con mi tarea.

—Dominic, ¿qué pasa? No te veías así antes.

No quería hablar, pero si insistía tanto…

—Estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Por cómo la gente habló de ti en la boda. —Aunque en realidad solo fue Cipriano, podía ver las miradas. Sin contar cómo él mismo susurró con otros después de hablar conmigo, sin dejar de observar a mi esposa con desaprobación. Ella era el objetivo, y lo seguiría siendo por un buen tiempo.

—¿Por el vestido? —Deanna abrió los ojos.

—¡No! No solo por eso. Por tu comportamiento y lo que dices. ¿Por qué fuiste a hablar con Luna Cipriano de esa manera?

—Ah, ya llegó a tus oídos.

—Sí, llegó. Las cosas se difunden muy rápido en nuestro medio, y por eso debes tener cuidado.

—No puedo cuidarme mientras veo a una chica, que es casi un conejito asustado, arrastrada a todo esto. Habría hecho algo peor si su pretendiente no hubiera sido mi hermano, cuyo carácter creo que aún conozco —dijo con esa convicción que siempre tuvo, lo que la hacía muy valiente a mis ojos.

—¡No es asunto tuyo, Deanna!

—Y tampoco es asunto de ellos el color de mi vestido ni lo que digo. —Deanna entró al baño de la suite, pero no cerró la

puerta, probablemente para que la escuchara. La oía moverse allí dentro, pero no tenía idea de lo que podía estar pasando.

—Sí, aunque le metas ideas en la cabeza a una chica, no podrá cambiar lo que va a pasar. Ni tú lo lograste. El problema es que mientras sigas llamando la atención sobre ti misma, estarás en problemas. Y no te dejarán en paz, en ningún sentido.

—¿Entonces es eso? ¿Vas a ponerme una correa e intentar domesticarme?

Mientras todavía hablaba, la endiablada -y eso es porque me llamaba *diavolo*- apareció frente a mí, vestida con un camisón blanco que no podría considerarse sexy, aunque era de seda y tenía un delicado detalle de encaje en el escote.

La maldita tela caía sobre su cuerpo mostrando algunas curvas, y era lo suficientemente corto para que pudiera admirar sus increíbles piernas y hasta sus pies descalzos me provocaran deseo.

Se detuvo frente a mí, sin pudor, quitándose los pendientes y mirándome con atención, esperando una respuesta.

¿De qué estábamos hablando?

Maldita sea, mi boca salivaba por esa mujer, como nunca pensé que me pasaría con mi esposa en la noche de bodas. Podría ser la tensión de todo lo que me hacía reaccionar así, pero sinceramente no podía imaginar qué haría si Deanna simplemente se negara.

Entonces fui hacia ella.

Con unos pasos ágiles, me acerqué y la agarré, en un acto impulsivo e irracional.

—Definitivamente me encantaría ponerte una correa, *leonessa*, pero no por los motivos que hablábamos antes.

—¡Dominic! —Pareció sorprendida por mi actitud y mis palabras. Entonces me dio un puñetazo en el pecho—. Estábamos conversando.

—Cualquier conversación puede esperar.

—No dije que quisiera tener sexo.

—Sé que quieres. Si no, no aparecerías así frente a mí.

—¡Qué comentario más machista! Estúpido, ¡no he terminado de hablar! —Me dio otro puñetazo, pero vi sus ojos llenos de deseo. La empujé contra la pared, agarrando sus dos puños y sujetándolos contra el cemento.

Deanna intentó forcejear y soltarse.

Podría estar equivocado, pero parecía un juego de su parte.

—La palabra es "basta". Si la dices, me apartaré y no serás tocada hasta que digas claramente que quieres. Si no, no te soltaré y entenderé que quieres que sea brusco contigo.

Ella siguió forcejeando, pero no dijo absolutamente nada.

Sonreí.

—Estás haciendo esto muy excitante para mí, Deanna. Me encantan los juegos en el sexo. Me gusta morder, golpear, atar, agarrar con fuerza. Te dejaré marcas y prefiero avisarte desde el inicio. Así que ya sabes: "basta" es tu sentencia. Mientras no digas eso, serás mía para hacer lo que quiera y no servirá de nada resistirse.

La respiración de Deanna se volvió entrecortada, pesada, y vi su labio inferior temblar. Sus ojos adquirieron un tono más oscuro, típico de alguien lleno de deseo.

—Te equivocas. No quiero nada de esto… —Levantó el mentón y casi vi una sonrisa provocadora en su rostro.

Sin embargo, no había dicho "basta".

Tomé sus dos manos con una sola mía, manteniéndola inmovilizada, sujetando ambas muñecas sobre su cabeza.

Con la otra mano, levanté el tejido de su camisón y metí un dedo entre sus piernas. Solo con tocar su clítoris, Deanna cerró los ojos, mordiendo el labio inferior y respirando profundamente.

—Justo como lo imaginaba. Completamente mojada —solté en un gruñido ronco, sintiendo mi verga doler dentro del pantalón—. Me voy a divertir tanto contigo, *leonessa*. Espero que estés lista.

Deanna no respondió, pero estaba seguro de que lo estaba. Y mucho.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Podría amarte con los ojos cerrados

Besarte con los ojos vendados

Entenderte

Puedo abrazarte con las manos atadas

Mostrarte que soy el hombre indicado

Para entenderte

FIGURE YOU OUT – VOILÀ

Los ojos de Dominic estaban fijos en los míos, y pude ver que había empezado a revolver en el bolsillo mientras su otra mano sujetaba mis puños contra la pared. El hijo de puta ni siquiera me había besado aún, y yo ya estaba completamente segura de que aquello sería el mejor sexo de mi vida.

Perdí un poco el aire al darme cuenta de que lo que había tomado del bolsillo era una navaja. Abrió la hoja presionando un botón, y el sonido me hizo sobresaltar, llegando a hacerme jadear. Pasando la parte fría sobre mi hombro, deslizándola y apartando un mechón de mi cabello casi con delicadeza, cortó una de las tiras del camisón, haciendo lo mismo con la otra, pero con una lentitud muy, muy sensual.

Por tratarse de una prenda suelta en el cuerpo, no necesitó mucho más para que la ropa se deslizara por mis hombros, pechos, cintura y cayera a mis pies en un montón de tela, dejándome solo en la pequeña tanga de encaje blanco, transparente y delicada.

—Maldita sea,, Deanna… —dejó escapar mientras deslizaba la hoja fría de la navaja sobre mi cuerpo, pasando entre mis pechos. Por alguna razón supe que no usaría esa arma para lastimarme, pero la tensión solo me excitaba más. Quizá me gustaba un poco de perversión—. Eres tan bonita. Voy a penetrarte tanto, pero tanto…

Dominic dejó la navaja sobre la mesa cercana y usó su mano firme para agarrarme una teta, rozando el pezón con el pulgar. Necesité inhalar más fuerte, pero él se inclinó, rozando sus labios con los míos. Los abrió, manteniendo el contacto, moviendo la cabeza para que su boca tocara otras partes de mi rostro, sin llegar a besarme de verdad.

La lengua apareció de nuevo sobre mis labios, rozando solo la punta, siguiendo el contorno y la curva bajo la nariz.

Pensé que nunca me besaría de verdad, hasta que soltó mis puños y Dominic sostuvo toda mi nuca con una sola mano, hundiendo los dedos en mi cuello y apretándolo.

Había dicho que quería dejar marcas en mí, ¿no? El hombre iba a dejarme roja por completo, sobre todo cuando me apretó con fuerza el brazo, presionando como si quisiera atraerme aún más hacia él, aplastando mis pechos contra su pecho duro como roca.

Pero el beso…

No era un beso cualquiera. El hombre besaba como si hiciera el amor con mi boca. Su lengua exploraba sin prisa, invadiendo y tomando posesión, en contacto con la mía de un modo que alternaba entre lo suave y lo feroz, mostrando que esas eran, de hecho, las facetas de mi marido.

La mano que había estado en mi nuca descendió hacia la curva de mi espalda, caliente contra mi piel desnuda, y sentí la presión de sus dedos, intentando acercarme más a él.

Nunca me había sentido tan vulnerable en mis veintitrés años.

El beso continuó, continuó y continuó, y Dominic arqueó la cadera para que sintiera lo excitado que estaba. Al hacerlo, volvió a jugar con mi pezón, girándolo entre los dedos con fuerza, sin delicadeza. Un pequeño adelanto de lo que sabía que tenía intención de hacer.

Cuando se separó, dio un paso atrás, quitándose el cinturón y la corbata. Había fuego en sus ojos, y entendí que era la señal de que estaba listo para empezar lo que tuviera en mente.

—Gírate de espaldas, apoya las manos en la pared y abre las piernas —ordenó.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? —pregunté, provocativamente, porque sabía que le gustaba.

—Si no lo haces por las buenas…

Agarrando mi brazo, me puso frente a la pared. Se agachó y sujetó uno de mis tobillos, llevándolo hasta apoyarlo en la base de la mesa. Con el cinturón, Dominic lo ató allí, bien junto a la madera, de modo que no pudiera moverlo.

Alejándose, fue al otro lado, repitiendo el movimiento, abriendo mis piernas y atando el otro tobillo al pie de un sillón pesado. No podría cerrarlas.

Sin paciencia, tomó mis manos, presionándolas contra la pared, levantando un poco mis caderas. Parecía una sospechosa lista para ser registrada.

—Si quitas las manos de la pared, serás castigada —dijo, y para demostrarlo, me dio una palmada en el trasero. No fue fuerte,

pero sonó lo suficiente para hacerme sonrojar.

Por el rabillo del ojo, vi a Dominic tomar de nuevo la navaja, solo para cortar la tira lateral de mi tanga, dejándola caer al suelo junto con mi camisón.

Dejando el objeto de lado, pasó a la acción, con dos dedos, penetrándome bien profundo, girándolos en forma de gancho. Estaba tan húmeda que hacía ruido.

—Estoy ansioso por que mi verga quede toda empapada de ti, *leonessa* —dijo al oído, haciéndome gemir bajo y mover las caderas buscando más—. ¿Vas a moverte así cuando estés en la cama también? ¿O sentada sobre mí?

Ni podía responder, y mucho menos cuando intensificó los movimientos, más fuertes y rápidos.

Sin pensar, terminé quitando las manos de la pared, buscando algo a qué aferrarme. Tanteé el aire, pero Dominic lo vio.

—Te dije que no quitaras las manos de la pared. Tendrás que abrir más las piernas, chica rebelde.

Dicho esto, movió el sillón un poco más lejos. Realmente tuve que abrir más las piernas.

Cuanto más amplia mi apertura, más profundo llegaba; más enloquecida me sentía.

Hizo eso dos veces más. En cada ocasión, separaba el sillón unos centímetros, sin incomodarme en la posición, pero causando un efecto devastador en el mejor sentido.

Sabía que se había quitado la camisa, y podía sentir el calor que emanaba de su pecho, especialmente cuando se acercó, rodeando mi cuerpo y llevando sus manos a mis pechos, apretando los pezones con la misma intensidad que me hacía gemir.

Incliné la cabeza sobre su hombro, y él lamió mi boca, bajando la lengua por mi garganta.

—Estoy yendo despacio contigo porque es nuestra noche de bodas.

—Mi opinión es que hiciste publicidad engañosa —dije, maliciosa, aunque mi jadeo delataba que estaba muy involucrada.

—Mis dedos están pegajosos, *leonessa*. Es difícil de creer.

A pesar de su comentario, Dominic se agachó y soltó mis tobillos, girándome hacia él. Presionándome contra la pared con fuerza, mi boca fue devorada de nuevo por otro beso.

Le gustaba besar, eso estaba más que claro. Tanto que, mientras nuestras lenguas se enfrentaban, Dominic gruñó y me tomó por los muslos, levantándome del suelo y manteniéndome con las piernas entrelazadas en su cintura.

Aún besándome, me llevó a la cama, arrojándome allí y girándome sobre mi abdomen con tal brutalidad que también me dejó sin aire.

Elevando mi trasero, fue bajando besos por mi espalda. Luego sentí su lengua caliente en mi entrepierna, y supe que, con ese inicio de sexo oral, no duraría mucho sin acabar. Sus dedos jugando con el clítoris. Su boca chupándome con deseo. Sabía exactamente lo que hacía.

Me entregué, gimiendo fuerte y moviendo las caderas contra su boca, acabando con tanta intensidad que terminé tirada boca abajo, pero él me giró de nuevo, quedando frente a frente.

—No puedo esperar más. No puedo… —dijo con voz ronca, y se metió en mí, deslizándose en lo húmeda que estaba—. Mierda… tan deliciosa. Tan caliente y apretada. Maldita sea, Deanna, me voy

a volver adicto a ti. Vas a vivir atada a mi cama solo para no salir nunca, de lo mucho que voy a querer meterte la verga, *leonessa*.

Con eso, embistió por primera vez. Estaba grande, duro y excitado, y podía sentirlo por completo.

Dominic se movía con tanta intensidad y fuerza que creía de verdad que los dos íbamos a deshacernos en medio de tanto deseo y lujuria.

Me penetraba con ganas, con deseo, mientras él gruñía y yo gemía, arqueando el cuerpo y sujetándolo del cabello, arañando su espalda y sintiendo mis pezones ser mordidos, así como mis pechos y mi cuello. Sus dientes, de hecho, querían dejarme marcas. Y yo quería ser marcada.

Una de sus manos se metió bajo mi trasero, levantándolo para ir más profundo. También lo apretó con fuerza, deslizándose y dándome una palmada en el muslo. La deliciosa sensación de ardor que sentí fue lo que me llevó al límite.

Llegué al orgasmo primero, pero Dominic me siguió unos minutos después, y nos quedamos mirándonos, jadeantes.

Nadie podría negar que teníamos química en la cama. Ese sería un matrimonio con mucho, mucho sexo, sin dudas.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Tratando de disimular

Nuestra verdadera naturaleza

Nuestros caminos más primitivos

No serán rechazados

Intenté dominarlos

Pero enloquezco contigo

WILD OVER YOU - WARCUB

Aterrizamos en Nueva York dos días después de la boda, y me llevaron a la casa de Dominic, que a partir de ese día también sería mía. Me presentó a su ama de llaves, quien me mostró cada habitación y me presentó a cada persona que trabajaba allí. La mujer claramente no me aprobaba como su señora, probablemente porque conocía los rumores sobre mí, pero, lamentablemente, tendría que aguantarme.

Se trataba de una hermosa mansión, con un aire moderno y muy elegante. Claramente había sido decorada por un arquitecto, con ambientes bien distribuidos y colores cuidadosamente elegidos.

Me sorprendió, sin embargo, que Lora, la ama de llaves, designara un cuarto solo para mí, por orden de Dominic. Así que no dormiríamos juntos. Era bueno tener privacidad, sin dudas, pero no era algo común en mi país. Tal vez fuera trivial en el mundo de la Cosa Nostra, pero habíamos consumado el matrimonio, así que pensé que…

Bueno, no debía pensar. No sobre mí y Dominic.

Poco a poco fui intentando acostumbrarme a aquella realidad. No solo al lujo extremo, porque Dominic parecía ostentar más que mi propio padre, sino también a tener que dar órdenes y conformarme, al menos al principio, con ser una *ama de casa*.

Admiraba a las mujeres que tomaban esa decisión porque realmente querían hacerlo, dedicándose a su marido, a la casa y a los hijos por elección propia. Pero yo no era así. Por eso decidí seguir el ritmo unos días, para no dar pie a más rumores sobre mí.

Mientras tanto, tenía una tesis que escribir.

Logré ponerme en contacto con mi universidad, explicando más o menos la situación, sin entrar en detalles, pero informando que necesitaba viajar por un asunto familiar y que probablemente no regresaría pronto a Brasil. Fueron muy comprensivos y me propusieron presentar el trabajo de forma online. Fijaron una fecha, y tendría que organizarme para entregar la mayor cantidad de contenido posible a mi tutora con antelación.

Me sumergí entonces en los libros y en mi computadora, decidida a aprovechar todo ese tiempo ocioso, en aquella casa opulenta, haciendo algo productivo. Cuando Dominic llegaba, cenábamos juntos y luego nos íbamos a la cama, pasando horas entrelazados hasta que me levantaba, iba a mi habitación y dormía sola bajo sábanas frías y solitarias.

Nunca le pregunté, en realidad, si quería que me quedara. Simplemente me apartaba, por decisión propia y para no sentirme

humillada.

Podría ser peor, sin dudas. Pero no era la vida que quería para mí. Odiaba la rutina y el estancamiento, y esos momentos me hacían propensa a hacer cosas de las que después me arrepentiría, sobre todo si se trataba de llamar la atención de Dominic.

Nada entre nosotros había enfriado el sexo. Seguía siendo crudo, intenso, salvaje e insano. Hacía cosas conmigo que nunca imaginé que pudieran darme tanto placer. Pero notaba que se esforzaba mucho para mantenerlo solo en el terreno del deseo.

Y si iba a ser así, yo iba a provocarlo.

Esa noche sería la primera vez que saldríamos juntos después de la boda, ya como marido y mujer. Fuimos invitados a cenar a la casa de uno de los capos de Dominic; uno de los que sabía que había participado en los rumores sobre mí. Recordaba bien a su esposa en la boda, con miradas llenas de juicio y susurrándoles al oído a su hija pequeña y a su yerno.

Habría más gente allí, porque aparentemente celebraban sus veinte años de matrimonio, aunque estaba previsto que fuera una recepción pequeña, en su propia casa, con invitados muy selectos. Dominic, claro, estaba incluido por ser el jefe.

Durante la mañana, pedí que uno de los soldados asignados a mi seguridad me acompañara al centro comercial y compré un vestido discreto para la ocasión. Negro, sin escote, de largo adecuado. También compré un par de pendientes, un par de zapatos con tacón de unos diez centímetros y algo para el cuello que no pude resistir.

Cuando Dominic llegó a casa, yo ya me estaba arreglando, así que ni nos vimos. Terminé antes que él y bajé, esperándolo en la sala. Me serví un pequeño trago de licor, porque algo me decía que esa noche necesitaría un poco de alcohol.

Como hacía frío, me puse un abrigo grande sobre el vestido, con la solapa cubriendo el cuello, lo que me permitió guardar el secreto el tiempo suficiente.

Dominic bajó, elegante y guapo como siempre, y salimos, entrando en el auto con su chófer y con dos soldados siguiéndonos en otro vehículo.

Al llegar a la casa de la familia que íbamos a visitar, mi marido me ayudó a quitarme el abrigo para que la criada lo guardara, y lo primero que vi fueron los ojos de la mujer fijos en mi cuello, con una expresión de shock.

Dominic, dándose cuenta, tomó mi brazo y me giró hacia él, contemplando la hermosa gargantilla que había comprado. Era de cuero, con detalles de terciopelo, y de una argolla grande colgaba un colgante en forma de D cubierto de pequeños diamantes. Una extravagancia, pero mi marido sin duda tenía dinero de sobra para pagarlo cuando llegó la factura de la tarjeta de crédito.

—Con permiso —dijo. Sin más, todavía con la mano en mi brazo, comenzó a arrastrarme literalmente hacia un rincón, lejos de las otras personas.

Con su forma brusca, me presionó contra la pared, sujetándome por los hombros. Sonreí, porque era exactamente la reacción que quería provocar.

—¿Pero qué diablos es esto, mujer infernal? —Sus ojos color chocolate estaban abiertos de par en par y su mandíbula tensa. Dominic estaba furioso.

—¿No querían una demostración de sumisión? ¿Que me domesticaras? ¿Qué mejor prueba que esta? —Toqué la gargantilla con una mano, con una sonrisa traviesa.

Dominic se apartó, aturdido. Pasó una mano por su cabello, desordenándolo un poco.

—No sé qué pasa por tu cabeza, mujer. Me vas a dar un infarto a los treinta años. Estoy pagando por todos mis pecados contigo.

—¿No te gustó, marido? Pensé que te parecería increíble —dije, burlona.

Respiró hondo, poniendo ambas manos en la cintura y mirándome con una expresión que podría haberme intimidado si no fuera tan atrevida.

Entonces los ojos de Dominic cambiaron. Del odio, pasaron a llenarse de deseo.

Me gustaba más así.

Su enorme mano fue a la argolla de la gargantilla, agarrándola con un dedo con fuerza, tirándome hacia él hasta que nuestras bocas quedaron muy cerca.

—Me desconciertas, *leonessa*. Juré que esto nunca pasaría, que ninguna mujer sería capaz de hacer esto. Pero… ¡mierda! Si no eres lo más sexy del mundo con esa cosa en el cuello. Ahora solo quiero llevarte a casa y usar esto para domarte en la cama.

Todo mi cuerpo se contrajo, no solo por sus palabras, sino por cómo las dijo, susurradas, roncas, como un gruñido sensual.

Dominic se acercó aún más y nuestras bocas llegaron a tocarse. Nuestras respiraciones se mezclaron. Juré que me iba a besar.

—Maldito lápiz labial rojo —murmuró, pero con una chispa de lujuria en los ojos que casi me hizo temblar las piernas.

No dije nada, solo sonreí, mirándolo con el mismo hambre que me dirigía a mí. Si quería volver a casa y cancelar esa estúpida cena, no habría problema para mí.

Pero Dominic se apartó. Alguien tenía que ser la voz de la prudencia en esa relación, ¿no?

Volvimos cerca de la familia y, junto a ellos, fuimos recibiendo a otras personas que iban llegando. Era casi incómodo cómo me miraban, pero yo tampoco me sentía cómoda entre esas personas, siendo limitada constantemente y recibiendo miradas de juicio.

Las cosas podrían ser diferentes.

Aun así, intenté ser lo más simpática posible, especialmente con los niños, y aunque las madres intentaban mantenerlos, sobre todo a las niñas, lejos de mí, era agradable conversar y ver que mantenían la pureza incluso en medio del caos que vivían. Esperaba que algunas de ellas tuvieran la suerte de escapar de la violencia que sus padres provocaban.

Al terminar la comida, nos dirigimos a la sala. Las mujeres en un lado, los hombres en otro. La segregación era casi ridícula, pero esta vez me quedé callada, porque ya estaba cansada de involucrarme en asuntos que no eran míos. Con suerte, podría escapar de esa vida antes de involucrarme demasiado.

Y fue pensando en eso que volví mi mirada a Dominic.

De alguna manera, poco a poco, me estaba apegando a él. Obviamente tenía que ver con el sexo, con la química que había entre nosotros, pero debía admitir que era diferente a todos los hombres con los que me había relacionado hasta ese momento. Por más que viviéramos en mundos completamente opuestos, él encajaba conmigo. Éramos compatibles.

—Sí, querida… lo sé. Es todo un espécimen. —Una voz femenina irrumpió, y casi me sobresalté, girando hacia ella.

Era una señora de unos setenta años. Hasta donde sabía, era la esposa de uno de los capos más antiguos del grupo de Dominic. Hasta ese momento, había sido la más simpática conmigo.

—¿Quién? ¿Dominic? —pregunté, un poco perdida.

—Sí, él mismo. No es difícil entender por qué estás enamorada.

Me quedé sin palabras. Podría negarlo, pero estábamos casados, ¿cierto? ¿Cómo funcionaba ese asunto de matrimonios de conveniencia? ¿Debíamos fingir o la gente simplemente lo aceptaba?

La mujer rió al ver mi expresión.

—No te preocupes, querida. No necesitas fingir conmigo. Yo también me casé así, como todas las mujeres de nuestro medio. Pero a veces nos sorprendemos con nuestros propios sentimientos.

Seguí callada, echando otra mirada a Dominic.

No estaba enamorada de él. Involucrada, sin dudas. Atraída, sin dudas. Tal vez incluso me gustaba a cierto nivel, pero todavía no sabía bien cuánto. En la medida de lo posible nos entendíamos, pero no podía esperar ir mucho más allá de eso.

Más aún, no tenía intenciones de quedarme con él por tanto tiempo. Imaginaba que querría una esposa más acorde a los estándares, que no le desobedeciera tanto, que fuera más dócil.

—Estamos… intentando —respondí con una sonrisa, como la esposa devota que debía aparentar ser.

—Se están esforzando mucho. Me gusta ver que al menos una mujer entre nosotros no deja que su marido la controle. Yo nunca permití que el mío me tratara como a un felpudo, y por eso hoy tenemos un matrimonio excelente. Me caes bien, Deanna.

—Gracias. Es bueno escuchar eso en medio de personas que parecen juzgarme todo el tiempo —respondí, dejando caer los hombros, casi aliviada. Las otras mujeres nos evitaban, así que teníamos más libertad para hablar, con nuestras copas de vino en la mano—. Seguro no me dejarán entrar al club, de todos modos.

—Son envidiosas y prejuiciosas. No les gustas tú, pero tampoco les gusta Kiara Caccini, que cumple completamente con los estándares.

—¿Por qué no les gusta Kiara?

—Porque es feliz. Tiene un matrimonio con amor. Eso genera envidia. También hablan constantemente de Sienna Esposito… La pobre niña.

—¿Quién es Sienna Esposito?

—Ah, claro, perdón… no la conociste. Era una belleza de cabello rojo, acusada de traición junto a su hermano. Dudo mucho que ella estuviera involucrada.

—¿Qué le pasó?

—La mataron, claro. Pero la conocía desde pequeña, y era un ángel. Pasó años en un internado de monjas, aprendió a comportarse, y puedo jurar que tenía miedo del hermano traidor. No había una sola célula en esa chica que fuera mala como dicen todos. —Me quedé callada, escuchando. No sabía de quién hablaba, pero lamentaba que ni siquiera le dieran la oportunidad de defenderse—. Tu hermano, además, estaba profundamente enamorado de ella.

—¿Mi hermano? —Eso me sorprendió.

—Sí, al que llaman el Caballero de las Sombras. Alto, moreno, algo sombrío, de ojos azules misteriosos.

—¿Enrico?

—Él mismo.

—¿Enamorado? —Parecía una idiota con esa pregunta, pero era una novedad enorme para mí.

—Ah, sí. La gente piensa que los mayores son ciegos, pero vemos lo que otros no pueden. Tu hermano estaba muerto por esa chica, como todos los hombres, pero casi puedo apostar que ella sentía lo mismo. Habrían sido una pareja hermosa, en mi opinión.

Era especulación de su parte, claro, y pude notar que tenía una ligera -o no tan ligera- tendencia a los chismes. Simpática, amable, pero había que tener cuidado.

Aún así… no olvidaría esa información pronto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Veamos qué tan cerca puedes llegar a mí

Sin poner las manos sobre mi cuerpo

(¿Qué tan cerca vas a llegar de mí?)

Pero no voy a dejar que esto me afecte

Si no me amas como deberías

GET TO ME – AMBER DELAROSA

Me quité la bufanda que llevaba colgando de la solapa de mi abrigo, arrugándola en mi mano con mi guante de cuero, pero sin soltarla, porque todavía estábamos en el auto. No podía mirar a Deanna. Si lo hacía, no lograría controlar mis ganas de lanzarme sobre ella y metérsela allí mismo, en el asiento de aquel coche, con el conductor adelante.

En silencio, la vi llevar las manos a la nuca, probablemente para abrir el cierre de la gargantilla.

—No te atrevas a quitarte esa mierda —dije entre dientes, y Deanna me miró en silencio—. Y no vamos a casa.

—¿Ah, no? ¿A dónde, entonces? —preguntó, casi divertida.

—Si eres lo suficientemente valiente como para ser abusada así, espero que estés lista para asumir las consecuencias.

Eso fue todo lo que dije, hasta que nos detuvimos en la parte trasera de un edificio, esperando que se abriera una puerta. Era una fachada de ladrillo, con un aspecto sombrío, y en cuanto entramos, se reveló un pequeño estacionamiento subterráneo. El conductor detuvo el auto frente al ascensor, y todo lo que hice fue salir de un salto, rodearla y agarrarla del brazo, sacándola del coche conmigo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En mi club.

Mientras esperábamos el ascensor, la miré y vi una de sus cejas levantada.

—¿Qué vamos a hacer aquí, exactamente?

—Este club es un lugar privado, muy exclusivo y totalmente dedicado a la lujuria. Allí abajo hay chicas bailando, haciendo strip-tease y algunas son trabajadoras sexuales. Pero también hay espacios VIP, donde los miembros pueden… ejercer algunas fantasías, por así decirlo. Yo tengo el mío. Solo mío.

—Ah… —Sentí a Deanna estremecerse—. ¿Alguna vez pensaste que podrías traer a tu esposa aquí?

Fijé mi mirada en la de ella, serio. Apoyé una mano en la cintura y la otra en la pared, al lado de la puerta del ascensor que esperábamos.

—Ni en mis sueños más absurdos, Deanna —dije, y luego bajé la cabeza de nuevo, mirando al suelo y respirando hondo.

Claro que me atraía.. Era hermosa, encantadora, sexy, y nos entendíamos muy bien en la cama. Pero no era solo eso. Estaba atrapado en ella de una manera que nunca había sentido con nadie. Pensaba en Deanna cuando salía de casa a trabajar, me preocupaba por su seguridad y pasaba el día entero deseando que llegara la noche para estar con ella.

Deseaba estar dentro de ella, pero también quería sus risas cuando hacíamos algo tonto. Deseaba escuchar su voz. Deseaba los besos, incluso los más sutiles.

Eso me molestaba. De una manera casi irritante.

Entramos al ascensor y subimos hasta el último piso. Salimos a un pasillo que nos llevó a una puerta, que abrí con una llave que siempre llevaba conmigo.

En cuanto se abrió, Deanna miró de un lado a otro, encontrándose, obviamente, con un cuarto normal. Me alejé un poco para que pudiera mirar alrededor.

Era una habitación casi tradicional, con alfombras persas en el suelo, un papel tapiz oscuro, una cama grande, además de cuadros, un sillón y un sofá de cuero. Nada extravagante.

—Confieso que estoy decepcionada —bromeó Deanna, y mientras aún miraba, me coloqué detrás de ella—. Pensé que sería algo más divertido y…

No la dejé terminar, solo tomé mi bufanda, que había puesto en el bolsillo antes de bajar, y se la até sobre los ojos.

—No saques conclusiones precipitadas —dije con firmeza, mientras me alejaba un poco y abría otra puerta, al fondo. Entrando en el segundo cuarto, abrí un cajón y regresé junto a Deanna, que aún me esperaba en el mismo lugar. Lo cual era un milagro.

Seguramente escuchó el tintineo en mi mano, porque la vi contener la respiración. Y otra vez, cuando tomé el anillo de su gargantilla, tirando de él hacia atrás hasta colocarlo en su nuca. Le sujeté una cadena larga, enrollándola en mi muñeca y tirando, lo que obligó a Deanna a inclinar la cabeza hacia atrás.

—Tú me provocaste, *leonessa*. Toda acción genera una reacción. Todavía tenemos nuestra palabra acordada, ¿no? “Basta”

me hará detenerme. Tu silencio me hará continuar. —Esperé un momento por su respuesta, pero solo escuché su respiración acelerada—. Bien. Solo quiero que tengas en mente que aquí mando yo.

—¿Por qué?

—Porque estarás a mi merced. Aquí dentro, en este club, cuando vengamos, no aceptaré tus desobediencias. Si no estás dispuesta a aceptar eso, volvemos a casa y damos por terminada la noche en la cama, como una pareja normal.

—Definitivamente no somos una pareja normal.

—No, Deanna, no lo somos —dije, tirando de la gargantilla otra vez, lo que nuevamente la hizo jadear y echar la cabeza hacia atrás—. No tengo intención de humillarte ni de lastimarte. Son juegos, diversión, y te aseguro que te va a gustar.

—Acepto —respondió con tanta convicción que no me quedó la menor duda.

Solté la cadena por un momento, abrí la cremallera de su vestido y lo bajé, dejándolo caer. Deanna quedó solo con la ropa interior, que yo también retiré enseguida. Necesitaba verla desnuda. Completamente.

Tomé la cadena de nuevo, tirando de ella hacia el cuarto del fondo, y Deanna me siguió. Todavía llevaba tacones altos, así que no hice fuerza al moverla, solo la guié hasta el lugar exacto donde quería que permaneciera.

—¿Quieres decir que no puedo ver tu cuarto?

—No. Quiero que lo imagines.

Le levanté un brazo, sujetando la restricción de cuero que colgaba de una cadena desde el techo. Sujeté una de sus muñecas y lo repetí con la otra, dejando sus brazos bien extendidos. Abrí sus

piernas y coloqué otra restricción de cuero, con una barra en el medio, para que no pudiera cerrarlas.

La observé y sonreí.

—Eres una tentación así.

—¿Por qué estoy tan excitada, Dominic? Ni siquiera me has tocado —jadeó de nuevo.

—Es que te gusta, *leonessa*. Te gusta ser dominada, solo que aún no lo sabías.

Asintió, todavía agitada, y permaneció un poco más mientras ponía mis manos en su cintura, bajando mi boca hacia uno de sus pechos, chupando el pezón, succionándolo con fuerza, arañándolo con los dientes y jugando con la lengua.

Repetí el mismo movimiento con el otro, y Deanna echó la cabeza hacia atrás, soltando un gemido.

La sentí un poco más libre conmigo, sin miedo a mostrar que estaba disfrutando. Eso me excitaba aún más.

Ella me excitaba desesperadamente.

Por Dios, ¿quién podría imaginar que una esposa aceptaría ir a ese lugar conmigo?

Era más de lo que podía esperar. Y eso me asustaba. Mucho.

—Eres mía, Deanna. A partir de ahora. Mi esposa, mi mujer. Me perderé en ti, y tú te rendirás a mí de todas las formas.

Suspirando, ella asintió, y yo decidí cumplir aquella promesa.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Dejaré que me intoxiques

Porque no puedes negarlo

Dios, estoy tan excitada

Eres malo y eres mío

Te tendré mientras estés aquí

Deja que mis fantasías vuelen

FANTASIES – LLYNKS

Privada de sentido, de movimentos y de todo mi discernimiento, empecé a sentir mi cabeza girar.

No era posible que estuviera tan mojada y tan deseosa de esa manera. Casi podía percibir el aroma de mi excitación, y podía imaginar que Dominic también.

Solté un gruñido de frustración en el momento en que él tocó mi clítoris con el dedo, con tanta sutileza que parecía el roce de un fantasma. Luego lo movió, sujetándolo entre el pulgar y el índice, en una tortura casi dulce.

Apreté los puños con tanta fuerza que juraría que mis articulaciones se volvieron blancas cuando el dedo de Dominic me penetró, girando dentro de mí, acertando todos los puntos más

sensibles. Eché la cabeza hacia atrás, gruñendo otra vez, hasta que simplemente lo escuché alejarse.

Si pudiera, me habría frotado un muslo contra el otro para aliviar un poco el dolor del deseo que sentía, pero él se había encargado incluso de eso.

Y lo peor no era la desesperación de querer más, sino no tener la menor idea de lo que aún podía hacer. No poder ver lo que había en aquella habitación, pero imaginar que mil cosas aún podían ocurrir… Maldita sea, estaba muy, muy lista.

—Estás tan mojada que se te escurre por las piernas.

En cuanto dijo eso, sentí su lengua caliente lamiendo exactamente la parte interna de mi muslo, como si buscara gotas de chocolate o el jugo de una fruta que se hubiera deslizado furtivamente después de una mordida.

Chupó la carne cerca de mi entrepierna con fuerza, claramente decidido a dejar su marca.

Deslizando la mano por una de mis piernas, soltó la restricción que sujetaba uno de mis tobillos, y entonces mis pies perdieron el suelo cuando colocó mis piernas sobre sus hombros, dejándome suspendida, con la cabeza entre ellas, iniciando sexo oral en esa loca posición.

Me chupó con tanta intensidad y placer que solté un grito, o tal vez un gemido largo, tan largo que parecía que no había suficiente sonido para salir de mi garganta.

Acabé en su boca, y habría acabado más de esa forma si Dominic no me hubiera bajado y entrelazado mis piernas en su cintura, penetrándome con fuerza.

—¡Dominic! —grité su nombre mientras me movía en su regazo, sintiendo su embestida mientras agarraba uno de mis

pezones con los dientes, mordiendo sin dolor y luego succionándolo.

—Me estás volviendo loco, *leonessa*. Nunca… nunca ninguna mujer me ha hecho esto. ¡Maldita sea! ¡Nunca! —gruñó, y podía jurar que esa confesión salía de forma involuntaria. No parecía propio de Dominic entregarse así.

Siguió penetrándome de esa manera, como si fuéramos dos animales, hasta que dejó escapar un sonido gutural y me soltó, desatando mis puños de las restricciones, manteniendo mis piernas entrelazadas en su cintura y llevándome a la cama.

Me giró apenas estaba sobre ella, quitando la barra que sujetaba mis tobillos y, sujetando mis puños hacia atrás, la usó de nuevo, pero con un espacio menor entre las dos restricciones de cuero, probablemente ajustable, para sujetarlos.

Sentí la cadena de la gargantilla siendo agarrada y mi cabeza fue tirada hacia atrás mientras me posicionaba con las caderas levantadas. Primero introdujo el dedo. Entero, profundo. Sin mucho que hacer mientras embestía, mordí el labio inferior hasta lastimarme un poco. Pude percibir un leve sabor a sangre.

No tuvo piedad, moviendo el dedo dentro de mí, haciéndome sentir cada movimiento, mientras gemía, perdiéndome en la desesperación de querer tener un orgasmo una vez más, y tenerlo dentro de mí.

¿Quién era ese hombre? Era una catástrofe en mi vida, pero en el mejor sentido posible. Solo sabía que estaría arruinada para cualquiera otro cuando…

Bueno… era el momento, ¿no?

Nuestro matrimonio no iba a durar para siempre.

Interrumpiendo mis pensamientos, Dominic ejerció un poco de presión sobre la cadena, y entendí que quería que arquease más

la espalda. Me colocó sentada, pero me tomó de los muslos, levantándome del colchón y posicionándome en su regazo.

Podía sentir su miembro duro dentro de mí mientras me hacía sentar sobre él, invadiéndome con la autoridad de quien se estaba convirtiendo en dueño de mi cuerpo. Su boca vino a buscar la mía, como no había sucedido esa noche, y sentí un poco más de ternura en medio de toda la locura del sexo que estábamos teniendo.

El beso se moldeó como siempre, a nuestro ritmo, mientras nuestras lenguas se reconocían y se entrelazaban, calientes, danzando juntas. Una de sus manos fue a mi nuca, con su acostumbrado toque fuerte y dominante, mientras la otra pellizcaba mi pezón, mezclando seducción y perversión, algo que ya adoraba en nuestra conexión.

Dominic se movió debajo mío, y luego sus dos manos se colocaron en mis muslos mientras aún nos besábamos, haciéndome rebotar. Pronto aumentamos el ritmo, y yo traté de impulsarme con las piernas mientras gemíamos desesperadamente.

Acabé de nuevo, y Dominic tardó un poco más en seguirme, pero cuando lo hizo, mi cuerpo se derramó sobre su pecho, y él me acomodó en la cama con cuidado, soltando mis puños solo para sujetarlos de nuevo en la cabecera.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, riendo.

—Asegurándome de que no te quites la venda. Vamos a mantener el misterio.

—¿Y si necesito ir al baño?

—Solo avísame. Irás vendada, en mi regazo.

—¡Qué absurdo! ¡Soy una mujer independiente! —Reí, divertida.

—Aquí no. Como dije, aquí mando yo —dijo Dominic mientras bajaba la boca de nuevo a mi pezón, que seguía muy sensible, haciéndome estremecer y moverse sobre la cama—. Eres mía para lo que yo quiera. Eso incluye torturarte toda la noche.

Y sería una noche muy, muy larga. Pero la mejor que había tenido en mucho tiempo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Los ojos miran hacia arriba

El mundo nos hace un gesto de despedida

Pero acaso sobreviviremos

Atrapados en nuestras mentes

Mientras los días pasan

Y nuestras pesadillas se vuelven reales

BORN TO DIE – EUPHORIA

Cuando cumplimos un mes de casados, decidimos hacer un almuerzo en nuestra casa, con la visita incluida de los Preterotti. Deanna se mostró entusiasmada por ver a su madre, así que le pedí -casi supliqué, en realidad- que no apareciera con ninguna sorpresa, pero me sentí casi aliviado cuando la vi vestida con un bonito vestido azul, sin collares, con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros.

Hermosa.

Era difícil no observarla y sentir el pecho oprimirse mientras la veía recibir a su familia. Enrico no apareció, algo que ya imaginábamos, pero Alessio y Cassia recibieron

abrazos que yo mismo nunca había recibido. Abrazos sinceros, llenos de ternura.

Yo no era el tipo de hombre que se preocupaba por eso. No me importaba la ausencia de sentimientos, de amor. O mejor dicho, no sentía lo que consideraba una completa pérdida de tiempo.

Me sentía cómodo así y pensaba seguir de ese modo, pero esa chica era completamente impredecible. Ella era un caos; un tormento. Pero yo estaba de rodillas por ella.

Cuando me lanzó una mirada de reojo, con una sonrisita boba en el rostro, me sentí listo para ser coronado como el idiota de la temporada, porque sabía que, desde el momento en que aceptara que estaba, de hecho, fascinado por ella, nadie podría detenerme y estaría dispuesto a darle la vuelta al mundo entero si fuera necesario para protegerla.

Alessio se acercó para saludarme, extendiéndome la mano, y por primera vez desde que conocía a ese muchacho no logré encontrar una sonrisa en su rostro. Parecía tenso, mirando a su padre con un odio que nunca antes había notado.

—¿Cómo están? —preguntó Alessio, lo cual me sorprendió.

Nunca fuimos amigos. Nunca tuvimos la intimidad para ese tipo de conversación o de confesión. Solo que yo sabía que podía tratarse de un sentido de protección hacia su hermana, ya que probablemente eso era lo que me estaba preguntando.

—Bien, en la medida de lo posible —respondí, comedido, sintiéndome un poco reticente. No es que

creyera que pudiera usar algo en nuestra contra, pero, tal como dije antes, él no era mi amigo.

—Deben estarlo, si siguen vivos. Juré que se matarían a la semana de matrimonio.

—No, no fue lo que pasó —respondí, dando un sorbo a la bebida que me habían servido. Sin alcohol, solo un refresco, ya que íbamos a almorzar en poco tiempo.

Alessio se quedó callado, moviendo la cabeza, con la mirada algo perdida. Entonces, después de unos instantes, volvió a hablar:

—¿Cómo es?

—¿Cómo es qué?

—¿Ser el marido de alguien a quien apenas conoces? ¿Tener que convivir con una persona así?

Ah, ¿entonces era a ese punto al que queríamos llegar?

Yo sabía lo que estaba pasando: Alessio finalmente había recibido la noticia de que tendría que casarse con la inocente Luna Cipriano.

Ya me había sentido exactamente como él: completamente perdido respecto a cómo podría ser mi matrimonio. Cómo sería tener que relacionarme con una mujer sobre la que no sabía nada, pero todo lo que conocía de ella me daba la sensación de ser una muñequita intocable.

Al final de cuentas, a pesar de que había ocurrido una muerte que no deseaba que sucediera, yo había tenido suerte.

—No tenemos mucha elección sobre nuestro destino, tú lo sabes bien. Desde el inicio deberías haber imaginado que habría una mujer prometida para ti.

—Soy el segundo hijo, Dominic.

—Eso no te protege de tener que seguir los protocolos. No puedes ser consentido a ese punto. Todos nuestros movimientos dentro de la Cosa Nostra son estratégicos en nombre de la organización. Especialmente cuando somos parte de lo que se podría llamar realeza. — Alessio se sorprendió un poco por mi trato nada conciliador respecto a su comportamiento, pero no dijo nada. Esperaba que tuviera claro que mis intenciones eran buenas, especialmente porque formábamos parte de la misma familia. Siendo su cuñado, debería llegar a ser como un hermano para mí.

—Esto está mal.

—No estuvo mal para tu hermana, ¿verdad? A la que arrancaron de su vida en Brasil y obligaron a casarse conmigo.

—Siempre me pareció mal, Dominic, pero soy solo uno. No puedo rebelarme contra un sistema entero para proteger a Deanna. Lo haría si pudiera.

—Entonces tampoco puedes rebelarte para cambiar tu destino. Cásate con la chica. Si la rechazas, quedará arruinada. Eso casi le pasó a Kiara, y casi mato a Giovanni por ello. Imagino que su padre estaría dispuesto a acabar contigo si la lastimas a ese nivel.

Alessio tragó saliva, probablemente dándome la razón. Sin embargo, fuimos interrumpidos por Deanna, que se acercó y se colocó a nuestro lado.

—¿Qué está pasando entre nuestros padres? —Se volvió hacia Alessio, y yo me sentí casi un intruso. Tanto que empecé a alejarme, pero Deanna levantó un dedo, impidiéndomelo—. Quédate. Necesito testigos.

—No sé de qué estás hablando —afirmó Alessio, pero no lo sentí muy seguro al respecto.

—¡Cómo que no sabes! ¡Míralos!

Miré a mis suegros y podría jurar que realmente había risitas bobas entre ellos, casi como dos adolescentes.

—No me metas en esto, Dee. Es tu madre.

—¡Y tu padre! —le respondió ella a su hermano, pero Alessio empezó a alejarse, dejándonos solos—. ¿Viste eso? Me ignoró.

—Es algo que pasa, *leonessa*. Algunas personas tienen la capacidad de ignorarte, aunque yo no siempre puedo —dije con una sonrisa complaciente y casi provocadora.

Deanna frunció el ceño, observándome. Sentí cuando se enderezó un poco, mordiendo su labio inferior, algo indecisa sobre cómo actuar. Yo ya conocía algunas de sus actitudes, así que su comportamiento ya no era un misterio total para mí.

—No me siento cómoda con esto, Dominic.

—¿Con qué? ¿Con que no sepa ignorarte? —bromeé, intentando aliviar la situación.

Ella puso los ojos en blanco.

—No. Con que mi madre vuelva a coquetear con mi padre. Tengo miedo, especialmente en la condición en la

que está.

Respiré hondo y puse una mano en su espalda, en un gesto casi involuntario de afecto. Eso pareció sorprender a Deanna, que lanzó una mirada por encima del hombro, intentando confirmar mi contacto, pero no me aparté.

—Tu madre es una mujer hecha y derecha. Vivió en este mundo incluso antes de que tú existieras.

—Pero eligió alejarse.

—Si tuvo esa elección una vez y ahora, tal vez, está considerando tomar el mismo camino, es porque algo muy fuerte la está impulsando.

—¿Crees que todavía ama a mi padre?

Solté una risa amarga y di un sorbo a mi bebida.

—¿Qué entiendo yo del amor, *leonessa?* Honestamente, soy la última persona que podría darte esa respuesta.

Nos quedamos mirándonos durante un tiempo, y me di cuenta de que terminé decepcionando a Deanna con mi afirmación. Tanto que asintió, ligeramente incómoda, y se alejó, regresando junto a su familia. O mejor dicho, junto a su hermano y su madre, ya que Massimo se dirigió hacia mí.

Su expresión no era la mejor, y menos aún cuando me entregó un papel.

—¿Qué es esto? —pregunté, observando las partes en blanco, ya que no había nada en el reverso y estaba doblado.

—Lo recibí hace algunos días. Quisiera que lo vieras, porque hemos contactado con una persona. El mensajero, nada más, pero sabe algo y es bastante inflexible.

De inmediato me puse en alerta, cambiando mi actitud de un hombre -casi- familiar a un hombre desconfiado.

Había algo en ese papel, y tenía la pésima impresión de que, si se lo habían enviado a Massimo y él estaba hablándome a mí, era porque tenía que ver con Deanna.

No me equivoqué. El mensaje era una amenaza velada contra mi esposa.

"El veneno no fue suficiente. Tendremos que ser más efectivos. Renuncia y estará a salvo. Si no, no podremos hacer nada".

—¿Lo tienen? —fue mi respuesta inmediata apenas terminé de leer. Logré controlarme, casi arrugando el papel entre mis dedos.

—Más que eso. Fue capturado en Nueva York, después de huir. Logramos rastrearlo.

—¿En Nueva York? —exclamé, lo suficientemente alto como para que algunas personas me miraran. Deanna no lo hizo, por suerte, porque tal como era, seguro querría saber de qué se trataba.

—Sí, por eso nos preocupamos.

—Demasiado cerca de Deanna… —La miré, viéndola sonreír mientras recibía a Kiara y Giovanni, que acababan de llegar.

—Nueva York es enorme, lo sé, pero…

—No lo suficiente, Massimo —gruñí de nuevo, irritado —. Ya se acercaron demasiado antes…

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi suegro, confundido.

Yo le había prometido a Deanna que no le contaría nada a nadie; que mantendría a su familia protegida de la información de que ella casi había muerto después de ser atacada en la tienda, mientras se probaba el vestido de novia. Pero las cosas habían cambiado. Ella podía estar nuevamente en peligro, y yo quería que la mayor cantidad de personas posible estuvieran al tanto para que pudiéramos protegerla.

—Hubo un atentado. Deanna terminó en el hospital, con un corte hecho por un puñal envenenado.

—¿Y por qué diablos eso no llegó a mis oídos?

—Porque ella me lo pidió.

—¿Y desde cuándo obedeces las órdenes de una mujer?

Me puse furioso con esa pregunta, al punto de querer agarrar a mi propio suegro del cuello de la camisa, pero me contuve.

—Desde que se trata de mi mujer.

Mi afirmación probablemente lo dejó un poco sorprendido, especialmente a juzgar por la forma en que me miró.

—Nuestra discusión no nos llevará a ningún lado. Lo único que quiero es atrapar a ese tipo. ¿Cuándo podemos

ir?

—Más tarde. Es mejor que Deanna no lo sepa.

Asentí, y Massimo se alejó de mí, mezclándose con la gente con mucha facilidad. El día había terminado para mí. Ya no tenía el valor para forzar sonrisitas y fingir que todo estaba bien. Porque no lo estaba.

Me resultaba difícil encontrar puntos débiles en mí. Tenía cierta tolerancia al dolor y, como solo había una persona en el mundo que era muy importante para mí -mi prima-, eran pocas las oportunidades que encontraban para atraparme desprevenido. Para chantajearme.

Hasta que apareció Deanna.

La magnitud de la percepción de que ella me volvía más vulnerable me golpeó en ese momento como un rayo. Tanto que no me importó la hora que era ni el hecho de que todavía íbamos a almorzar, y fui a servirme una buena dosis de whisky en mi bar, esperando también tener unos momentos a solas.

Pero, por supuesto, ella no iba a permitirlo.

—¿Dominic? —Esa voz. Era una mezcla de dulzura, aunque no había nada demasiado dulce en esa mujer, con una ronquera sensual que me hacía recordar sus gemidos y su entrega. Además, se estaba volviendo cada vez más familiar, lo que me provocaba una buena sensación—. Estamos en la mesa. ¿Vienes?

—Voy. Solo necesito un minuto más —dije, sin mirarla, y Deanna pareció preocupada. No dijo nada, probablemente porque tenía un buen sentido del espacio y quería concedérmelo.

Antes de que se fuera, sin embargo, tomé su brazo y la atraje hacia mí, rozando sus labios con los míos en un beso suave.

Las cosas estaban distintas entre nosotros. Las miradas, los roces, la forma en que nos tratábamos. Era precisamente por eso que no podía permitir que se acercaran demasiado a ella.

Así que, más tarde, casi al anochecer, salí de mi casa acompañado de mi suegro y de mi cuñado, con la sangre hirviendo en las venas.

Una vez más, iba a matar por Deanna. A torturar por ella.

Pero valía la pena.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Ella me dice: "adórame en la cama"

El único paraíso al que seré enviado

Es cuando estoy a solas contigo

Nací enfermo, pero me encanta

Ordéname que me cure

TAKE ME TO CHURCH – MILCK

Me encontré caminando de un lado a otro, sintiéndome preocupada de una forma que no quería. Vi a Dominic salir de casa sigilosamente, y no parecía nada contento. Se llevó a mi padre y a mi hermano, lo cual tampoco debería ser buena señal.

Mi madre también lo notó, pero pasó gran parte de la tarde intentando distraerme de su ausencia y de la duda sobre lo que podría estar pasando. Era una artimaña muy poco realista, lo sabía, pero probablemente era la manera en que mujeres como nosotras conseguíamos sobrevivir en ese mundo: enmascarando la realidad con sonrisas falsas y esperanzas vanas.

Solo que yo ya había vivido un momento como ese. Había presenciado una tortura y no iba a olvidar esas escenas ni aunque pasaran cien años. Los gritos seguían aferrados a mi mente. Las imágenes eran como películas malas que se repetían una y otra vez

frente a mis ojos, cada día más borrosas, pero sin ninguna perspectiva de desaparecer.

Yo no era como las otras mujeres, porque lo había visto todo.

Por eso me mantuve tan inquieta incluso después de fingir ante mi madre que todo estaba bien. Incluso después de irme a mi habitación, intentando escuchar cualquier movimiento en la otra, la contigua, esperando que Dominic llegara para confrontarlo y tratar de entender qué había pasado. Por qué había salido de ese modo, llevándose consigo a casi toda mi familia.

Sería aproximadamente la una de la mañana cuando, de hecho, escuché un ruido, pero no provenía del cuarto de mi marido. Fue un golpe en la puerta.

Corrí a abrir, esperando que fuera Dominic, pero quien apareció frente a mí fue uno de los soldados de mi marido. Muy serio, muy rígido, sin siquiera mirarme.

—Buenas noches, señora. El señor pidió que viniera a buscarla.

—¿Buscarme para qué?

—Solo acompáñeme, por favor.

—Sí, pero necesito cambiarme de ropa y…

—El señor Ungaretti me pidió que la llevara de inmediato.

Me quedé mirando al hombre, intrigada por esa información.

—¿Envió a un carcelero, entonces?

—Señora, no sé nada, solo recibo órdenes.

Claro. El pobre hombre no tenía nada que ver con eso.

No estaba muy dispuesta a aceptar órdenes de mi marido de ninguna manera, pero en ese momento quería saber qué estaba pasando. Mi curiosidad no me permitiría simplemente cerrarle la puerta en la cara al soldado y volver a intentar dormir.

Extendí la mano hacia el perchero de mi habitación, tomé mi bata y me la puse con prisa mientras salíamos. Llevaba puesto un baby doll bastante decente, pero probablemente hacía frío afuera y no quería resfriarme por un capricho de Dominic.

Fui guiada por dos hombres hasta el auto, como si fuera una fugitiva. Subí y me llevaron sin saber cuál era mi destino. No tardé mucho en dejar de ignorarlo, porque pronto reconocí el camino.

Me estaban llevando al club.

Entrando por la parte trasera, como la otra vez, fui guiada hasta el cuarto VIP de mi marido. Cuando entré, él estaba ahí, sentado en un sillón de cuero, sin camisa, el cabello desordenado y un vaso en la mano. Sin hielo. Sus ojos parecían fríos y vacíos, como el día en que lo vi torturar a aquel hombre.

Un demonio. Un *diavolo*. Un ángel caído y atormentado, lleno de oscuridad en su interior.

—¿Ahora soy un producto que puedes pedir a domicilio? —pregunté, cruzándome de brazos, indignada.

Dominic levantó la cabeza muy despacio, mirándome con los ojos entrecerrados, salvajes y rudos.

No le tenía miedo, pero esa apariencia peligrosa me dejaba realmente excitada. Y expectante.

—Ven aquí. Siéntate en mi regazo.

—No sin que me des una explicación —afirmé con convicción.

—No habrá ninguna explicación ahora. ¿Qué fue lo que acordamos? Aquí dentro mando yo.

—No vine por mi propia voluntad.

—¿Viniste encadenada? ¿Alguno de mis hombres te cargó? —preguntó en un tono provocador.

—No, pero… ¿acaso tenía elección?

—Sí. Viniste porque quisiste. Entonces obedece y siéntate en mi regazo. Ahora.

Sopesé la situación durante unos instantes, decidiendo si valía la pena mantener mi orgullo o seguir adelante, intentando comprender qué quería Dominic.

Caminé hasta él, observando su mirada hambrienta sobre mí, y me senté sobre sus piernas. Dominic dejó el vaso sobre una mesa que no estaba vacía, pero no presté atención a lo que había allí, porque me coloqué de espaldas al mueble.

Sosteniéndome con más delicadeza de la que pensé que tendría, me besó. Inclinó mi cabeza hacia abajo, haciendo que nuestros labios se encontraran, y empezó a besarme de una manera que fácilmente podría dejarme sin aliento.

Su mano fue a parar a mi muslo, apretándolo con tanta fuerza que me vi obligada a cruzar las piernas, lanzada sobre su regazo y dejando que sostuviera todo mi peso con su cuerpo. Desató el lazo de mi bata con una de las manos, dejándola abierta, para masajearme el pecho casi con furia, rozando el pulgar sobre el pezón, todavía cubierto por la tela del baby doll.

No dejó de besarme ni un solo minuto.

Seguimos así durante un rato, hasta que Dominic me quitó el short. Con las manos firmes sobre mí, me hizo cambiar de posición, sentándome de espaldas a él.

Entonces usó su dedo para penetrarme.

—Muévete para mí, *leonessa.* —Fue otra orden, que no tuve forma de negar.

Me moví sobre su regazo, sintiéndolo dentro, bien profundo, lo que me hizo intensificar los movimientos. La otra mano de Dominic rodeó mi cuerpo, estimulando mi clítoris, y entonces me moví aún más.

Empecé a gemir bajito, sintiendo el calor recorrer cada una de mis células, a medida que mi cuerpo respondía cada vez más a los toques de mi marido.

Sentí que estaba a punto de acabar, pero Dominic dejó de tocarme, y finalmente bajé la mirada, viendo su camisa en el suelo. Estaba cubierta de sangre, lo que me hizo entender perfectamente por qué él se veía tan sombrío.

—Estás usando el sexo de la manera equivocada, Dominic. Podemos hablar, si quieres.

—Ahora no —gruñó.

Sin ninguna otra respuesta, sentí algo de cuero colocarse alrededor de mi cuello. Alcé la mano para tocarlo, sin poder verlo por su posición, sabiendo que esa no era la gargantilla que había comprado, ya que estaba en mi casa, entre mis cosas. Parecía más simple, pero con una argolla grande en la nuca y otra al frente, muy cerca de mi garganta, sin apretar.

Solté un sonido de sorpresa cuando Dominic me alzó en brazos, todavía impresionada por la facilidad con la que lo hacía, pero enseguida me dejó en el suelo. Sujetó una cadena a la parte delantera del collar y tiró de mí.

—Este es el único lugar donde permito ser domada de esta manera, lo sabes, ¿verdad? —dije, mientras él me quitaba la ropa.

—Lo sé y me gusta. No hace falta que me lo recuerdes, Deanna. Estoy perfectamente satisfecho con las cosas como están.

—¿Incluso cuando soy abusada?

—Especialmente cuando eres abusada.

Solté una risita y me sorprendí cuando me dejó frente a una cortina, que fue abierta.

Abajo podía ver todo un salón, donde había chicas bailando sobre un escenario, aferradas a una barra de pole dance, y parejas besándose, hombres jugando. Un antro de perdición. Había humo de puros alrededor, una vibra casi noir.

Los ojos de una de las personas se dirigieron hacia la ventana donde estábamos, en lo alto, y yo cubrí mis pechos de inmediato, pero Dominic me sujetó, llevándome los brazos hacia atrás y atándolos con una tela de seda, que juraría que era el lazo de mi bata.

—Es vidrio de doble cara. Nadie puede vernos aquí dentro. Solo quería que conocieras un poco del mundo que gobierno.

Era sexy, tenía que admitirlo. Erótico. Tanto que, cuando Dominic empezó a tocarme mientras yo observaba las distintas escenas que ocurrían abajo, el centro de mis piernas empezó a doler.

Acariciaba mis pezones al mismo tiempo que, abajo, un hombre hacía lo mismo con una chica. Otro la masturbaba, y yo era solo una voyeur, mientras era invadida por múltiples sensaciones a medida que era tocada.

Fue algo breve, pero aun así me dejó excitada. Entonces Dominic quitó el lazo que me ataba y lo colocó sobre mis ojos, vendándolos. Volví a ser alzada en sus brazos y llevada hasta la parte trasera del cuarto, donde ya había estado una vez.

Pensé que repetiríamos lo de la otra ocasión, pero Dominic colocó las manos en mi cintura, me levantó del suelo y me sentó sobre una especie de banco alto de madera. La argolla del collar estaba sujeta a algo que limitaba mucho mis movimientos, lo que me hizo quedarme sin aire, ansiosa

Sentí un beso en el dorso de mi mano, y él la estiró hacia un costado. Mi muñeca fue asegurada con una sujeción de cuero. Repitió lo mismo con la otra, y quedé con los brazos bien abiertos. Dominic tiró de mis caderas hacia adelante, dejándome en el borde del banco, y hundió la boca en mi sexo, que yo sabía que ya estaba húmedo.

Eso era lo que él provocaba en mí. No necesitaba casi nada para excitarme. No necesitaba mucho para que yo estuviera a su merced en todos los sentidos.

Dominic me penetró con los dedos, mientras usaba la lengua para lamer mi clítoris y los labios para succionarlo con fuerza, obligándome a cerrar las manos, clavando las uñas en mis palmas, seguramente dejando marcas.

Era imposible siquiera moverme para aliviar el deseo, y Dominic no estaba siendo amable. Era cruel. Muy cruel. Tanto que venía, me provocaba, me chupaba y me tocaba un poco, hasta que yo estaba a punto de gritar de placer, y entonces se alejaba, dejándome frustrada.

—*¡Diavolo!* ¡Te odio! —exclamé con un gemido, y él se rió.

—No me odias.

No, no lo odiaba. Estaba loca por ese hombre. Estaba empezando a entenderlo cada vez más.

Nos mantuvimos en esa tortura angustiante durante varios minutos, hasta que lo sentí completamente dentro de mí.

Por los gruñidos que Dominic soltaba y por la forma en que empezó a embestir con fuerza, supe que estaba descargando algo sobre mí. Por la manera cruda, por cómo su frente se apoyó contra la mía y por cómo sentí su respiración contra mi rostro. Por los sonidos animales, por lo tenso que parecía.

Tanto acabó más rápido de lo normal y no me sacó de allí. Yo todavía no había llegado al clímax, así que no parecía listo para terminar.

Reanudamos las rondas de tortura, en las que chupaba mis pechos, me mordía entera y me masturbaba mientras usaba la lengua por todas partes.

Y seguía sin dejarme llegar al clímax.

Es decir, él se había liberado, pero no quería que yo hiciera lo mismo.

—Te voy a matar, Dominic —gruñí, pero enseguida mi frase se transformó en un gemido. Quería echar la cabeza hacia atrás, quería hacer algo con mis manos, pero estaba completamente impedida. Y si eso no contribuía enormemente a lo desesperada que estaba por llegar al orgasmo, ya no sabría qué lo haría.

No sabría precisar cuánto tiempo mantuvimos ese "juego", que debía ser divertido solo para él. Dominic me hizo gritar de rabia, de descontrol, lo insulté e incluso supliqué, algo que juré que nunca haría. Pero él sabía exactamente qué puntos presionar para sacarme de quicio, solo para retroceder después.

Cuando finalmente volvió a penetrarme, de esa forma bruta, encontrando un ritmo, yo ya no conseguía controlar mis gritos.

Al acabar, Dominic llegó justo después, y en cuanto quedamos satisfechos, me soltó, dejándome con los pies en el suelo.

Intenté caminar, pero simplemente me desplomé, por suerte en sus brazos, sintiendo las piernas temblorosas y débiles por toda la intensidad de ese momento. Tuvo que alzarme y llevarme hasta la cama, acostándome en ella y acomodándose a mi lado.

Juré que, en su estado, me dejaría sola, pero me atrajo hacia él y me besó, susurrando algo que no esperaba:

—Estoy enamorado de ti, *leonessa*. Sería capaz de cualquier cosa para mantenerte a salvo. Esta noche se trató de eso.

De acuerdo, tenía toda mi atención.

Llevé la mano a la venda y me la quité, y a Dominic no pareció importarle. Probablemente necesitábamos hablar. De todo lo que había dicho en tan pocas frases.

¿Qué estaba pasando?

CAPÍTULO TREINTA



¿Quieres guardar un secreto?

Casi no puedo creer que

hayas caído de las estrellas

directo en mis brazos.

Desde lo más profundo de mi corazón,

nunca nos separaremos,

ni en el cielo ni en el infierno.

NOBODY ELSE – BLVKES

Me quedaba tanto por decirle, pero mi mente estaba completamente exhausta. Sentía como si cada pensamiento pesara una tonelada. Tanto que, poco después de llevarla a la cama, nos acostamos, y mientras le decía lo que consideraba casi una confesión, terminé cayendo en un sueño profundo.

Y lo peor: me desplomé sobre su pecho, con la cabeza entre sus senos desnudos, sintiendo sus dedos entre mi cabello, acariciándolo. Toques tiernos, inesperados, y el latido de su corazón en mis oídos. Estaba rendido.

Nunca me había entregado a un sueño tan profundo en los brazos de una mujer como lo hice con Deanna. Era una prueba total

de confianza, algo que no compartía con casi nadie.

Cuando desperté, ella también dormía, serena, con su cabello rubio esparcido sobre la almohada. La ropa de cama era completamente negra, lo que contrastaba muy bien con sus mechones dorados y su piel clara.

Levanté un poco la cabeza solo para mirarla mejor.

¿Qué me estaba pasando? Se suponía que era solo una mujer. Mi esposa, sí… pero no debía estar enamorándome de esa manera. No debía sentir este miedo desmesurado de perderla.

El día anterior, durante la sesión de tortura al hijo de puta que había llevado la amenaza hacia ella, sentí que había perdido la cabeza demasiado rápido. La cara del desgraciado estaba llena de hematomas, cortes, toda destrozada de tanto que lo habían golpeado. Lo desgarré con mi puñal, hasta arruinar mi camisa. Tomé un baño antes de tocar a Deanna, pero no pude volver a vestirme completamente.

Y todo eso era por ella. Por el sentimiento que poco a poco me estaba convirtiendo en un tonto.

Pero quería ser un tonto.

Levanté la mano y, usando los nudillos, le acaricié el rostro. Su cuerpo estaba estirado sobre la cama, completamente desnudo, y podía tocarla en cualquier parte. Podría despertarla con sexo oral o masturbándola, pero quise que fuera de esa manera, especialmente porque sentía un enorme nudo en la garganta.

Al sentir mi toque, Deanna se movió en la cama, y la sensación volvió a revolverme el estómago, sobre todo porque se acurrucó contra mí, pareciendo tan pequeña, tan indefensa… aunque sabía que era una leona con alma de guerrera.

Ya no me sentía racional respecto a ella. No podía confiar en mí mismo para mantenerla a salvo, no después de todo lo que hice esa noche.

No después de ver el cadáver de un hombre que estaba aliado con alguien que quería hacerle daño.

¿Qué no sería capaz de hacer si alguien se atreviera a tocarla?

Ella no era la única vulnerable. Yo también. No sabía amar así, porque todo lo que conocía del amor me lo habían enseñado como algo violento y necesario.

Realmente me volvería un diablo si fuera necesario para proteger su vida.

Mientras seguía pensando, Deanna abrió los ojos. Parecía aún cansada, pero la intensidad de su mirada me desarmó. Yo estaba apoyado sobre un codo en la cama, de lado, medio bobo, y me atrapó en el acto. No era mi estilo entregarme así, y podría haberme apresurado a disimular, pero no quise.

—¿Qué te pasa? —fue lo primero que preguntó—. Estás diferente. Hace un momento estabas lleno de oscuridad, y ahora pareces…

—¿Enamorado? Fue lo que dije —confesé de nuevo, sin miedo.

No… mentira. Estaba aterrorizado. Todo era tan nuevo para mí en ese aspecto, y no tenía idea de cómo manejar toda esa mierda.

Tenía la impresión de que Deanna tampoco estaba muy lista para esto. Tanto que se sorprendió un poco por mis palabras, aunque yo las repitiera.

—¿No esperabas esto? —le pregunté.

—Para ser sincera… no.

—¿No crees que un hombre como yo puede enamorarse? —Mientras hablaba, pasaba el dedo perezosamente por su rostro, bajando por su cuello, completamente hipnotizado por sus reacciones instantáneas.

—No conozco hombres como tú, Dominic.

—Tu padre, tus hermanos…

—No me refiero a eso. Digo que, de hecho, no conozco a alguien tan impredecible, intenso, que me saque de quicio en todos los sentidos. En lo bueno y en lo malo.

—Tú también me sacas de quicio. Me vuelves loco en todos los sentidos.

—¿En lo bueno y en lo malo?

—Definitivamente.

Quedamos en silencio por unos instantes, y Deanna me sorprendió tomando mi mano y jugando con el anillo que llevaba. Su pulgar acarició mi palma, algo completamente inesperado.

—Creo que tampoco esperaba sentir lo que siento por ti —dijo en voz baja. Podría haberle pedido que lo repitiera, que hablara más alto, pero no lo hice. Imaginaba que ya debía ser bastante difícil para ella decir algo así, así que no insistí.

—¿Qué sientes?

—No lo sé aún. Pero es confuso. Emocionante. Aterrador.

—Yo también estoy asustado.

Ella levantó una ceja.

—¿Tú? ¿Tienes miedo de algo?

—Sí, no es algo a lo que esté acostumbrado… —afirmé con cierto orgullo. Deanna puso los ojos en blanco—. También me preocupa tu seguridad. Llegaron amenazas. La persona fue atrapada en Nueva York; no muy lejos de nuestra casa.

Deanna respiró hondo, visiblemente preocupada. Era justo lo que no quería: que ella tuviera que temer por algo estando a mi lado. Pero justamente por ser mi esposa, eso estaba pasando.

—¿Eso fue lo que pasó hoy? ¿Era lo que estabas haciendo?

—Sí. Y me di cuenta de que ya no tengo discernimiento cuando se trata de ti. Fue entonces cuando entendí lo que estaba pasando.

Deanna comenzó a reír.

—¿En serio descubriste que estabas enamorado de mí torturando a otra persona? ¿Se supone que debería considerarlo romántico?

La agarré por las muñecas, sujetándolas contra la cama, mirándola seriamente a los ojos. Deanna dejó de reír de inmediato.

—No. Me enamoré de ti cuando me miraste por primera vez con esa cara burlona y me hiciste entender que nada sería fácil. Porque no quería algo fácil.

Ella suspiró suavemente debajo de mí, y sentí una necesidad desesperada de besarla. Puse nuestros labios juntos, pero no pude tomarme el tiempo que quería porque había algo importante que decir.

—Voy a necesitar alejarme de ti por un tiempo, *leonessa*. Tu padre dijo algo que creo que es cierto. Tal vez sea mejor que pases un tiempo en Los Ángeles, con ellos. Es la forma más justa de mantenerte a salvo, si al menos estás con tu familia.

Deanna frunció el ceño, sorprendida.

—Antes querías traerme a Nueva York de todas formas, diciendo que era más seguro. ¿Y ahora quieres enviarme lejos? —Parecía dolida, y eso me hirió profundamente, hasta hacerme cerrar los ojos unos instantes.

—Alessio y yo tendremos que hacer un viaje. Puedo dejarte con mis hombres, pero en Los Ángeles estarán Enrico y tu padre.

—¿Enrico? ¡Casi nunca está en casa!

—Pero hablamos con él. Se encargará de cuidarte. Y es solo por un tiempo, Deanna. Tu hermano y yo ya tenemos una buena pista sobre quién está involucrado.

—¿Quién?

—Pietro Cipriano, al menos eso fue lo que logramos sacar del sujeto. No sabemos si es cierto o si solo dio un nombre para despistarnos.

—Pero Luna… ella…

—Tenemos casi certeza de que la chica es inocente. Por eso planeamos usarla antes de que lo hagan por nosotros.

—¡No, Dominic! —exclamó, indignada—. No van a usar a esa princesita. No la lastimarán.

—No, no haremos nada que la dañe. Solo la sacaremos del convento donde está y convenceremos a Pietro de que, estando con nosotros, no está segura.

—¿Y será así?

—La chica es intocable. Su madre es hermana de Alfredo Pellegrini, jefe de Florida. Nunca podríamos hacerle algo a la chica sin crear una verdadera guerra con la familia que menos se involucra en conflictos de las cinco más tradicionales de la Cosa Nostra.

Deanna parecía un poco más tranquila, aunque aún podía sentirse la tensión en todo su cuerpo.

—Entonces… ¿eso es todo? ¿Me mandarás a Los Ángeles?

—¿Decepcionada? Para quien ni siquiera quería casarse, parece muy molesta por separarse de mí. —Deanna siguió seria, y el tono de broma se esfumó. Miré profundo en sus ojos—. ¿Me vas a extrañar?

Los ojos de Deanna se suavizaron, y juraría que eso ya era suficiente respuesta para mí. Respiró hondo y asintió, no con un simple gesto: parecía verdadero.

Extendí la mano para tocar su rostro de nuevo, acariciándola, usando las yemas de los dedos para dibujar los contornos de su mandíbula, mentón, boca, mejillas y nariz.

—Te voy a extrañar de una manera que será dolorosa, *leonessa*. Odio pensarlo, pero se ha vuelto una adicción —Empecé a repartir besos por su rostro, cuello y pecho—. Tu cuerpo. Tu voz. Tu tacto. Tu aroma. Quién eres.

Deslicé mis besos por su cuerpo, pasando la lengua sobre la carne de sus senos, por el espacio entre ellos; besos de lengua, con toda la boca, porque su sabor era adictivo.

Deanna arqueó el cuerpo, recibiendo mis besos con una entrega desconcertante.

—Yo también te extrañaré, Dominic.

Volví a perder mi boca en la de ella, hasta que vi cuando se soltó de mí y volvió a colocarse la venda sobre los ojos.

—¿Por qué haces eso? —pregunté curioso.

—No quiero arruinar el misterio de este cuarto, aprovechando que aún no he visto todo y porque está oscuro. Vamos a disfrutar

nuestras horas juntos hasta que regrese. Quiero que me la metas con ganas, marido.

Solté una risa ronca. Realmente estaba loco por ella.

—Dejaré un buen recuerdo para que pienses en mí cada segundo.

Entonces fui bajando hasta el centro de sus piernas, donde me perdí y me encontré al mismo tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Todos los secretos que guardo

son como una bomba dentro de mí.

He estado esperando ser libre.

Si me arrastras hacia abajo,

irás conmigo.

DOWN – SIMON FEAT. TRELLA

Con las manos en la cintura, observaba mis dos maletas en el suelo, esperando que alguno de los empleados de la casa las tomara para que me llevaran al aeropuerto. Dos autos, con dos soldados cada uno, nos seguirían, sin contar al conductor, que estaría armado y listo para defenderme. Me parecía un exceso, pero era la condición que Dominic había impuesto.

Llegué un poco antes de tiempo, pero no porque me sintiera ansiosa por partir. Al contrario. Juré que nunca me sentiría en casa en esa mansión, que jamás me acostumbraría a la vida de casada con un hombre que apenas conocía meses atrás, pero a Dominic, de hecho, lo extrañaría. Se había vuelto... especial.

Hasta sus empleados empezaron a llevarse bien conmigo, y la casa se volvió más acogedora y cómoda.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Por un momento pensé que sería alguien para llevar mis cosas, pero vi el rostro de mi propio marido esperando permiso para entrar al cuarto.

Era temprano, ni siquiera eran las ocho de la mañana, y él aún no se había preparado para salir. Habíamos dormido juntos después de pasar toda la noche enredados en la cama, pero me levanté antes que él, lista para organizar mis cosas.

Llevaba una camisa blanca, más ajustada de lo que sería saludable para mi cordura, de algodón, y pantalones negros de nailon, y estaba descalzo. Su cabello castaño estaba desordenado de un modo sexy, y sus ojos entrecerrados, aún somnolientos.

—Sabes que esto no me gusta, ¿verdad? No me agrada la idea de tener a mi mujer lejos de mí, sobre todo cuando está en peligro —dijo con su voz ronca de la mañana.

—Entonces renuncia.

—No puedo. Creo que estarás más segura allá, pero si me equivoco y sufres un solo rasguño, iré por ti y te traeré de vuelta el mismo día.

—De acuerdo.

Sonreí cuando Dominic se acercó. Un marido normal apoyaría sus labios en los de la esposa con un beso suave. El mío literalmente me agarró y me besó con fuerza, casi con rabia.

—Maldita sea… no quiero que te vayas. No quiero que te alejes.

—Entonces no me dejes ir…

—¿Quieres parar con eso? Si dices algo así tres veces más, voy a perder la cabeza y te voy a encerrar en este cuarto conmigo —habló en tono de broma, pero cuando abrí la boca para empezar a repetirlo, Dominic me cubrió la boca con un dedo, callándome—. No

puedo, *leonessa*. Además, hay otro motivo que creo que te va a incentivar a ir.

—¿Y cuál sería?

Antes de responderme, Dominic sacó su celular del bolsillo del pantalón y buscó algo, hasta llegar a la pantalla de una conversación de WhatsApp. Giró el aparato hacia mí y pude leer:

ROSSI:

¡Lo logramos! Hay un riñón disponible para la Sra. Cassia.

¿Cuándo puede ser internada para los exámenes preliminares?

Me llevé una mano a la boca, impactada.

No, no era posible… ¿Era realmente lo que estaba pensando?

—Dominic… tú… —apenas pude terminar de hablar, sacando mis propias conclusiones.

—Sé que te preocupa el origen del riñón, y no quería que proviniera de algo sucio, por eso tardó un poco más. Fue una muerte natural de una mujer más o menos de la edad de tu madre, y ella era donante. Es lo más lícito que podemos conseguir en una situación así, considerando que estoy pagando por algo que normalmente tendría lista de espera... Pero entiéndelo.

La mano que cubría mi boca se posó sobre mi pecho, y sentía mi corazón latir tan fuerte que juraría que rompería la piel y explotaría frente a mí en mil pedacitos.

—Dios mío… —Me quedé sin palabras. No sabía qué decir, ni qué hacer con las manos. Ni siquiera cómo mirarlo sin que viera que las lágrimas empezaban a formarse en mis ojos, gruesas, pesadas.

¿Cuánto había esperado por ese momento? Sabía que no era la forma más justa, que había gente esperando un trasplante, que nos colaríamos y, lo más importante, que Dominic lo pagaría con dinero de todo tipo, incluso ilegal. Mi marido era un mafioso, un fuera de la ley, pero en ese momento nada importaba.

Mi madre viviría. Estaría bien.

No pude decir nada, solo me lancé sobre mi marido, llorando como una niña, abrazándolo y sintiendo sus fuertes brazos alrededor de mí.

—Gracias… gracias, Dominic… gracias… —repetiría esas palabras mil veces si fuera necesario, mientras su mano grande acariciaba mi cabello despacio. Sentí hasta un beso en mi frente, que precedió otro en la boca, pero con sabor a despedida.

Fue un beso lento, completamente diferente a los otros que Dominic me daba. Tenía un toque de romanticismo que me sorprendió.

Tanto que no podía dejar de pensar en cómo me miró cuando dije adiós, entrando al auto y partiendo. Parecía un niño desamparado, y eso me causó un leve malestar en el pecho.

Pensé en él durante todo el largo camino hacia Los Ángeles, pero tan pronto llegué a casa y pude abrazar a mi madre, que ya tenía la noticia, olvidé todo lo demás. Lloramos juntas y celebramos esa victoria por la que habíamos esperado tanto.

La acompañé en todo el proceso de exámenes, rodeada de los soldados de Dominic, en un ala del hospital cerrada solo para nosotras. La operación sería igual, y me sentía en una fortaleza, pero agradecida por lo que estaba sucediendo.

Todo salió de la mejor manera posible; mi madre estaba lista para la cirugía. Dominic estuvo conmigo por videollamada la noche anterior, calmándome. Como no podía dormir, él tampoco pegó un

ojo y me acompañó durante horas en la madrugada, intentando hacerme reír y hasta con un sexo increíble a distancia, lo que me relajó un poco.

Logré dormir un poco, pero temprano nos dirigimos al hospital. Besé a mi madre antes de que entrara a quirófano y me quedé con mi padre.

Fue un poco sorprendente que decidiera acompañarnos, pero estuvo a mi lado, muy preocupado. Quedó más que claro que aún tenía sentimientos por su ex esposa, y si estaban destinados a reconciliarse, que así fuera, y que ambos fueran felices.

No tenía mucha intimidad con él ni sabía qué decir, pero quería aclarar algunas cosas.

—Estoy enamorada de Dominic… —dije sin filtro, de repente, sin explicar nada.

Era irónico que la primera persona a quien le confesaba esa nueva verdad fuera mi padre y no el propio destinatario de mis sentimientos. Eso sucedería eventualmente, pero no quería confesárselo por teléfono ni videollamada.

Quería estar cara a cara, mirarlo a los ojos.

No podría decir exactamente cuándo me di cuenta, pero era real. Mi corazón lo sabía, reconocía las señales. Lo extrañaba, no solo por deseo sexual. Era mucho más que eso.

El *diavolo* me había conquistado. Quién lo diría…

—Me alegra por ti, Deanna. De verdad. Los matrimonios son… complicados. Pero pueden ser buenos. Siempre pensé, en el fondo, que combinabas más con él que tu hermana.

Era doloroso pensar en Stefania, especialmente sabiendo que ella quería casarse con Dominic. Tal vez tenía algún tipo de enamoramiento por él -lo cual no juzgaría, considerando lo atractivo

y carismático que podía ser-, pero yo había ocupado su lugar. Por más que ya no estuviera entre nosotros, era difícil no pensarlo.

—Tal vez… pero aún no estoy de acuerdo con cómo ocurrieron las cosas —dije, firme—. Fue una enorme suerte que nos entendiéramos, pero podría haber sido mucho peor.

—Podría. Lo sé, podría.

Pero él no pediría disculpas. Massimo Preterotti no se humillaba así.

Sin embargo, en ese momento no importaba. Teníamos que concentrarnos en mi madre y su recuperación.

Cuando el médico llegó, horas después, a avisarnos que la operación había sido un éxito, mi padre y yo nos abrazamos, sin importar las diferencias. Y cuando me encerré sola en el baño para llorar, pensando en todo lo que había sucedido hasta ese momento… empecé a pensar que, quizás, yo era una persona con suerte.

Al menos hasta ese momento.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



Hay algo perverso bajo mi piel.

Whisky, palabras y pecados desesperados.

Es un hambre que controla todas esas cosas.

Muérdeme el cuello y te dejaré entrar.

WICKED LITTLE MONSTER – VEDA

Fueron doce horas de vuelo, de Nueva York hasta Sicilia, nuestra tierra natal, donde Luna Cipriano estaba…

Bueno, tenía muchas palabras para definir lo que pensaba sobre la situación de la chica. Estaba escondida, confinada, prisionera, protegida, guardada como una reliquia que solo serviría para venderse a buen precio en un matrimonio por conveniencia. Enclaustrada en la hermosa Abadía de Monreale, había sido privada de todo lo que formaba su mundo, tanto de la mafia como de todo lo demás.

No era tan insensible como para no compadecerme de su situación. Pero eso no sería suficiente para impedir que hiciera lo que tenía que hacer.

Fuimos recibidos por una de las monjas, que nos condujo a la oficina de la Madre Superiora. Todo estaba preparado para que pareciera legítimo; una carta con el membrete de Pietro, además de

su firma falsificada por un especialista. Conseguimos todo a una velocidad récord porque no había tiempo que perder.

El documento era casi un poder legal, otorgando a Alessio, el prometido oficial de Luna, la autoridad para sacarla del convento y llevarla a casa. Solo que eso no era completamente cierto.

Sentados frente al escritorio de la madre, Alessio y yo esperábamos a que llegara. Mi compañero de viaje estaba nervioso, y sus piernas no dejaban de moverse.

—Sigo pensando que no soy la persona indicada para estar con la chica. Soy demasiado blando —comentó.

—Por eso eres la mejor opción. No la asustarás.

—¿Cómo que no, Dominic? Está prometida conmigo. Vamos a quedarnos solos no sé cuánto tiempo. ¿Qué espera? ¿Que una chica que vivió toda su vida confinada en un lugar como este, sin contacto con hombres y alejada de la maldad del mundo, comience a vivir una vida de encierro conmigo?

—Si mantienes tus manos lejos de ella, creo que las cosas pueden salir mejor —afirmé en un tono que no dejaba lugar a discusión.

—Ni siquiera he visto a la chica, Dom.

—¿Cómo que no? Estuvo en mi boda.

—No la miré. No tuve el valor. Ya sabía que estaban negociando nuestra unión.

—Eso es ridículo —dije con una risita cínica.

—No, no lo es. No fui hecho para nada de esto. Todo esto del compromiso... No podría imaginarme al mando, con poder sobre algo. No me imagino firmando un contrato con otra persona para ser

fiel hasta que la muerte nos separe. Una sola mujer, que apenas conozco y que, hasta donde sé, es intocable y me tendrá miedo.

—No sabemos si será así. Yo me sorprendí al final.

—Porque Deanna es diferente. Ustedes dos claramente fueron hechos el uno para el otro.

No pude responder a Alessio porque la puerta se abrió y vimos entrar a una mujer de mediana edad, con una sonrisa cálida, acompañada por una joven que la condujo y salió casi de inmediato.

Alessio y yo besamos la mano de la madre, que se sentó frente a nosotros y examinó el documento con atención.

—Perdonen la demora, estaba llamando al señor Cipriano para confirmar lo que me habían dicho.

Tragué saliva y respiré hondo, porque sabíamos que esa parte podía complicarnos, pero teníamos a alguien infiltrado en Florida que aparentemente había hecho su trabajo. El teléfono de Pietro había sido clonado y alguien fue pagado para imitar su voz a la perfección, aunque probablemente no habríamos necesitado tanta precaución, ya que la mujer sin dudas no hablaba con él lo suficiente como para llegar a estos términos.

—Él confirmó lo que dijeron, así que ya estamos autorizando a la chica. Deben tener paciencia, fue inesperado y no estaba preparada para esto.

—No tenemos tanta prisa —dije, sonriendo a la mujer, tratando de parecer lo más cordial posible. Claramente la madre no sabía quiénes éramos. O tal vez sí lo sabía, pero nos trató con tanta amabilidad que casi me sentí mal estando en presencia de una persona tan santa, siendo quien era.

—Les pido también que tengan cuidado con ella. Luna es una joven muy sensible, generosa, bondadosa, siempre se deja de lado

para cuidar a los demás. Debe ser protegida, pero es fuerte y sincera. No tiene mucha experiencia con hombres, y sé que será su esposa, señor Preterotti, por eso les suplico que la cuiden bien. La chica se volvió muy valiosa para nosotros, y hasta esperábamos que se quedara, porque nos confesó que su sueño era convertirse en novicia.

Alessio me miró con una expresión de desesperación que juraría que la madre notó.

Aun así, intenté suavizar el tema hablando sobre la idea de una donación para la abadía, lo que naturalmente derivó en una conversación más ligera sobre las obras de caridad que organizaban. Alessio permaneció en silencio todo el tiempo, frotándose las manos, extremadamente nervioso. El joven seguro y confiado que conocí había desaparecido por completo.

Esperamos aproximadamente dos horas, hasta que alguien tocó la puerta.

Delante de nosotros estaba la misma joven que había acompañado a la madre, con los ojos un poco enrojecidos por el llanto. Después apareció una chica muy bajita, de cabello castaño oscuro largo y ondulado, todavía cabizbaja. Sus hombros temblaban ligeramente y estaba claramente llorando.

No podíamos ver su rostro, ni siquiera cuando se detuvo junto a la mesa de la madre, como una estatua, con la cabeza inclinada.

La otra joven le dio un beso en la cabeza y salió, cerrando la puerta.

—Aquí está nuestra princesa. Luna, querida, estos dos jóvenes vinieron por orden de tu padre. Uno de ellos es tu prometido.

La chica siguió con la cabeza baja, sin decir nada durante unos instantes, pero quizá la curiosidad la venció, porque levantó

lentamente los ojos y su cabello castaño se abrió como una cortina, revelando su rostro.

Para ser sincero, en nuestra boda yo tampoco la había mirado bien, pero la sorpresa era innegable.

Era… hermosa.

Ojos grandes y expresivos, pestañas largas, labios carnosos y un pequeño lunar en la mejilla. Una joven bellísima, con un aire inocente y asustado.

Miré a Alessio a mi lado, y estaba boquiabierto, incluso llegando a levantarse de la silla. Impresionado, sin dudas. Tal vez no esperaba que su prometida fuera tan hermosa.

El problema era que esto se volvía extremadamente peligroso. Dos personas atractivas, una chica sin experiencia… se quedarían solas en una isla en Escocia, donde habíamos alquilado una casa bonita y cómoda.

Respiré hondo, tratando de calmar mis nervios. Aquella situación iba a salir mal. Mal como el demonio.

Todas las novicias y monjas abrazaron a Luna con cariño. Estaba más que claro cuánto la amaban dentro de aquel lugar. Lloraban, deseaban que tuviera una vida maravillosa y pedían que las visitara.

Cuando pusimos a la chica en el auto, en el asiento trasero con el cinturón de seguridad, la observé.

Alessio estaba a su lado y no podía dejar de mirarla, pero la chica volvió la vista hacia la ventana, conteniendo el llanto, aunque algunas lágrimas escapaban. A pesar de estar visiblemente afectada, no volvió a bajar la cabeza.

Punto para ella.

—Vamos a hacer un viaje, ¿de acuerdo, señorita Cipriano? —dije, tratando de ser lo más cortés posible.

—Sí, señor —respondió con una vocecita baja y dulce.

Seguí observándola por el espejo retrovisor. La joven movió las manos, bajando la cabeza por unos instantes, pero pronto la levantó, finalmente mirándonos.

—¿Por qué no vino mi padre a buscarme? ¿Por qué los envió a ustedes? —Tenía una voz melodiosa y suave, aunque quebrada por el llanto.

—Quiere que tú y Alessio tengan tiempo para conocerse. —La mentira estaba ensayada, pero juraría que no funcionaría. Quizá estaba acostumbrado a Deanna, que cuestionaba todo, pero Luna simplemente asintió, aceptando la explicación.

Tenía cierto tipo de confianza en la gente, lo que me incomodó levemente.

No le haríamos daño, pero la usaríamos como cebo. Hicimos todo lo posible para que no se diera cuenta. Con suerte, podría volver a su convento, como parecía desear, y ni siquiera tendría que casarse con Alessio. Yo mismo me aseguraría de que continuara allí, sirviendo a Dios como quería y recibiendo todo lo que necesitara.

Tomamos inmediatamente el camino hacia el aeropuerto y abordamos un jet privado rumbo a Escocia. La joven Luna no hizo preguntas, solo siguió todas las indicaciones, y en el avión vi a Alessio cubrirla con una manta cuando se durmió acurrucada usando tres asientos, agotada.

Nadie podría negar que él era un caballero, al menos, aunque ninguno de los dos dijo nada.

Llevábamos unas tres horas de vuelo de las siete que durarían cuando mi teléfono sonó. En la pantalla aparecía el nombre de

Pietro, y miré a Alessio, que estaba a mi lado tomando un trago de whisky. Mi cuñado se enderezó inmediatamente, y puse la llamada en altavoz, pero muy bajo, porque no quería que Luna escuchara, aunque estábamos en cabinas diferentes.

—Malditos, ¿dónde está mi hija? —fue lo primero que dijo.

No imaginábamos que descubriría tan rápido que teníamos a Luna, pero eso solo aceleraría las cosas.

—Tranquilo. No le haremos daño, Pietro. Planeamos mantenerla bajo nuestro control un tiempo y así asegurarnos de que deje de amenazar a mi esposa.

—¿De qué hablas, mocoso? —Su voz no tenía seguridad alguna. Mentía.

—No lo niegues. Tenemos fuentes y sabemos la verdad. Tu hija está con nosotros. Al menos por ella, sé un hombre.

Pietro quedó en silencio unos instantes, pero podía sentir la tensión al otro lado de la línea. Fue un movimiento inesperado nuestro involucrarla, pero ciertamente arriesgado.

—Se arrepentirán. Anoten lo que digo…

Dicho esto, colgó, y Alessio y yo nos miramos, temiendo las consecuencias, pero decididos a llegar hasta el final.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



Tú y yo podríamos gobernar dentro de un lugar de oro,

reviviendo todos nuestros déjà vus.

Simplemente no puedo mirar atrás,

hacia dentro de mi corazón,

porque tú me viste ahogarme en un mar de cuchillos

y me viste fingir que todo estaba bien.

VILLAINS – TEZATALKS

Sintiendo el cansancio acumulado, entré en casa después de pasar dos días seguidos en el hospital, lista para darme una ducha, cambiarme de ropa y dormir un poco en una cama. Mi madre llevaba casi una semana internada, y había un sistema de turnos para cuidarla. Incluso mi padre no quería alejarse, pero había dejado cuidadoras de guardia para cuando necesitáramos ausentarnos.

Podría haber vuelto antes a casa, pero preferí quedarme allí, siempre acompañada por soldados, porque Dominic perdería la cabeza si supiera que estaba sola o poco protegida.

Hablando de mi marido, apenas salí de la ducha, envuelta en una toalla, escuché sonar mi teléfono.

Corrí para atender, y tenía que admitir que oír su voz siempre era un deleite.

Esa vez, sin embargo, parecía un poco más reticente, así que intenté animarlo un poco.

—Parece que lo oliste. Acabo de salir de la ducha.

—¿Desnuda y mojada?

—Ajá —respondí en un murmullo, con la voz ronca, mientras me vestía.

—Tal vez debería ir a Los Ángeles...

Eso, sumado a su voz sexy, hizo que se me revolviera el estómago. Pero no era solo deseo. Era nostalgia. De verdad.

—¿Puedes? —Me sentí como una niña emocionada ante la posibilidad de un regalo de Navidad. En cualquier otra situación me habría avergonzado por mi arrebato adolescente, pero en ese momento no me importó.

Estaba cansada de los jueguitos con Dominic. Ya habíamos dejado claro que estábamos enamorados, así que lo mejor era aceptarlo.

—No, amor. No puedo —dijo con un tono de voz apesadumbrado—. Estoy en Escocia.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Estamos con Luna. Acabamos de aterrizar.

Me quedé callada un momento, porque sabía lo que eso significaba. O lo que podría significar de ahí en adelante.

Guerra.

—¿Cómo está ella?

—Desmayada. Alessio la sacó del avión y la cargó; ni siquiera así despertó. No sé si fue la tensión, porque la chica no paraba de llorar por haber sido sacada del convento. Al parecer quería quedarse allí.

—Es todo lo que conoce. —Hice una pausa, suspirando, terminando de ponerme el pantalón de algodón con el que iba a echarme una siesta—. Traten bien a la chica, por favor.

—No tenemos la menor intención de hacerle daño.

—Lo sé. Confío en ustedes.

Esa era la mayor prueba que podía darle; decir que confiaba en los dos, incluso después de todo lo que me había pasado.

Sentí a Dominic suspirar del otro lado de la línea, y eso me desarmó.

—*Mi manchi, leonessa. Molto.* —Normalmente hablábamos en inglés. Aunque yo era fluida en italiano, vivíamos en Nueva York y terminábamos usando el idioma del país, sobre todo porque Dominic había vivido allí casi toda su vida. Aun así, no podía negar lo excitante que era escucharlo hablar de ese modo, diciendo cuánto me extrañaba. Romántico.

—*Anch'io,* (yo también) —respondí.

Cuando colgamos, me acosté en la cama, lista para dormir una siesta. Esperaba no dormir demasiado, porque quería aprovechar el resto del día para escribir un poco mi tesis. Como había una cuidadora en el hospital que era muy dedicada y con la que mi madre se llevaba muy bien, estaría tranquila hasta el día siguiente.

Todavía eran las nueve de la mañana, así que mi plan era dormir hasta el almuerzo y pasar toda la tarde trabajando.

Llegué a quedarme dormida, pero escuché movimientos en la casa. Mi sueño estaba frágil y ligero, en alerta, porque me había acostumbrado a dormir en el hospital, así que me desperté.

Oí la voz de mi hermano por teléfono. Probablemente no sabía que no estaba solo en casa -con excepción de los empleados-, por eso parecía hablar más de lo que yo lo había escuchado en mucho tiempo. Hablaba en italiano todo el tiempo, y yo tenía la impresión de que lo hacía para que los empleados no entendieran.

De hecho, esa era una particularidad que mi padre se había encargado de dejar clara. Todas las personas que trabajaban en su casa hablaban solo inglés, precisamente porque cuando necesitaba hablar de algo que no quería que nadie supiera, usaba el italiano.

Sin duda, eso era lo que Enrico estaba haciendo sin saber que yo estaba presente.

—Me atrasé un poco, pero ya estoy saliendo. —No quería entrometerme, pero fue imposible no escuchar—. No voy a olvidarlo, Sienna. Lo recojo antes de ir para allá.

¿Sienna?

Pero qué diablos...

Solo podía ser otra. No era posible que se tratara de Sienna Esposito, que había sido mencionada antes y que... estaba muerta.

Mi hermano no podía estar hablando con un fantasma. ¿O sí?

Dijo algo más, y yo salté de la cama, tratando de hacer el menor ruido posible, siguiéndolo y viéndolo dirigirse hacia el garaje de la casa por la ventana. Destrabó el auto, hizo el gesto de entrar al volante, pero se detuvo y regresó.

Bajé las escaleras intentando ser lo más silenciosa posible y lo vi entrar al baño de la planta baja. Eso me dio la oportunidad que necesitaba para correr al garaje, escondida de todos, abrir la puerta

de su auto, que había dejado destrabado pero no volvió a asegurar, y meterme. Me encogí en el suelo, en el asiento trasero, esperando no ser vista. Con la prisa, ni siquiera llevé el celular ni me cambié de ropa.

Cuando Enrico volvió, recé para que no me notara, pero estaba completamente concentrado, porque salió sin ningún guardia, con los vidrios del auto cerrados, poniéndose gafas de sol y con el cabello recogido en una cola de caballo.

Tuve miedo de hacer algún ruido, de necesitar toser o de golpear algo, así que permanecí completamente inmóvil. El auto de mi hermano era muy espacioso y yo era bastante pequeña, lo que ayudó mucho, pero aun así fue totalmente incómodo, sobre todo porque el trayecto duró más de una hora, sin dudas.

Enrico se detuvo a un lado de la carretera, cerca de una tiendita y bajó. Fue el tiempo que tuve para estirarme y moverme un poco, pero no tardó demasiado en retomar la ruta.

Era una zona más apartada, y vi el cartel de Running Springs, lo que nos dejaba bastante lejos de casa. Fuimos aún más lejos, llegando a una región boscosa y pasando junto a un lago. Eso podía verlo a través del vidrio trasero del auto, completamente encogida detrás del asiento. Nos detuvimos frente a una cabaña casi romántica, toda de madera, y fue allí donde Enrico estacionó finalmente.

Para mi suerte, no cerró el auto con llave. No tardé en entender que lo hizo porque estábamos dentro de una propiedad privada.

Esperé un poco y logré abrir la puerta, bajando despacio y escabulléndome como si fuera una espía, directo hasta la ventana más cercana, cuyas cortinas estaban entreabiertas.

Por la pequeña rendija, lo único que alcancé a ver fueron mechones de un cabello muy largo y pesado, de un tono rojo muy

particular.

Sienna era pelirroja, ¿no? Eso había dicho aquella mujer en el evento.

Dios mío... mi hermano estaba escondiendo a una traidora.

Tampoco podía olvidar lo que se había dicho aquel día, que Enrico estaba muy enamorado de la chica.

¿Qué estaba pasando?

Intenté ver algo más, pero salí corriendo hacia el auto cuando me di cuenta de que Enrico estaba regresando.

Luché por volver a la misma posición, teniendo en cuenta que tenía la espalda hecha polvo, pero me tiré como pude, porque Enrico empezó a conducir de nuevo.

Logré permanecer oculta unos diez minutos, hasta que mi hermano probablemente notó algún movimiento y se detuvo a un lado de la carretera.

Un arma fue apuntada hacia mí, y levanté las manos en señal de rendición.

—Tranquilo, Rico, soy yo. ¡Soy yo! —grité, desesperada, y lo vi fruncir el ceño.

—¿Deanna? *Cazzo Minchia* —maldijo como un loco, sin bajar el arma—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Yo debería preguntarte eso. ¿Qué diablos estás haciendo con Sienna Esposito?

—¡Esto no es asunto tuyo! —Enrico prácticamente gruñó—. ¿Estás espiando para Dominic?

—¡Claro que no! Si Dominic se entera de esto, estás muerto. O peor... ¡él la mataría a ella!

—Me gustaría verlo intentarlo —volvió a gruñir mi hermano, con un instinto de protección muy marcado.

—No le voy a contar a nadie, Enrico, con tal de que me expliques exactamente qué pasó. ¿Por qué estás con ella?

—Ya te dije que no es asunto tuyo. Te voy a llevar a casa y te vas a quedar callada.

—Solo me quedo callada si me lo dices. De lo contrario, voy a pensar que estás traicionando a mi marido, así que no voy a poder callarme —afirmé muy seria, mirándolo a los ojos. Cara a cara.

La respiración de Enrico se fue acelerando cada vez más, hasta que soltó un gruñido de frustración y bajó el arma.

—¡Estás en pijama, Deanna! ¿Cómo pude no verte en todo el viaje?

—Tal vez estabas distraído. Y si estás escondiendo a una traidora en este fin del mundo, deberías estar un poco más atento.

—Ella. No. Es. Una. Traidora —respondió, marcando cada palabra entre dientes, con tanta convicción que llegué a sobresaltarme—. ¿Quieres hablar, Deanna? Hablemos, pero vas a tener que escucharme y tratar de entender.

Enrico se giró hacia adelante para empezar a conducir, pero fue en ese exacto momento cuando nos dimos cuenta de que el auto estaba rodeado.

Volvió a sujetar el arma, pero, con un movimiento rápido, la puerta de mi lado fue abierta y me arrancaron del auto.

No logré ver nada más, porque recibí un golpe en la cabeza que me dejó inconsciente, arrastrándome a la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Él dijo: no hagas esto.

Perdóname.

Está implorándome misericordia.

Lo miré a los ojos,

le di una sonrisa torcida,

acabé con su angustia.

Y ahora hay

sangre, sangre, sangre en el agua.

BlOOD IN THE WATER – JOANA JONES AS THE DAME

Desperté sintiendo ya mis movimientos limitados. Tenía las manos y los tobillos atados. Había un trapo en mi boca que me impedía hablar. Cuando abrí los ojos, tardé en lograr ver a mi alrededor, porque me costó acostumbrarme a la luz.

Tuve que parpadear varias veces hasta que, por fin, pude distinguir algo.

Enrico estaba a mi lado. Sin camisa, con las manos atadas a la espalda contra una columna, varios golpes y heridas esparcidos por el pecho. Llevaba el pelo suelto, que le cubría los ojos, cerrándose

como una cortina. Tenía la cabeza gacha, pero podía ver su respiración.

Pensé que estaba inconsciente, pero oí pasos acercándose y, en el momento en que un hombre desconocido apoyó una mano en mi hombro y me tironeó sin ningún cuidado para obligarme a sentarme, la voz de mi hermano sonó, nada paciente:

—Te vas a arrepentir si pones las manos sobre ella.

Fue todo lo que dijo, pero su voz sonaba agitada, áspera.

Mis manos fueron desatadas solo para volver a ser amarradas al somier de una cama vieja, de hierro, y sentí cómo empezaba a temblar. No sabía qué podían hacerme, sobre todo si eran enviados de Pietro Cipriano; si ya sabían que la joven Luna había sido secuestrada.

—No vamos a lastimar a tu hermana, pero podemos hacerlo si no se comporta. Ya sabemos cómo es —dijo el hombre en inglés, con un acento marcado, aunque no italiano. ¿Ruso, tal vez?

Eso era bastante preocupante. Hasta donde yo sabía, la mafia italiana y la mafia rusa no eran precisamente viejas amigas.

—Lo que tengan que hacerle, háganmelo a mí —volvió a decir Enrico, lo que me sorprendió. No esperaba un tono tan protector, mucho menos una oferta de sacrificarse en mi lugar.

Después de todo, era mi hermano. No teníamos una relación cercana, no éramos amigos, y podía decir con seguridad que no lo conocía tanto como debería o como me habría gustado, pero Enrico estaba sosteniendo mi mano cuando menos lo esperaba.

No quería que le hicieran daño.

—Será un placer, *ragazzo.* —Usó el italiano de forma despectiva, dejando claro que no era su lengua materna.

Uno de los hombres que estaba cerca de mí caminó hasta Enrico y le dio varios golpes cobardes, sobre todo en el estómago. Grité detrás de la mordaza, oyendo mi propia voz amortiguada. Intenté forcejear, aprovechando que lo que me ataba eran cuerdas, esperando que cedieran, pero lo único que conseguí fue sentir cómo se lastimaban mis muñecas.

Observé a Enrico, y él ni siquiera gritó, ni siquiera se quejó. Cuando recibió un golpe en el rostro, apenas lo giró hacia un lado durante unos segundos y luego volvió a enfrentar al agresor, mirándolo a los ojos con una mezcla de indiferencia y ferocidad que resultaba incoherente, pero que tenía sentido cuando se trataba de él.

Mi hermano parecía inmune a todo. Eso me aterraba. Mucho.

—Es fuerte, ¿eh, *ragazzo*? Valiente. Vamos a ver si lo eres de verdad...

Intenté cerrar los ojos para no ver, pero enseguida el sonido de una descarga eléctrica me obligó a mirar lo que estaba pasando. Eso, y el olor a quemado que se extendió en el aire.

Le dieron una descarga en el pecho a Enrico. Lo vi cerrar los ojos con fuerza y apretar la mandíbula, pero nada más que eso.

De nuevo, su mirada vidriosa se clavó en el hombre que lo torturaba, con un gesto desafiante, cargado de una promesa.

Había algo muy oscuro dentro de Enrico. Algo que había sido provocado de una forma que yo no lograba imaginar. Mi hermano escondía secretos y, claro, Sienna era uno de ellos, como había descubierto poco antes, pero podía jurar que no era el único.

Mi hermano estaba hecho de sombras. Casi podía imaginarlo desintegrándose y dejando un rastro de cenizas detrás de sí.

—Creo que será mejor que pienses un poco en tu comportamiento. Pórtate bien o la próxima en salir lastimada será la hermosa hermanita. Sé prudente.

El torturador de Enrico se fue, haciendo una seña a su compañero, dejando la sala en la que estábamos, que se parecía demasiado a un galpón. Uno muy similar a aquel en el que había presenciado la violencia contra el enemigo.

No podía decirle nada, pero murmuré el nombre de mi hermano detrás de la mordaza, y él me miró. Tenía nuevas heridas en su hermoso rostro, además de en el cuerpo, sobre todo en su pecho musculoso, que subía y bajaba con dificultad al respirar.

—¿Deanna? —me llamó y, apenas lo hizo, escupió en el suelo, manchándolo de rojo. Luego empezó a hablar en italiano—. Por favor, escúchame. Voy a sacarte de aquí. Nadie va a hacerte nada, porque no lo voy a permitir. Solo te pido que, cuando escapes, si no logro ir contigo, si no salgo con vida, no la dejes desamparada.

No hacía falta ser un genio para saber de quién hablaba. Simplemente no quería mencionar su nombre, porque, obviamente, temía que alguien estuviera escuchando.

—Nadie más sabe que ella está allí, porque no confío en nadie. No la traiciones. Ya ha pasado por demasiadas cosas.

Respiré hondo, observándolo, y por fin logré ver algún tipo de emoción en sus expresiones.

La mujer de aquel evento estaba equivocada. Enrico no estaba simplemente enamorado de Sienna. La amaba. Desesperadamente. Al punto de que solo mencionarla era lo único que lograba desestabilizarlo.

Si la amaba tanto, ¿qué más podía hacer yo sino asentir y aceptar ayudar a la chica?

—Bien. Voy a confiar en ti. ¿Tú vas a confiar en mí?

Yo quería hacerlo. Una vez más, era mi hermano, probablemente una de las personas en las que más debería confiar en la vida. Pero no se trataba solo de eso. Estábamos los dos atados, Enrico había sido lastimado, y era muy difícil tener la esperanza de que pudiera ayudarme, o ayudarnos, en ese escenario caótico.

Fuera como fuera, él era la mejor oportunidad que tenía. Estaba entrenado para defenderse, para atacar, y por la forma en que resistía la tortura, había un espíritu de lucha muy fuerte dentro de él.

Volví a mover la cabeza, asintiendo.

—Voy a necesitar tu ayuda. En cuanto vuelvan, haz que te quiten la mordaza para que puedas decir que tienes sed. Pide un vaso de agua, y yo haré lo mismo. El tipo que me golpeó no es el que se va a quedar con nosotros. Ya escuché una conversación entre ellos, cuando creyeron que yo estaba inconsciente. Tengo un plan en mente —hablaba con mucha convicción, y eso hizo que un destello de esperanza comenzara a nacer en mi pecho.

Era peligroso, porque sabía que solo con muchísima suerte lograríamos salir de allí.

A menos que ese no fuera su verdadero plan, sino otra cosa. Enrico parecía saber de qué estaba hablando, y yo había prometido confiar en él.

¿Qué otra opción me quedaba, después de todo?

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



Creo que voy a sentarme y mirar mientras eres destruido.

Retorceré el cuchillo y te dejaré con un dolor terrible.

Y no voy a parpadear, no voy a estremecerme,

porque, baby, soy una cobra.

SNAKE – HALFLIVES

Hacía un día que estábamos en Escocia y yo necesitaba irme. Dejar a Alessio con la chica podía ser una pésima idea, pero yo tenía cosas que resolver. Una de ellas, principalmente, era ir a ver a mi esposa. Dependiendo de los movimientos de Pietro, podría llevarla a casa. Eso era todo lo que yo quería.

La chica todavía parecía un animalito acorralado. Desde el auto, casi no escuchamos su voz, porque todo lo que le preguntábamos recibía respuestas que no eran más que murmullos y movimientos de cabeza.

Yo necesitaba dar el brazo a torcer y admitir que Alessio tenía una paciencia envidiable. Él la trataba con gentileza, cuidado y calma, intentando conversar incluso cuando yo, por ejemplo, ya no lo lograba. Poco a poco veía con claridad que Luna, al menos, empezaba a mirarlo. Incluso llegó a esbozar una sonrisa tímida y

muy discreta, lo que podía ser preocupante, sobre todo porque se sonrojaba cada vez que lo miraba.

Pero no era mi responsabilidad.

Yo estaba mirando por la ventana, observando una llovizna fina que caía, tomando una taza enorme de café, sintiéndome un poco incómodo por el hecho de que Deanna no me había llamado ni enviado mensajes. Intenté comunicarme con ella, pero tampoco lo conseguí.

Ella estaba a salvo. En la casa de su padre. Yo necesitaba concentrarme en eso.

Pero llevaba horas repitiéndome lo mismo y todavía no lograba convencerme.

Cuando, sin embargo, recibí un mensaje de Pietro Cipriano, mi corazón se saltó un latido, porque una mala sensación me invadió.

Y probablemente debería empezar a confiar más en mi intuición, porque lo que recibí fue un video, con imágenes de Deanna, con las muñecas y los tobillos atados a una cama, una mordaza en la boca, durmiendo con el cabello rubio esparcido sobre un colchón sin almohada.

—¡Te dije que no la toquen! —Una voz masculina hablaba entre dientes; entonces la cámara se deslizó hacia un lado y vi a Enrico, todo golpeado, también atado, sudado y con un aspecto feroz al intentar defender a su hermana.

La pantalla quedó completamente oscura, lo que indicaba que el video terminaba allí, con apenas diez segundos.

Debajo, un mensaje:

PIETRO:

Un intercambio justo, ¿no te parece?

Mi hija por tu esposa.

Una mezcla de rabia y desesperación empezó a acumularse dentro de mí. ¿Cómo diablos había logrado ponerle las manos encima a Deanna? ¿Qué había pasado para que estuviera desprotegida? ¿Qué hacía Enrico allí, con ella?

Empecé a temblar como un loco y a respirar de manera irregular, y un gruñido -o tal vez un grito animal- escapó de mi garganta, lo que hizo que Alessio corriera hacia mí. Luna venía detrás de él y fue la primera vez que vi a la chica demostrar algún tipo de emoción que no fuera miedo o timidez.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Qué ocurrió?

Irritado, no logré pensar. Mi primera reacción fue señalar y avanzar en dirección a Luna. Por supuesto que no iba a hacerle daño a la chica, pero en ese momento era la hija del hombre que había secuestrado a mi esposa y podía proporcionarme información.

O al menos eso era lo que decía mi mente desquiciada y sacudida por la situación, porque, en el fondo, yo sabía que la muchacha no sabía absolutamente nada sobre su padre.

Antes de que pudiera llegar hasta ella, Alessio se colocó delante, de forma protectora.

—¡Cálmate, Dominic! ¡No vayas a hacer una estupidez!

Al mirarlos a los dos, vi a la muchacha aferrarse a la camisa de Alessio, escondiéndose detrás del joven, que era mucho más grande que ella.

—Necesito hablar contigo. A solas —afirmé para Alessio, creyendo que sería una buena idea alejar a Luna de allí. Nuevamente, no pretendía hacerle daño, pero con la cabeza tan

aturdida como la tenía, terminaría diciendo cosas que no debía, revelándole cosas que no podía.

Con su manera paciente y caballerosa, Alessio se volvió hacia la chica, que todavía estaba asustada por mi arrebato, y le susurró algo que la hizo girar y salir corriendo hacia las escaleras.

Intenté esperar a que desapareciera y se encerrara en la habitación que le habíamos asignado en esa casa, hasta que simplemente solté, sin ninguna preparación:

—Pietro tiene a Deanna.

—¿QUÉ?

—Y de alguna manera, que no sé cómo, también logró atrapar a Enrico.

—¡Puta madre!

Yo tuve la misma reacción, porque conocía a Enrico y sabía que, de los tres, él era el mejor entrenado y que difícilmente caería en una emboscada como esa. Por más que nadie lo supiera y que su apariencia dijera lo contrario, podía ser el más violento y el más frío a la hora de matar, sobre todo cuando se trataba de defenderse.

Si se había dejado atrapar para mantener a Deanna a salvo, era algo que, sin dudas, yo tendría que agradecer.

—¿Cómo pudo pasar esto, Dominic? Pusimos a varios hombres vigilando la casa. ¡Deanna no salía sola ni se quedaba sola en el hospital!

—No lo sé. Hablé con ella ayer, parecía que todo estaba bien.

Alessio tomó el celular y empezó a llamar a alguien. Enseguida estaba hablando en italiano y llamando *papà* a la persona del otro lado de la línea. Por lo que pude entender de la conversación, Massimo tampoco sabía nada.

Completamente inconsciente de mis actos, le di un puñetazo a la mesa frente a mí.

—Sabía que no era buena idea dejarla con ustedes. Si hubiera estado en Nueva York, con mis hombres… —Era solo un intento idiota de echarle la culpa a alguien, porque yo sabía que incluso podría haber sido peor si ella no hubiera estado con su hermano.

—Dom, el hecho de que esté con Enrico es un poco más tranquilizador. Él va a cuidarla…

Miré con atención a Alessio e incliné la cabeza hacia un lado, con el ceño fruncido. Podría jurar que había una expresión asesina en mis ojos, porque, de hecho, estaba dispuesto a matar a cualquiera en ese momento.

Di unos pasos hacia adelante para acercarme a mi cuñado, pensando que era como un niño que creía en cualquier dulce ilusión. Mis puños se cerraron con la enorme necesidad que sentí de darle un golpe.

—Yo cuido de mi esposa. Más nos vale que logremos arreglar esta mierda cuanto antes, o vamos a tener que usar la carta que tenemos.

Iba a alejarme, pero la mano de Alessio se cerró sobre mi puño, impidiéndome salir de allí de inmediato.

—No le vas a hacer daño a Luna, Dominic. No lo voy a permitir.

—No, no lo haré. Pero su padre no necesita saberlo.

Al decir eso, me aparté, porque necesitaba un poco de privacidad para pensar.

Podía sentir el deseo de violencia creciendo dentro de mí. Mi misión, a partir de ese momento, era matar, con los más detallados y

crueles refinamientos, a cada uno que hubiera puesto las manos sobre Deanna.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Veo las nubes, se están moviendo.

Ocultan el sol, pero no mi pecado.

El beso de Judas aún está en mis labios.

No puedes estar muy lejos.

Oh, entonces escucha el llamado.

THE CALLING – THE RIGS

No tenía idea de cuántas horas llevábamos allí, y mucho menos de cuánto tiempo había pasado desde que alguien apareció, al menos, para dejarme ir al baño. Pedí, supliqué por agua, exactamente como Enrico me había instruido en el momento en que me quitaron la mordaza, pero no me hicieron caso.

Cuando la puerta se abrió nuevamente, quien entró, trayendo una bandeja con pan y agua, fue el matón más flaco, el que era un poco menos ignorante. No había sido él quien había torturado a mi hermano.

Le lancé una mirada a Enrico, que había sido atado con los puños en alto, de pie, probablemente en otra forma de tortura para que su cuerpo quedara aún más dolorido, y él me hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Por favor, señor… —empecé a decir, intentando luchar contra la sequedad de mi boca—. Mi hermano también tiene sed. ¿Puede traerle un poco de agua? —traté de usar toda la humildad posible.

—Las órdenes son darte comida y agua a ti, muchacha. No puedo meterme en problemas por eso.

—Por favor, nadie va a saberlo. O, al menos, un pan para él. Va a morir si no come ni bebe nada.

El hombre me miró, miró a Enrico y, probablemente, tomó una decisión, porque dejó el vaso de vidrio con el que me estaba dando agua sobre un banquito de madera al lado de la cama y salió. No sabíamos si iba a volver, pero apenas cerró la puerta, Enrico empezó a hablar:

—Rompe el vaso, Deanna. Empújalo al suelo.

—¡Lo va a escuchar! —murmuré lo más bajo que pude.

—La puerta y las paredes son demasiado gruesas. Intenta ser lo más discreta posible.

Hice lo que me ordenó, girándome en la cama y usando el hombro para empujar el pequeño vaso hasta que cayó al suelo.

—Patea los pedazos hacia mí.

Una vez más, obedecí su pedido. La primera patada que di ni siquiera se acercó, pero la segunda cayó muy cerca del pie de Enrico.

Actuó tan rápido que me quedé observándolo, hipnotizada.

Palpó el suelo, lastimándose los pies, pero sin importarle, y tomó el pedazo de vidrio más grande entre los dedos. Con una fuerza impresionante en el abdomen, levantó las piernas hasta

donde pudo, como un gimnasta, logrando llevar el trozo de vidrio hasta sus manos.

Era impresionante, pero ¿qué sabía yo realmente de Enrico? Ya imaginaba que estaba entrenado para muchas cosas, así que solo necesitaba creer que encontraría la manera de sacarnos de allí.

Con el vidrio, empezó a cortar las cuerdas que lo sujetaban. También se lastimaba las manos, pero no parecía muy preocupado por eso. Sus ojos fríos y oscuros no se apartaban de la puerta, y yo también empecé a mantenerme alerta, al mismo tiempo que intentaba alcanzar el vidrio que había quedado en el suelo para soltarme también, aunque claramente no tenía la destreza, la elasticidad ni la fuerza de mi hermano.

Percibí el momento exacto en que se liberó, pero no movió las manos. Continuó con el vidrio entre los dedos, esperando.

La puerta se abrió un poco después y trajeron otro plato, con pan y agua, para dárselos a Enrico. El matón no tuvo ni siquiera tiempo de acercarse, porque Enrico se lanzó sobre él, lo sujetó por detrás y apoyó el vidrio en su garganta.

—Tienes un celular en el bolsillo, ¿no? —preguntó Enrico, con un tono de voz que le daría miedo a cualquiera. El tipo no respondió, así que la punta del vidrio se hundió en su cuello, dejando que la sangre brotara—. ¡Responde!

—T-tengo. S-sí…

—Sácalo.

Mi hermano estaba preparado para cualquier represalia, pero Enrico tenía reflejos rápidos y, en el momento en que el sujeto dio señales de estar sacando un arma en lugar del celular, le cortó el cuello, dejándolo desangrándose en el suelo. Aún estaba vivo, pero convulsionaba, con las manos en la garganta, intentando contener la sangre.

Enrico podría haberle dado un tiro de gracia usando la pistola que el hombre había intentado sacar, pero lo dejó agonizar en el suelo mientras, con las manos cubiertas de sangre, usaba el celular.

Mi respiración se aceleró, porque sabía que mi vida y mi seguridad estaban en manos de mi hermano. De un hombre que era sangre de mi sangre, pero cuyo carácter desconocía por completo.

—¿Dominic? Soy Enrico. Voy a enviarte la ubicación donde estamos, pero necesito que sea rápido. No sé cuánto tiempo tendremos.

¡Estaba hablando con Dominic! Dios mío…

Suspiré aliviada, como si me quitara un peso del pecho.

Él iba a encontrarnos. Sin duda.

Mi esposo iba a sacarnos de allí.

Pero cuando Enrico colgó, recordé algo.

—¡Está en Escocia! No va a llegar a tiempo.

—Dijo que aterrizó en Los Ángeles hace una hora. —¿Había pasado tanto tiempo desde que estábamos atrapados? Probablemente sí, si pensaba en la eternidad que parecía cada hora —. Vino de inmediato después de que Pietro le avisó, ayer, que te tenía a ti.

Enrico volvió a mirar al hijo de puta que aún se movía en el suelo, aunque con espasmos mucho más lentos. Muriendo despacio, dejando escapar murmullos ininteligibles.

Mi hermano apoyó el pie en la garganta del hombre, presionándola y haciendo que saliera más sangre. Luego se agachó para observarlo de cerca, y otra vez sentí miedo de Enrico.

—¿Por qué no salimos? —le pregunté, todavía asustada—. Si alguien vuelve y ve lo que hiciste…

—No voy a poder sacarte de aquí yo solo. Puede que hayan dejado a un solo hombre para vigilarnos, pero estamos siendo observados. Incluso armado, dependiendo de cuántos sean, no quiero arriesgarme.

—Pero aquí dentro…

—Aquí dentro… —Enrico se levantó, fue hasta la puerta y la cerró, empujó una mesa y la colocó para bloquear la entrada, haciendo gestos de dolor—. Yo puedo controlarlos.

Entendí el razonamiento de Enrico. Como Dominic venía en camino y sabía dónde encontrarnos, lo mejor era esperar refuerzos para salir con más seguridad.

Aun así, yo tenía miedo de seguir allí. Temía una represalia.

Incluso cuando mi hermano vino a soltarme, rompiendo la pata de una silla de madera para darme un palo con el que pudiera defenderme, todo seguía siendo incierto.

Enrico escondió el celular del hombre muerto, en un intento de disimular la llamada que habíamos hecho, y fue lo último que logró hacer antes de que empezáramos a oír movimiento en la otra habitación.

Mi hermano me miró con una expresión solemne, como si casi me estuviera preguntando si estaba lista.

No lo estaba. Ese era un mundo completamente nuevo para mí, un mundo oscuro en el que había nacido, pero que no conocía, donde mi hermano sabía liberarse de ataduras con un pedazo de vidrio y mataba a un matón sin piedad. Donde él estaba, con un arma apuntando a una puerta, esperándolos para defenderme, delante de mí, como un escudo.

Un mundo en el que yo estaba esperando que mi esposo llegara para salvarme, ya imaginando que aparecería con sangre en los ojos.

Escuché el golpe de la puerta empezando a ser forzada. La mesa era pesada, y yo sabía que tendríamos tiempo.

—Ve al baño, Deanna —ordenó Enrico.

—No voy a dejarte solo.

—Si te quedas aquí, me vas a causar problemas. ¡Ve ahora!

Corrí, aunque no quería, pero la puerta no tenía traba. No serviría de nada, porque llegarían hasta mí rápidamente.

Aún estaba saliendo del cubículo sucio cuando escuché el primer disparo. Con un sobresalto, corrí a ver a Enrico disparando con una puntería perfecta, impidiendo que un hombre entrara.

Lo hizo otra vez.

Y una tercera.

Uno logró entrar, aunque había sido herido en el hombro, y tuve que usar el pedazo de madera para defenderme. Lo golpeé con toda la fuerza que tenía, dándole en la cabeza, lo que hizo que cayera al suelo.

Pero las cosas se volvieron un caos rápidamente, y fuimos derrotados.

Grité cuando sentí un dolor lacerante en la pierna, aunque ni siquiera pude ver qué era. Enrico, sin duda, estaba sufriendo mucho más.

Necesitábamos resistir. Dominic llegaría pronto.

Eso era a lo que tenía que aferrarme.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



No hay héroes ni villanos en este lugar.

Solo sombras que danzan en mi cabeza,

sin dejar nada más que fantasmas a su paso.

Hay partes de mí que no puedo ocultar.

Lo intenté y lo intenté un millón de veces,

lo juro por todo.

Bienvenido a mi lado oscuro.

DARKSIDE – NEONI

Estaba completamente fuera de control. Se notaba en mi lenguaje corporal, en mi mirada, en la forma en que me ponía los guantes de cuero, casi con violencia.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunté, como un gruñido, casi temiendo que no me escucharan.

En el auto estaban conmigo mi suegro y un soldado que iba conduciendo. Detrás de nosotros, venían dos vehículos con hombres listos para demoler el lugar donde Deanna estaba siendo retenida como rehén.

—Unos quince minutos, señor —respondió el soldado con cautela, porque yo realmente parecía una bestia.

Cuando recibí la llamada de Enrico, avisando adónde debíamos ir, estaba dispuesto a salir sin ningún tipo de planificación, armado hasta los dientes, solo si era necesario, todo para ir a buscar a Deanna lo más rápido posible. Fue Massimo quien me convenció de lo contrario, pidiendo refuerzos.

Era lo más prudente, claro, pero con la impaciencia que tenía encima no lograba pensar en otra cosa.

—Es demasiado tiempo —solté, con un tono ronco e irritado.

—Dominic, si sigues así, te voy a dejar tirado en la cuneta —dijo Massimo, a mi lado.

—Haz eso y hago volar el puto auto entero.

—Estás actuando con imprudencia.

—Nadie jamás mencionó la prudencia como una de mis cualidades.

—Eso ya lo sé. Eres impulsivo, y eso te vuelve peligroso. Pero ya no se trata de ti, Dominic. Son mis dos hijos los que están ahí. Tu esposa y mi primogénito, mi heredero.

Necesitaba ser cauteloso. De hecho, Massimo tenía razón. Era mi esposa la que estaba allí, como rehén, como un objeto usado para chantajearme.

Mi maldita esposa. ¿Cómo carajos había pasado esto? Debería haberlo imaginado desde el principio. Debería haberla dejado en Nueva York hasta que todo se resolviera. Pero ¿cómo iba a encerrarla en casa mientras operaban a su madre? Especialmente siendo una mujer como Deanna, con ese espíritu libre e inquieto.

—Puede ser un acto impulsivo, pero voy a matarlos a todos. Uno por uno.

—Si quieres hacerlo, lo harás, pero la seguridad de mis hijos tiene que ser lo primero.

Me quedé en silencio, incluso tragué saliva, y desvié la mirada hacia la ventana porque no quería enfrentarlo. Para pasar el tiempo, tomé mi arma con incrustaciones doradas, abrí el tambor y lo giré, comprobando que todas las balas estuvieran allí. Tenía munición extra y otras dos armas más, pero esa era mi favorita, mi compañera de años. Sabía que sería ella la que me ayudaría a llevar a Deanna de vuelta a casa.

Llegamos a una distancia razonablemente segura, donde pudimos detenernos y avanzar a pie, evitando cualquier tipo de alerta para los secuestradores. Con las armas en mano, éramos unos seis hombres avanzando hacia la casa. Había algunos más en los autos, solo esperando nuestra señal. Necesitábamos ser discretos.

Le lancé una mirada de reojo a Massimo, que estaba a mi lado, y el tiroteo comenzó. Nuestros hombres despejaron el camino, y yo tomé la delantera, audaz e impulsivo, disparando también a la primera persona que apareció frente a mí.

Escuché a Massimo gritar mi nombre, pero yo estaba completamente ciego, completamente sordo e inconsciente de todo lo demás. La rabia me había entumecido de tal manera que no conseguía pensar con cautela.

Me lancé contra dos tipos desarmados, disparándole en la rodilla a uno y golpeando con la culata al otro. Le agarré la cabeza a este último y se la estampé contra la ventana, rompiendo el vidrio. Luego lo sujeté del cabello y presioné su garganta contra uno de los fragmentos que quedaron incrustados en el marco, tirando de él hacia atrás y bajándolo otra vez, usando el vidrio para apuñalarle la yugular varias veces.

Alguien se me vino encima, rozándome el hombro con algo afilado, pero no lo dejé avanzar, porque me giré con toda la violencia

y le di un golpe directo en la cara. Cuando cayó al suelo, le disparé en uno de los ojos y di el asunto por terminado.

El camino dentro del lugar estaba despejado, pero seguía oyendo ruidos afuera, de los hombres y de mi suegro encargándose de los que habían quedado allí.

La puerta estaba destrozada, y lo primero que vi fue a Enrico, con las manos atadas en alto y varios cortes por el cuerpo, la cabeza caída, el cabello empapado de sudor. La piel completamente manchada de sangre.

Miré hacia el otro lado y vi a Deanna tirada sobre la cama. El colchón estaba lleno de manchas rojas, y pude ver una herida en su muslo. Desmayada, una de sus manos colgaba hacia un costado, justamente la que llevaba el anillo, goteando sangre.

Esa escena me cegó todavía más.

Ella me llamaba diablo. Eso fue en lo que me convertí.

Había un hombre cerca de ella. Un desgraciado, y no importaba quién fuera; en mi cabeza, había sido él quien la había lastimado. Por eso iba a sufrir.

Arranqué la navaja de mi bolsillo y me lancé sobre él, sujetándolo y tirándolo al suelo. Me monté sobre sus caderas, con la hoja en la mano, y lo destruí poco a poco. Podría haberle disparado, pero no era capaz de semejante misericordia.

Alguien intentó apartarme de encima del bastardo, y yo rugí como un monstruo, solo calmándome cuando escuché la voz de Massimo.

—Se acabó, Dominic. Vamos a sacarlos de aquí.

Hicieron falta dos hombres para sujetarme, y aun así casi logré soltarme. Tuve que parpadear varias veces y forzarme a respirar, mirando alrededor, hasta que vi que Enrico estaba

consciente. Cojeaba un poco y caminaba con la ayuda de uno de los otros soldados, pero parecía fuera de peligro.

Otro de nuestros hombres fue hacia Deanna, dispuesto a sacarla de la cama, y fue recién entonces cuando reaccioné.

—¡No! ¡Déjenme hacerlo a mí!

Sabía que, en el momento en que alguien la moviera, ella iba a sentir dolor. Por eso, mi corazón egoísta me decía que solo yo podía cuidarla. Solo yo podía tomarla en brazos en ese instante.

Revisé la herida y podría haber jurado que había sido apuñalada. Alguien le había colocado un paño enrollado, pero estaba completamente empapado de sangre.

El primer movimiento que hice para levantarla provocó que gimiera, así que me detuve, llevé una mano a su rostro, aparté mechones de cabello y vi cómo sus ojos vulnerables perdían el enfoque.

—¿Dom? —susurró, sin fuerzas.

—Estoy aquí, amor. Estoy aquí.

Yo debía ser un desastre. Podía sentir restos de sangre en el rostro. Imaginaba que mis guantes debían estar inmundos; eran de cuero negro y no podía verlos bien, pero terminé manchándole la cara, lo cual era imperdonable. Me los quité lo más rápido posible y los arrojé al suelo.

—¿Rico? ¿Rico…?

Miré alrededor y ya no vi a mi cuñado. Probablemente Massimo lo había sacado de allí y lo había llevado al auto.

—Está bien. Vamos a sacarlos a los dos de este lugar, ¿sí?

Ella asintió con la cabeza, pero no tuvo fuerzas para mucho más. No había ni una manta ni una cobija sobre la cama, así que me quité el abrigo y se lo coloqué alrededor. Pasé un brazo por su espalda y el otro por debajo de sus rodillas, y la levanté. El movimiento la hizo gritar, incluso sin parecer tener fuerzas para hacerlo.

—Ya va a pasar, amor. Vamos a llevarte al hospital.

No era un consuelo real, pero Deanna resistió en silencio mientras la llevábamos hasta el auto. Subí con ella en brazos al asiento trasero, ahora solo, porque Massimo probablemente iba al lado de su hijo. La mantuve sobre mi regazo y recién entonces volvió a desmayarse, dejando caer la cabeza sobre mi pecho.

La abracé con fuerza, sosteniéndola como si fuera una niña indefensa. Sabía que no lo era, pero en ese momento todo lo que quería era que estuviera a salvo.

Aún quedaban cuentas pendientes. Pietro era el responsable, yo tenía a su hija, y él ya no tenía nada contra mí.

Iba a matarlo. Sin compasión. Sin piedad. Sin honor.

Su muerte sería violenta, dolorosa y lenta.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



Nadie te llama querida

cuando estás sentada en un trono.

Cuidado con las mujeres pacientes,

porque de una cosa estoy segura:

nadie te llama querida

cuando estás sentada en un trono.

A LITTLE WICKED – VALERIE BROUSSARD

Dos semanas después en el hospital, ahí estaba yo, en la casa de mi padre, sentada en la cama del cuarto que había estado compartiendo con Dominic, mirando la cicatriz que había quedado en mi muslo. Siempre sería un recuerdo físico del dolor que sentí, de la agonía, del miedo.

Pasé los dedos por ella, las imperfecciones en relieve y la certeza de que esa podría ser la primera de muchas, teniendo en cuenta el mundo en el que había empezado a vivir.

El mundo en el que, aparentemente, me quedaría por mucho tiempo, ya que estaba enamorada de mi marido y no tenía intenciones de separarme.

Me quedé perdida durante algunos minutos en esa extraña apreciación de algo que yo consideraba tan feo, pero que me hacía sentir más fuerte por ser una sobreviviente. Fueron tantos minutos y estaba tan absorta que tardé en notar que Enrico estaba en la puerta.

Silencioso como siempre, no había tocado, no había intentado hacer notar su presencia, simplemente había esperado. Paciente, como si el propio reloj estuviera de su lado.

Solo que yo sabía más sobre mi hermano en ese momento de lo que sabía antes del día fatídico. Él no era paciente. Su silencio no era más que una forma de esconder su oscuridad. ¿Una manera de no ser notado, tal vez? Porque Enrico tenía mucho más dentro de sí de lo que cualquiera podría comprender.

Vi la forma en que se controló en un momento en el que cualquiera estaría aullando de dolor. Fui testigo de cómo se soltó, de cómo reaccionó y de cómo mató al hombre que nos estaba haciendo daño.

Peor que eso: yo era cómplice de su mayor secreto.

Y, de alguna manera, sabía que quería hablar de eso conmigo.

—¿Cómo estás? —preguntó Enrico, entrando.

Con su blazer, la blusa de cuello alto y el pantalón, todo negro, parecía un Caballero de las Sombras. Teniendo en cuenta toda su elegancia, la altura imponente, el cabello largo y los ojos muy azules, el apodo le quedaba perfecto.

—Mejor. ¿Y tú?

Sabía que Enrico había sufrido mucho más, aunque mi herida fuera, de cierta forma, más grave. Necesité una transfusión de sangre, proporcionada por mi padre, necesité ser operada para la reconstrucción de la piel y podría optar por una cirugía estética para

eliminar todos los restos de la cicatriz, aunque todavía estaba indecisa respecto a esa parte.

Aún sentía mucho dolor al caminar, pero eso pasaría con el tiempo. El médico había afirmado que no iba a quedar coja.

—Estoy bien —afirmó con convicción y colocó las manos detrás de la espalda, con una postura erguida, casi solemne. Todavía tenía moretones en el rostro, y yo no tenía idea de adónde había ido después de lo que pasamos, porque estuvo muy poco tiempo en el hospital y simplemente desapareció.

Mi apuesta era que había ido a estar cerca de Sienna. Si lo retenían en un hospital, ella se quedaría sola por muchos días.

—Necesito hablar contigo —dijo, con ese tono de voz melodioso y muy calmado, que engañaría a cualquiera si no fuera por su oscuridad.

—Ya sé lo que vas a decir, Rico, pero ponte en mi lugar... ¿Cómo puedo mentirle a Dominic? Si él se entera, eso puede arruinar mi matrimonio.

—¿Desde cuándo te importa?

—Desde que empezamos a sentir algo el uno por el otro. ¡Y no es solo eso! ¡Lo que estás haciendo está mal!

—No lo está. Estoy luchando para probar la inocencia de Sienna. Cuando eso ocurra, me voy a casar con ella.

Mis ojos se abrieron, sorprendida.

Pero no debería estarlo, ¿cierto? Yo ya sabía que él la amaba.

—¿Tus sentimientos son tan fuertes como para cometer esa locura?

—Mucho más de lo que imaginas.

—¿Serías capaz de empezar una guerra de esa forma?

—Sería capaz de destruir el mundo por ella.

Casi me quedé sin aire con esa información. No solo por eso, en realidad, sino por sus ojos. Por el sentimiento profundo que demostraron, mientras Enrico simplemente no parecía tener emoción alguna en su corazón de piedra.

El Caballero de las Sombras amaba desesperadamente a una mujer. Y eso podía volverlo peligroso.

—Sé que no tienes ninguna obligación de ayudarme, porque nunca fui un hermano digno de tu lealtad. Pero te pido que te apiades de una mujer que ya sufrió más de lo que cualquiera puede imaginar.

Levanté un poco la cabeza. Era la segunda vez que me decía que Sienna había sufrido. No podía decir que sentía curiosidad, porque sería mórbido, pero me gustaría saber los motivos, aunque no fuera asunto mío.

—Me gustaría hablar con ella. Si voy a ser cómplice de todo esto, necesito al menos conocerla.

—Eso es imposible y... —Enrico aspiró aire, interrumpiéndose a sí mismo y dejando caer los hombros—. Tal vez sea una buena idea que tú seas su compañía a veces. No puedo confiar en otras personas para que sepan que ella está allí.

—Llévame hasta ella y yo decidiré qué hacer respecto a contar el secreto o no. Mientras tanto, tienes mi silencio.

—Gracias. —Yo podría hablar con Sienna y decidir si merecía mi confianza. Más que eso, si merecía que yo me arriesgara tanto—. Si ocurre cualquier cosa, nunca voy a poner tu nombre en medio, *sorella* —me llamó hermana de una forma muy gentil—. Ni siquiera Dominic necesita saber que...

—¿Necesito saber qué?

Por supuesto que él estaría al acecho. Dominic parecía un halcón sobrevolando a su presa cuando se trataba de mí, mientras yo estaba herida.

Enrico y yo nos miramos, temiendo que hubiera escuchado de más. Así que decidí ponerlo a prueba:

—Que todavía me duele. Estaba pidiéndole a Enrico que me ayudara a bajar para almorzar, pero si te decía eso, sabía que te ibas a preocupar y no me ibas a dejar hacer nada. —Fue una mentira inventada en ese momento, y podría jurar que Dominic no cayó en ella, pero se acercó a mí y me sacó de la cama en un movimiento rápido que llegó a sobresaltarme.

—¡Ya te dije que no puedes bajar las escaleras sola!

—Y no voy a depender de ti para todo... —empecé a discutir, porque sabía que era una forma de quitarle la atención de lo que había pasado.

Le lancé una mirada a Enrico, que venía detrás de nosotros, de esa manera que lo hacía parecer una sombra.

Seguimos discutiendo mientras me cargaba hasta la sala, donde mi familia estaba reunida para almorzar.

Mi madre ya estaba en casa, y le tomé la mano cuando me senté a la mesa, antes de comer.

Miré a mi alrededor y sentí la ausencia de Alessio. Sabía que estaba con Luna y que ella todavía era nuestra clave para poder encontrar a Pietro Cipriano. No tenía muchas noticias de él, salvo lo que Dominic me transmitía, pero él me había asegurado que estaban a salvo.

Aun así, tuve esa extraña sensación de pertenecer a una familia.

Una mesa llena, abundante, con personas conversando. Hablábamos italiano, alto, como un buen grupo de Sicilia, y los temas eran casi cotidianos. Casi normales.

Era extraño pensar así, pero terminé sonriendo, sobre todo al ver a mis padres de la mano, entendiéndose.

Habría permanecido con esa sensación hasta el final del día, cuando Dominic se preparó para salir con mi padre y mi hermano, que, sorprendentemente, había pasado varias horas con nosotros sin ir a ver a Sienna.

Eso me pareció lo suficientemente sospechoso como para detener a Dominic cuando vino a verme, mientras yo descansaba en la cama.

—No me engañes, Dom. ¿Qué van a hacer? Ustedes tres van a hacer algo, ¿verdad? —pregunté muy seria.

Él respiró hondo, casi bufando.

—No se te escapa nada, ¿no, *leonessa*? Pietro fue capturado.

—¿Qué?

—Conseguimos encontrarlo. Su propio hijo mayor lo denunció.

—¿Tiene hijos varones?

—Tres hombres y otra mujer, además de Luna, que es la menor. Aparentemente, ninguno de los tres estuvo de acuerdo con lo que hizo. Y, claro, quieren recuperar a su hermana, pero eso todavía no lo vamos a hacer, porque no sabemos hasta qué punto son cómplices o no. No podemos confiar.

Asentí, comenzando a pensar.

Dominic iba a matarme.

—Quiero ir con ustedes.

La parte de querer matarme era correcta. Sus ojos empezaron a chispear de odio, y yo simplemente crucé los brazos, lista para entrar en batalla.

—¡Estás loca! Sabes lo que pasó la otra vez. Probablemente esta sea mucho peor, porque ese hijo de puta te lastimó gravemente. Estoy espumando de rabia, Deanna. No vas a querer ver esto.

—Precisamente porque me lastimó es que quiero ir. Soy una mujer de la mafia ahora, Dominic. No soy una doncella. Necesitas entender eso cuanto antes. No quiero quedarme sentada en casa mientras tú sales a resolver las cosas.

—Imagino que tampoco quieres ensuciar tus lindas manos.

—No, pero si el hombre que me hirió, quiero estar presente.

Dominic se llevó ambas manos a la cabeza, indignado. Pero sabía que mis argumentos eran lo suficientemente buenos.

—Apenas puedes caminar bien.

—Puedo. No me va a ver cojear. No me va a ver sangrar. Y no me vas a cargar, aunque esté desesperada de dolor. A menos que él no pueda verme.

Mi marido cerró la mano en un puño y golpeó el armario.

—Me vuelves loco, Deanna. Te juro que no sé cómo voy a vivir toda mi vida a tu lado de esta manera.

Sonreí ante lo que dijo.

—¿Entonces ese es el plan? Al principio queríamos separarnos, pero ¿ahora será para toda la vida?

Al percibir el cambio de tono en el tema, Dominic me miró con mucha más calidez, se acercó y se sentó en la cama. Con sus

movimientos bruscos y veloces, me tomó y me sentó sobre su regazo.

—Ya no vas a escapar de mí, *leonessa*. Iré tras de ti, estés donde estés.

—No tengo planes de irme a ningún lado.

Tocando mi rostro, Dominic me besó suavemente, susurrando un "te amo" que me habría sorprendido si no hubiera imaginado ya que eso era lo que sentía.

Hice lo mismo, muy bajito, comprendiendo que las cosas entre nosotros serían de esa manera: hablaríamos poco de nuestros sentimientos, pero demostraríamos que existían con gestos.

Incluso al llevarme con él esa noche, Dominic estaba demostrando que me amaba y me respetaba, que no me veía como algo frágil.

Mirar a los ojos al autor intelectual de todo lo que me había ocurrido y verlo temblar de miedo ante mi marido, aun siendo el jefe de una mafia poderosa, fue casi agradable. Cuando Enrico se colocó al lado de Dominic, él supo que sería torturado de formas inimaginables.

Dominic parecía casi animado mientras se quitaba la camisa. El trabajo iba a ser sucio para que él lo hiciera de esa manera.

—Antes que nada, mi esposa, me gustaría que supieras que descubrimos que este hombre —señaló a Pietro— también fue el autor intelectual de la muerte de tu hermana. Creo que es bueno que lo sepas.

Tragué esa mierda como si fuera un pedazo de pan enmohecido. Ya lo imaginaba, estaba casi segura, pero escucharlo de la boca de Dominic era todavía más amargo.

—Ahora seremos tú y yo, Pietro. Espero que estés preparado para el caos que voy a crear esta noche —dijo Dominic, dejando que su risa perversa se expandiera por todo el lugar.

Y eso fue todo lo que escuché antes de que los gritos comenzaran.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Tal vez no estábamos destinados a esto.

El amor está predestinado en un cielo de estrellas

y perdido en un abismo.

Perdóname por el caos en el que nos convertí.

KILL A MAN – MACHINEHEART

Todavía no estaba del todo seguro de que todo estuviera bien. Ni siquiera después de que pasaran dos semanas desde que Pietro fue capturado y llevado a una sesión de tortura que duró más de medio día.

Hacía dos días habíamos negociado la devolución de Luna a su familia. Alessio se mostraba muy misterioso respecto al mes que pasaron juntos en aquella casa de Escocia, y yo prefería no saber. Ya tenía suficientes problemas.

Tenía uno en casa, de hecho. ¿Por el que estaba loco? Sí. Pero, sin dudas, mi esposa era un enorme problema.

Se había recuperado por completo, haciendo fisioterapia solo una vez por semana. El resto del tiempo se dedicaba a la tesis final de su carrera, que sería presentada pronto, así que viajaríamos a Brasil para su graduación. Extrañaba a su amiga, con quien hablaba constantemente.

Siempre que llegaba a casa, la encontraba con la cara hundida en la notebook, con el cabello rubio recogido en un rodete alto. Si los empleados no estaban atentos, ni siquiera comía. Por suerte para mí, el personal de mi casa y mi esposa ya se llevaban lo suficientemente bien como para que ella no fuera descuidada.

Sin embargo, esa noche fue un poco diferente.

Mi regreso a casa me trajo preocupación, porque no encontré a Deanna en el lugar donde siempre la encontraba. Quería dejar de sentirme desesperado pensando que podría ser arrebatada de mí otra vez. Necesitaba frenar mis pensamientos paranoicos de que no todo estaba bien y de que, por más que ella nunca hubiera sido deseada, ya no conseguía imaginar cómo sería mi vida sin esa mujer.

Recorrí toda la casa y regresé a la sala, llamando a su teléfono. Escuché el sonido característico del timbre viniendo desde dentro del baño en suite de nuestro cuarto, cuya puerta estaba cerrada. Ni siquiera pensé en mirar allí.

Golpeé, esperando que me respondiera. Todo lo que escuché desde adentro fue un gruñido.

—¿Deanna? —pregunté, golpeando de nuevo—. Abre la puerta. ¿Estás bien?

—No.

Esa fue la maldita respuesta que me dio.

Otra vez paranoico, un millón de cosas empezaron a girar en mi cabeza. Estaba en casa, a salvo, pero podría haberse caído, golpeado la cabeza o vuelto a lastimarse la pierna.

Me importó una mierda invadir su privacidad y la integridad de mi casa, y simplemente metí una patada en la puerta, forzándola, entrando y encontrándome con Deanna sentada en el suelo, al lado de la bañera, toda encogida.

No era algo común ver a esa mujer reducida a una cosita asustada. Me aterraba verla así, sobre todo porque me recordaba lo pequeña que era.

—¿Qué pasó? —Me acerqué en pocos pasos, agachándome frente a ella, intentando encontrar alguna herida.

—¡Esto pasó!

Deanna estiró una varilla blanca hacia mí, y tardé en entender que se trataba de…

Un test de embarazo.

Tuve que apoyar el peso sobre una rodilla o habría terminado cayendo hacia atrás.

—¿Estás embarazada? —pregunté.

—No sé por qué esa cara de sorpresa, teniendo en cuenta la cantidad de sexo que tenemos.

Podría haberme reído si el momento no fuera tan…

¿Solemne?

Tomé la varilla en la mano, mirando las dos rayitas rosadas que indicaban el resultado positivo. Sintiéndome completamente aturdido, me senté al lado de Deanna, con una pierna doblada y la otra estirada.

—¿Vamos a ser padres? —pregunté, con un leve tono de emoción.

—¡Sí! ¿Entiendes mi desesperación? No somos prudentes. No fuimos hechos para esto…

—¿Por qué piensas así?

—¡Mira nuestro mundo, Dominic! ¡Mira las cosas que hacemos! Mi hijo va a ser tu heredero y va a tener que hacer todo lo que tú haces. ¿Cómo quieres que me quede tranquila pensando en eso? Y peor aún… si es una niña, va a ser obligada a casarse con alguien.

Suspiré, dándole la razón. Pensando en lo que su madre había hecho tantos años atrás y en la forma en que Massimo la había liberado, aun amándola.

¿Amaba yo a Deanna lo suficiente como para hacer lo mismo? ¿El nivel de sentimiento que albergaba sería tan altruista?

—¿Vas a huir? ¿Vas a alejarte de mí? —Me sentí como un niño al preguntárselo. Tenía miedo de la respuesta, pero era necesaria.

—Tú nunca lo permitirías.

—¿Es lo que quieres? —Ella dudó.

Eso me aterrorizó de una manera que nunca había sentido, tal vez solo cuando descubrí que había sido secuestrada o cuando la vi en aquella cama, con la pierna sangrando, sin saber si estaba viva o muerta.

Me levanté de un salto, inquieto, furioso.

—Si es lo que quieres, será mejor que te vayas de una vez… —gruñí, dándole la espalda.

—¡Vete a la mierda, Dominic! Yo no dije eso.

Giré hacia ella, mirándola por encima del hombro.

—Dudaste.

—Estoy dudando de todo. Acabo de descubrir que voy a ser madre. Hace unos meses estaba luchando contra personas que me secuestraron para obligarme a casarme. Ahora estoy embarazada de

este marido que yo ni siquiera quería. Pero tú sabes lo que siento. Ya dije que no me voy a ir.

—Pero dudaste…

—¿Cuántas veces vas a decir eso? ¿Qué quieres que diga? ¿Que te amo? Te amo. ¡Pero, carajo! No me voy a ir. Voy a estar atada a ti por el resto de mi vida —dijo, levantándose también y comenzando a caminar por el baño—. Estás pareciendo un maldito niño mimado. Si nuestro hijo sale como tú, los voy a castigar a ambos y les voy a quitar la cena.

¿Se suponía que era gracioso? Porque yo me reí.

No solo me reí, sino que me quedé maravillado con cada cosa que dijo, pensando en un niño o una niña que sería criado por nosotros.

La realización de que iba a ser padre cayó sobre mi cabeza con un peso absurdo, tanto que, en un impulso, agarré el brazo de Deanna, me incliné y la levanté en brazos, haciéndola gritar.

—¿Qué estás haciendo?

Mirándola a los ojos, sosteniéndola entre mis brazos, besé su boca y suspiré.

—Lo resolveremos, *leonessa*. No es el mejor escenario, pero somos nosotros. Tenemos coraje para todo, tú eres una fortaleza. Nos va a ir bien. Pase lo que pase, este es el mundo en el que vivimos. No es un cuento de hadas, pero fue el que nos unió. De todos los males, este es el menor, ¿no crees?

Deanna tragó saliva, empezando a jugar con mi camisa, probablemente solo para tener algo que hacer con las manos y no mirarme a los ojos.

—¿Prometes que lo vamos a proteger al máximo? ¿Y que le vamos a dar opciones y libre albedrío? ¿Incluso si es una niña?

—Lo prometo. Vamos a hacer todo lo que tú quieras…

Ella sonrió, y la besé otra vez, llevándola hasta la cama. En el momento en que la recosté y me acomodé sobre ella, la observé enamorado y susurré:

—Te amo. Gracias por esto.

—Yo también te amo.

Nos besamos y nos perdimos el uno en el otro, como siempre pasaba, porque estaba seguro de que estábamos hechos del mismo material. Casi moldeados el uno para el otro.

Y así sería nuestro destino.

¿Te gustó el libro? ¡Compra la versión física autografiada con regalos en mi tienda!

https://biacarvalhoautora.lojaintegrada.com.br/dominada-pela-mafia

EPÍLOGO



(A continuación, tendrán acceso a una escena del segundo libro de la serie Mafiosos Protectores, cuyo protagonista es Enrico Preterotti. El libro será lanzado en febrero. ¡Espero que les guste!)

HACE MESES

La seguí por la oscuridad de un callejón en Nueva Orleans. Un pasaje sucio, lleno de mendigos y con olor a orina. Un lugar donde una mujer como ella jamás debería haber puesto un pie, aunque no fuera muy distinto del club de pésima calidad donde la encontré.

Estaba huyendo de mí, sin dudas. Podía creer que estaba oculta, muy segura lejos de quienes la perseguían, pero yo sabía que iba a encontrarla.

Podría haberme equivocado, porque se había metido en un lugar donde jamás la habría esperado, bailando sobre un escenario con una peluca rubia y una máscara que cubría su rostro. Tuve que verla desnudarse para todos esos hijos de puta, terminando su número con una lencería diminuta y, aun así, recibiendo abucheos por no quitársela.

Mientras caminaba, siguiéndola, sentía la respiración pesada en el pecho, recordando el deseo que tuve de matarlos por mirarla con algo que no era respeto ni reverencia.

Por cada uno que estiraba la mano, intentando tocarla y riéndose de forma maliciosa, mi impulso era cortarles todos los dedos y arrojarlos entre lobos hambrientos.

Pero yo también la deseaba, ¿no? También la había querido durante tantos años que ya no sabía quién era antes de amarla.

Precisamente por mis sentimientos, tenía que ser yo quien la encontrara. Tenía que ser yo quien la mirara a los ojos y entendiera qué había pasado. Si se hubiera quedado, incluso después del anuncio de la traición de su hermano, la habría protegido.

Me habría casado con ella para ofrecerle la seguridad de mi apellido, aunque hubiera tenido que pelear una guerra entera para defenderla.

Pero no me dio esa oportunidad. Así que sentí la necesidad de comprender.

Para eso, solo necesitaba hablar.

No se trataba de un ego herido ni de terquedad. Si yo la encontré, otras personas también podrían hacerlo, y entonces estaría en peligro. No solo la matarían. No le darían la oportunidad de explicarse. Si cualquier asociado que conociera

la historia decidía quedar bien con Giovanni Caccini o con Dominic Ungaretti, ella sería una presa fácil. Llevarían su cabeza en una bandeja sin hacer preguntas.

Eso si no la violaban antes. Si no la lastimaban. Si no se divertían haciéndola sufrir.

Yo no podía permitirlo.

No se había quitado la peluca rubia para huir, probablemente con la esperanza de que eso me confundiera.

Yo nunca la confundiría con otra persona.

Caminaba apurada y temí perderla de vista, pero terminamos deteniéndonos en una avenida. Aunque ya era casi de madrugada, todavía pasaban autos, y la loca salió corriendo de todos modos, dispuesta a cruzar sin cuidado alguno.

Mis piernas eran mucho más largas que las suyas, así que aceleré el paso, la alcancé y le agarré el brazo. La jalé para que no la atropellaran, en su desesperación por huir, y la sostuve entre mis brazos.

Quedamos frente a frente, y ella alzó los ojos verdes hacia mí, viéndose desamparada y asustada. Usando solo una mano para retenerla, llevé la otra a la horrible peluca rubia que llevaba puesta, arrancándola y revelando el cabello rojo, que yo sabía que era largo, pesado y perfecto.

—No huyas de mí —dije, en un tono bajo y paciente, en inglés, sin perder jamás mi acento italiano.

Al escuchar eso, solo suspiró, como si se diera por vencida. Sus ojos, sin embargo, se veían tan oscuros como los míos.

No importaba quiénes éramos. Importaba lo que yo tuviera que hacer para mantenerla conmigo y a salvo.

Por fin la había encontrado.

Mi Sienna.

FIN